

CICSO

CUADERNOS DE

CICSO

CICSO

LA NOCION DE "POLARIDAD" EN LOS PROCESOS DE
FORMACION Y REALIZACION DE PODER

Juan Carlos Marín Serie Teoría-Análisis Nº 8

CENTRO DE INVESTIGACIONES EN CIENCIAS SOCIALES

buenos aires

argentina

CICSO
www.cicso.org

CICSO

LA NOCION DE "POLARIDAD" EN LOS PROCESOS DE
FORMACION Y REALIZACION DE PODER

Juan Carlos Marín Serie Teoría-Análisis N° 8

CICSO - Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales
Defensa 665 piso 5 C 1065 - Capital - ARGENTINA

CICSO
www.cicso.org

INDICE

	Pág.
.Reflexiones acerca de la relación entre teoría y conocimiento	1
.Obstáculos epistemológicos en relación a las formas que asumen las luchas: análisis de situación	5
.El concepto de fuerza social	17
.La noción de enfrentamiento en su dimensión estratégica	25
.La teoría del encuentro en el análisis de relaciones sociales	33
.Construcción histórica y crisis de una teoría	43
.La noción de tiempo y espacio: las mediciones como reflejo de cierto estadio de la sociedad	53
.Distribución espacio-temporal de una fuerza	59
.Las nociones de "fuerza de trabajo" y "fuerza social": ámbitos de las relaciones sociales	65
.Proceso de formación y proceso de realización del poder de una fuerza	81
.La noción de apropiación: la relación soldado-ciudadano	91
.El ámbito de la política y el ámbito de la guerra	105
.El orden de las cosas y el orden de los cuerpos	115
.Anexo	125

CICSO
www.cicso.org

El trabajo que a continuación presentamos, constituye el intento por sistematizar y formalizar un modelo de análisis que sea eficiente para el conocimiento del proceso de las luchas sociales, en formaciones económico-sociales de carácter capitalista, en un momento de lucha del capital financiero por la hegemonía y de crisis del poder, es decir, de las condiciones en que se organiza la vida social, en sus formas productivas, ideológicas y políticas.

El fin es construir un esquema para el análisis de situaciones que permita visualizar aquellos aspectos que suelen pasar desapercibidos o no valorados en la total dimensión de su riqueza histórica.

Se propone unificar criterios acerca del significado de ciertos textos teóricos y determinar en qué medida éstos pueden ser incorporados para un análisis de situación.

El conocimiento de una estructura social no es suficiente si no es capaz de explicar cómo está constituida, qué tipo de campo de fuerzas está generando en un determinado momento; introducirse al análisis de la lucha de clases exige conocimiento del sistema institucional político y social, que es expresión de la lucha de clases en una sociedad dada, expresión de la correlación de fuerzas en un determinado momento. La noción de estructura social lo que presupone es el modo de producción en sociedades donde las relaciones sociales obedecen a modos de producción distintos. Cuando Marx y Engels analizan la Europa del siglo XIX, hacen el esfuerzo por demostrar que la clave para entender la existencia de algunos sectores de la sociedad, de sus enfrentamientos y de las formas que éstos toman, reside en que esas sociedades tejen sus relaciones sociales a partir de que tienen modos productivos distintos (yuxtaposición de procesos), y ello nos remite a, exige formular aquellos criterios que permitan construir una periodización.

Una periodización es una aproximación a leyes sociales; permite visualizar las etapas que cubre la formación de la burguesía y la formación del proletariado. Permite entender en qué

II

estadio de su formación se encuentra una clase, qué relación guarda consigo misma, qué relación guarda con las otras clases, es decir, cuáles son las condiciones en que desarrolla y desenvuelve su existencia.

Sabemos que la burguesía siempre mantiene una política armada, pero los instrumentos que manipula en la implementación de su dominación -así como también en los enfrentamientos sociales que provoca- expresan y revelan una trama social que ayuda a comprender las condiciones específicas en que lucha por mantener su dominio.

Así como la existencia de la lucha de clases no depende de ninguna voluntad subjetiva en particular, ya que refiere a una ley correspondiente a determinadas formaciones económico-sociales, la guerra tampoco está subordinada y constreñida al ámbito de una voluntad subjetiva. Ella puede ser conducida, pero su existencia sólo hace expresar la realidad que ha asumido la relación entre las clases durante un determinado período histórico.

El poder es una expresión -en cierto sentido limitado- una consecuencia, de la lucha de clases. De allí la necesidad de especificar acerca de las diferentes determinaciones implicadas en el problema: ya que el proceso de formación de poder responde a ciertas leyes que no se identifican con las que refieren al proceso de realización del poder.

El discurso sobre el poder ha sido y es la racionalización permanente de la burguesía para encubrir lo sustantivo: el enfrentamiento. La burguesía ejerce el enfrentamiento y teoriza sobre el poder soslayando en el discurso el enfrentamiento.

La necesidad de partir del punto más alto del conocimiento adquirido respecto a este tema, nos ha llevado a relacionar cuerpos de conocimiento tales como: "De la guerra"; "Vigilar y Cas-

tigar"; "Economía y Sociedad"; y "Qué hacer?" -para enunciar los trabajos más sustantivos de cada autor- vinculándolos especialmente con los problemas acerca de la construcción de un sistema problemático en el sentido que lo formula Mario Bunge en el punto: "un paradigma, un marco y una comparación" de su libro "La investigación científica".

No es que necesariamente haya una contradicción entre una corriente y otra; puede haber una articulación entre las diferentes sugerencias teóricas y metodológicas, siempre y cuando el prisma capaz de ese caleidoscopio sea la ley de la lucha de clases de Marx y el método de Engels para el análisis de las leyes de constitución, desarrollo y realización (metas) de un movimiento social de oposición, en un momento -análogo al actual- de crisis del poder universal, tal como lo formaliza Engels en "Las guerras campesinas en Alemania".

Para enfocar el problema del poder, Foucault refiere, por ejemplo, a un razonamiento construido alrededor de la noción de "acumulación de cuerpos" que hace referencia a un "orden de las personas". Weber lo construye alrededor de "órdenes" que refiere a "un orden entre cosas". Finalmente, un "orden entre personas y cosas". Así como en "Vigilar y Castigar" el "panoptismo" (que hace las veces de "máquina-herramienta") desplaza el tema del "enfrentamiento" y sustantiviza el "encierro" (la sociedad "carcelaria") como lo central, "El suicidio" -tal como lo trató E. Durkheim- es una excelente ejemplificación de cómo usar y ordenar las mediciones al margen del cuerpo teórico que se utilice. El suicidio es un delito porque nadie puede ser propietario de su cuerpo en el capitalismo: la propiedad privada de las cosas descansa en la no propiedad privada del cuerpo. Esa es la base fundamental del capitalismo. De no cumplirse este requisito no habría fuerza de trabajo. De allí se desprenden las dimensiones del "poder" y del "valor". La expropiación de las condiciones materiales de vida involucra la expropiación del "dominio" del propio cuerpo hasta llegar al extremo de que el suicidio es un delito ... de allí la referencia de Marx en "Tra-

IV

bajo Alienado" a que al sufrimiento concreto del trabajador le corresponde el sufrimiento abstracto de la burguesía. Esto es importante cuando se asume que los "dos" sufrimientos descansan sobre los cuerpos respectivos y no al margen de ellos.

* * *

CICSO ha creado las condiciones para formalizar --a partir de 1980-- un programa de investigación que haga posible la caracterización de la formación social argentina, a partir de las leyes que hacen a los procesos de formación, acumulación y realización de poder y valor.

Producto y resultado de discusiones internas* entre sus investigadores alrededor de problemas planteados sobre el conocimiento de --sobre la posibilidad de aprehender-- la realidad en su totalidad, y a partir de la incorporación de los "estudios de casos"** al proceso general --como hitos dentro de un ciclo histórico-- se construyó esta aproximación a un "modelo de análisis de situación".

En este modelo la dimensión general --enfrentamientos--luchase asienta en la noción de dos fuerzas sociales en pugna (estrategias) en donde, para la realización de la meta de cada fuerza, no es aplicable la noción de polaridad.

* A través de seminarios, cursos, ejercicios, monografías, estudios, etc.

** Estamos haciendo referencia a investigaciones realizadas por este Centro, las que en su casi totalidad se encuentran editadas en la serie Estudios de CUADERNOS CICSO. El programa general de investigación de CICSO se encuentra parcialmente subsidiado por The Swedish Agency for Research Cooperation with Developing Countries - SAREC (Suecia).

Hemos decidido reproducir a continuación, dos capítulos del libro de Clausewitz,* por dos razones: a) porque no es un material de fácil acceso en general y b) porque el eje sobre el que se asienta la tesis acerca de que la formación y acumulación de poder de una fuerza de enfrentamiento -sus leyes-, no son la contrapartida de las leyes de constitución y desarrollo de la fuerza social antagónica subyace a lo largo de los mismos, y permite establecer la conexión con las tesis acerca de la "ley general de la acumulación capitalista".

CICSO

MAYO DE 1981

CICSO

www.cicso.org

*"De la guerra", Karl Von Clausewitz. Los capítulos 3 y 4 del libro IV "El encuentro en general" y el punto XVI, Capítulo I Libro I "El ataque y la defensa son cosas de clase diferente y de fuerza desigual. Por eso la polaridad no les es aplicable".

CICSO
www.cicso.org

"Nada se sustrae a la consecuencia filosófica; pero donde ésta se continúa en un hilo demasiado delgado, el autor ha preferido romperlo para reanudarlo a los correspondientes fenómenos experimentales; porque así como las plantas sólo dan fruto cuando la flor no nace a demasiada altura en el tallo, así en las artes prácticas las hojas y flores teóricas no deben levantarse demasiado, sino mantenerse próximas al suelo constituido por la experiencia. Indiscutiblemente sería una equivocación querer deducir de la composición química del grano de trigo la forma de la espiga a que da origen, ya que sólo necesitamos ir al campo para verla perfectamente. Investigación y observación, filosofía y experiencia ni pueden menospreciarse mutuamente ni se excluyen; ambas se prestan recíproca garantía".

CICSO

"De la guerra" (prólogo del autor)

General Carlos Von Clausewitz, Circulo Militar, Buenos Aires, 1968.

www.cicso.org

CICSO
www.cicso.org

Reflexiones acerca de la relación entre teoría y conocimiento

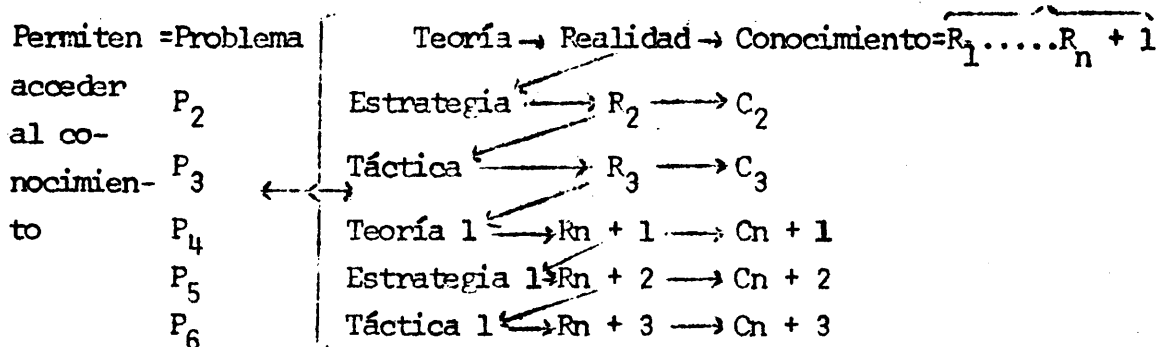
La importancia de distinguir entre conocimiento y teoría, radica en que el conocimiento se refiere directa y específicamente a una realidad, mientras que la teoría orienta la reflexión sobre esa realidad; la teoría señala lo que considera sustantivo de esa realidad, es una guía para la reflexión.

El conocimiento, en cambio, es una articulación de, tiene una relación directa con la realidad. La distancia que hay en esa relación directa hay que determinarla en cada caso.

En cambio la teoría no intenta establecer una relación directa con la realidad, la teoría es fundamentalmente un instrumento de observación, una guía, no de lo que hay que hacer sino de lo que hay que mirar para hacer. Tanto en Clausewitz como en la tradición del socialismo científico, el criterio es el mismo.

La teoría no es una guía para la acción, el conocimiento en cambio, sí da bases para la acción.

La relación entre teoría y conocimiento es algo así:



La aplicación de la teoría a la realidad nos ayuda a elaborar una estrategia, relacionada esta última con una rea-

lidad concreta nos permite la elaboración de enunciados tácticos. Pero naturalmente nuestras $R_1 \dots R_{n+1}$ suponen un conocimiento de esta realidad que es nuestro punto de partida. ¿Cómo se accede a este conocimiento? A partir de la conjunción de una teoría y de la observación de la realidad. Es básico señalar que llegado al momento de elaboración táctica, hay nuevamente una retroalimentación de los elementos teóricos, estratégicos y tácticos al conocimiento, y sobre todo, al avance en el plano de la teoría (Aparece Teoría 1) que reproduce todo el proceso, que es de retroalimentación continua. Pero falta un elemento: nuestro cuerpo de conocimientos ha ido elaborándose para resolver problemas que son su origen, y que lo retroalimentan también, y permite ubicar nuevos problemas, también en un proceso continuo.

Lo que está descrito en el cuadro es un momento de la lucha de clases, por ello el sujeto social que desarrolla estas tareas, en medio de la batalla más brutal y permanente, son las clases.

Usualmente, para referirse a los problemas teórico metodológicos que hacen a la lucha de clases, se utilizan determinadas estructuras conceptuales que soslayan la ubicación de los enfrentamientos y del sistema de relaciones sociales específico en que se gestan, es decir: en qué relaciones sociales, con qué fracciones, ante qué "hecho" es que se producen las reacciones. Si se lee a ciertos teóricos y en especial a Lenin con estas sugerencias, evidentemente todos estos elementos saltan con claridad, pero, no es cierto que ese sea el ordenamiento que estos elementos tienen, por ejemplo, en el ¿Qué hacer?. El ordenamiento que realmente tienen en ese texto es producto del enfrentamiento específico que Lenin asumía en ese momento. No es la formulación de una teoría rigurosa, es el uso de una teoría rigurosa en un enfrentamiento específico.

Cuando se habla de conciencia del proletariado, se está

refiriendo en realidad a dos formas de conciencia: la conciencia revolucionaria, y la real, objetiva, inmediata. La cuestión de la conciencia directa del proletariado nos remite a las contradicciones propias de este tipo de conciencia, a un cuerpo de problemas y los intentos de su resolución. La conciencia de clase, la conciencia revolucionaria, nos remite a la cuestión de la lucha teórica.

CICSO
www.cicso.org

CICSO
www.cicso.org

Obstáculos epistemológicos en relación a las formas que
asumen las luchas: análisis de situación*

¿Cómo se sabe cuando ha comenzado la guerra?

¿Cuándo y cómo aplicar el axioma de Clausewitz acerca de que "la guerra es la continuación de la lucha política por otros medios"?

El discurso de la "guerra" y la "paz" presupone, desde esta perspectiva, un discurso del poder; y ello nos remite al discurso teórico que del enfrentamiento social tiene la burguesía.

Desde esta perspectiva se hace conveniente comenzar por aclarar que, en verdad, el "espacio" entre la guerra y la paz no existe; tanto la guerra como la paz dimanar de la práctica y del dominio de la reflexión que sobre el poder tiene el discurso teórico de la burguesía.

El discurso de la guerra -como teoría rigurosa- nace a fines del siglo XVIII con Clausewitz articulado al proceso de las revoluciones político-militares de la burguesía europea y la constitución de los territorios de sus Estados nacionales. Es a él, a Clausewitz, a quien remiten inicialmente los revolucionarios (Marx-Engels) para interiorizarnos acerca de las "leyes de la guerra" durante el siglo XIX, el "siglo de las revoluciones proletarias".

Clausewitz es quien intenta establecer una teoría de la guerra no subordinada a la especulación ni al empirismo tecnológico dominante en ese momento; pero al hacerlo constituye su esfuerzo a partir de las luchas entre Estados mediante sus fuerzas armadas. Es de esa manera que la teoría del Estado-nación (del poder) incide sobre su reflexión de la guerra, parcializando y reduciendo los territorios sociales del enfrentamiento armado.

* Los problemas referidos a este tema y que en este trabajo conforman un capítulo, ya fueron tratados en las siguientes publicaciones del autor: "Argentina 1973-76"; CELA, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Cuaderno 42; México; 1979. También editado en inglés por Latin American Research Unit; Working Paper N° 28, Toronto, Canadá. 1980. Y "La guerra civil en la Argentina", Cuadernos Políticos N° 22; Ediciones Era; México; 1979.

La "guerra de Clausewitz" presupone una relación social de lucha entre fuerzas armadas en las que el carácter social dominante es el de ser la organización armada de los soldados-ciudadanos: el territorio político de la dominación armada de la burguesía. La guerra, en Clausewitz, se reduce al espacio social del enfrentamiento armado entre fuerzas de la burguesía: es una lucha armada entre "iguales".

En las palabras de Clausewitz, "es un conflicto de grandes intereses, resuelto mediante derramamientos de sangre, y solamente en esto se diferencia de otros conflictos. Sería mejor, si en vez de compararlo con cualquier otro arte lo comparáramos al comercio, que es también un conflicto de intereses y actividades humanas; y se parece mucho más a la política, la que, a su vez, puede ser considerada como una especie de comercio en gran escala. Más aún, la política es el seno en que se desarrolla la guerra, dentro de la cual yacen escondidas sus formas generales en un estado rudimentario."

Así como la economía clásica fundaba el territorio legítimo de su discurso teórico en el campo de las relaciones sociales de cambio (el "mercado"), por ser éste el territorio de relaciones sociales entre "iguales" (los propietarios de mercancías), analógicamente Clausewitz presupone una teoría del poder que se reduce al espacio social (la "política") de las relaciones entre "iguales" (los "ciudadanos"). La "política" de Clausewitz ocupa el lugar del "mercado" de la teoría económica clásica.

Cuando los economistas clásicos restringían el proceso económico a las relaciones sociales de cambio (el "comercio" de Clausewitz), nos remitían al campo de las "leyes naturales" para buscar y encontrar las explicaciones del proceso económico, y con ello encubrían la territorialidad social que permitía objetivar la explotación capitalista: las relaciones sociales de producción, las cuales objetivaban en el proceso de trabajo las relaciones entre "expropiado" y "expropiador" como relación social entre "no iguales". Eran

estas relaciones sociales las que creaban las condiciones de explicación, y explotación, del proceso productivo capitalista.

Al producir Marx una ruptura epistemológica en su crítica a la economía clásica, no sólo incorporó otros campos de relaciones sociales en la descripción y explicación del proceso económico sino que simultáneamente permitió comprenderlo como producto de leyes sociales históricamente determinadas en oposición a la supuesta inmutabilidad que las leyes naturales ejercían sobre el proceso económico.

La teoría de la revolución proletaria, la cual es un presupuesto de la teoría de la lucha de clases, puede sólo a partir de la Comuna de París (1871) comenzar lentamente a constituir sus bases programáticas para una formulación rigurosa de las leyes de la lucha de clases de la revolución proletaria, pues la utopía revolucionaria inicia a partir de ese momento el ascenso hacia su crisis: la revolución proletaria comenzó a ser realidad, ¡el "asalto al cielo" era posible!

Pero la derrota casi inmediata de los revolucionarios de la Comuna de París sirvió inicialmente, como siempre, para que la "crítica" y la "utopía" asumieran respectivamente los términos del "derrotismo" y de la "capitulación". Marx y Engels son quienes enfrentan el derrotismo y la capitulación intentando convertir la derrota de los revolucionarios franceses en un avance de la teoría revolucionaria, la teoría de la lucha de clases. Pero este esfuerzo no logró afianzarse y avanzar sino a partir de las nuevas condiciones y experiencias generadas por el proceso revolucionario de 1905 a 1917 en Rusia. Es Lenin quien retoma las reflexiones realizadas por Marx y Engels acerca de las experiencias de la Comuna de París y lo hace, no podía ser de otra manera, a partir de las condiciones que las luchas sociales y políticas crean en el período de 1905 a 1917.

Su inicio también tiene una fecha de derrota (1905), y también ante ella se produce un clima de capitulación y derrotismo. En forma casi análoga se producen las mismas reflexiones y discusiones que en el pasado había suscitado la Comuna de París; las polémicas entre Lenin y Plejánov acerca de la evaluación de los procesos revolucionarios de 1905 desentienran las reflexiones de Marx y Engels sobre el proceso de la Comuna y las actualizan ante las fracciones capitulacionistas, las cuales hubieran deseado profundamente que no se hubieran producido hechos tales como la Comuna y las experiencias de los soviets en 1905, pues ambas habían sido derrotadas. A unos la historia real les molestaba; en cambio, a los otros la reflexión sobre la misma los agigantaba.

Tanto la experiencia de la Comuna de París como los procesos de 1905 en Rusia, refieren a la imagen de una "insurrección armada" del pueblo; tanto en un caso como en otro, Marx y Lenin, aconsejaron antes de la insurrección: "debemos aconsejar al proletariado (como lo hizo Marx en 1871 previendo el inevitable fracaso de la insurrección de París) que no se lance a ninguna insurrección, sino que espere a estar organizado" (Lenin). Pero, después de la insurrección: "si Marx, que seis meses antes de la Comuna declaró que la insurrección sería una locura, supo, no obstante, apreciar esa "locura" como el más grandioso movimiento de masas del proletariado del siglo XIX, los socialdemócratas rusos deben con mil veces más razón llevar ahora a las masas la convicción de que la lucha de diciembre (1905) fue el movimiento proletario más necesario, más legítimo y más grande, después de la Comuna." (Lenin). Se había demostrado en la práctica que el "pueblo en armas", aún a riesgo de ser derrotado, debe intentar -y puede lograr- tomar el poder. Pero su demostración carecía aún de su incorporación rigurosa a la teoría de la lucha de clases; al mismo tiempo que el prerrequisito de la insurrección, el "pueblo en armas" quedaba librado a

un acto de "oportunidad" y "audacia" a partir de iniciativas y situaciones aparentemente creadas por la burguesía.

Tanto la Comuna como las experiencias rusas, de 1905 a 1917, señalaron la necesidad de que la teoría de la revolución proletaria se ampliara y enriqueciera, incorporando una reflexión postergada acerca de las formas que así unían las luchas sociales y políticas y su incidencia en el discurso teórico de la lucha de clases: era impostergable una mirada crítica a la teoría del poder, del Estado y de la guerra.

La guerra había dejado de ser ajena a los intereses del proletariado: era necesario comenzar su análisis a partir de una perspectiva y de un discurso teórico diferente, distinto al que hasta ese momento había sido dominante y hegemónico; incorporarla a la perspectiva de la teoría de la lucha de clases, no como una "sumatoria" anexada a partir de un "determinado momento", sino en la necesaria reformulación crítica de lo que hasta ese momento era la "teoría de la guerra" y de la "lucha de clases". Era obvio que ese proceso había comenzado en la realidad histórica pero carece -aún hoy- de una toma de conciencia del mismo: la realidad ya se había mostrado más rica que la teoría. Sin embargo, la necesidad de esa reflexión fue postergada: el torrente de nuevos problemas y desafíos que las revoluciones triunfantes generaron, desplazó su oportunidad y prioridad.

Los problemas que debía enfrentar la insurrección armada -en particular acerca del momento de la insurrección y su posterior ejecución- se constituyeron en el núcleo y centro de la reflexión revolucionaria. Inadvertidamente, se limitó y fragmentó la incorporación de los elementos originales de las nuevas experiencias -en su lectura y posterior reflexión- a la perspectiva de la teoría de la lucha de clases. Tanto el triunfo revolucionario de 1917, como la Comuna de 1871, si bien alertaban sobre el proceso de la "insurrec-

ción armada", mantenían un presupuesto implícito y nebuloso: el "pueblo en armas" lo había sido como consecuencia de un requerimiento de la lucha política entre los Estados de la burguesía. Las dos experiencias se habían desarrollado, fundamentalmente, a partir de condiciones de guerra entre Estados nacionales: el "pueblo armado" había sido una de sus consecuencias.

La Comuna y el Soviet (1917) demostraban la posibilidad de producir una crisis en la relación del soldado con "su" ciudadanía; las relaciones de dominio burguesas que la "nacionalidad" otorgaba a través de la "ciudadanía" entraban en crisis cuando se liberaba el carácter social de los soldados. La fuerza armada de la burguesía, la organización burocrático-militar del ciudadano-soldado, era cortada transversalmente cuando se profundizaba el desarrollo de la lucha de clases en los períodos de guerra. La sublevación se confundía con la insurrección.

La crisis de las relaciones políticas de los soldados y la liberación, la emergencia, de su carácter social (campesino, asalariado) era posible. Pero su constitución de "hombre armado" permanecía aún en el territorio social de la iniciativa, de los intereses, de la dominación burguesa. Era la burguesía quien había armado a los hombres de otras clases para la defensa de sus intereses y de las relaciones burguesas. Quedaba por resolver si era posible constituir una fuerza armada a partir de la iniciativa e intereses de las clases desposeídas.

En el caso de la Comuna, la decisión revolucionaria había comenzado a partir del intento de desarme por parte de la burguesía de las fuerzas populares que habían defendido el territorio francés de la invasión extranjera. Fue la respuesta a ese intento de desarme lo que dió comienzo al proceso político social de la Comuna de París: la burguesía intentó eliminar al "soldado" del vínculo que el "patriota" había

establecido entre "soldado" y "ciudadano"; los "patriotas" respondieron con la disolución de su ciudadanía y, manteniendo su carácter de soldado, se asumieron como "comuneros". La burguesía comienza, a partir de 1871, a saber -al margen del grado de claridad- que el carácter social de "su masa armada" es un detonante tremendamente peligroso en determinadas condiciones políticas y sociales: se siente convocada al análisis de la guerra desde una perspectiva diferente a la que hasta ese momento tenía.

A partir de 1871 ya no es teóricamente sostenible una teoría de la guerra, de las "leyes de la guerra", que soslaye la teoría de la lucha de clases; y, a su vez, se vuelve imprescindible y urgente enriquecer la teoría de la lucha de clases con respecto al estudio de las leyes de la guerra en relación a las leyes de la lucha de clases.

La guerra entre los Estados-nación de la burguesía debía ser leída como consecuencia del desarrollo de la lucha de clases en el sistema capitalista; las "iniciativas" de las burguesías de "armar a los ciudadanos" debían ser analizadas sin marginar ni soslayar el desarrollo de la lucha de clases en los diferentes territorios del dominio de las burguesías. Para los revolucionarios, el "pueblo armado" debía dejar de ser, de mantener como apariencia, una tarea librada al desarrollo de la iniciativa de la lucha política de la burguesía. Pero todas estas tareas, exigían una reflexión que sólo fragmentariamente fue realizada; en realidad, la verdad es más humilde: fue muy poco lo que el desarrollo teórico de los revolucionarios avanzó respecto al mayor conocimiento de las leyes de la lucha de clases. Quienes "tomaron las armas", o se preparaban para ello, difícilmente podían en su inicio fundar rigurosamente su decisión, y quienes se oponían a ellos lo hacían esgrimiendo una supuesta "teoría" que nada específico decía al respecto, pero a la cual se hacía hablar en nombre de una experiencia acumulada (!?); estos teóricos

creaban las condiciones para que todas aquellas tareas que estuvieran vinculadas al carácter armado de las luchas pasaran a instalarse en un discurso de dudosa legitimidad revolucionaria. Cada vez más las "tareas de las armas" pasaron a ser un ejercicio cuya corrección sólo podía demostrarse post-facto: si su éxito se expresaba inmediatamente. La apariencia del "ensayo y error" -cuando no la tozudez- se impuso como la mejor descripción de lo que sería el "método" de esas "aventuras"; desplazando el lugar que debía ocupar la explicitación de una reflexión rigurosa articulada al desarrollo anterior de la teoría revolucionaria.

Este "vaciamiento teórico" con el cual se intentó aislar permanentemente a las tareas revolucionarias no logró impedir la marcha ascendente del proceso: China, Argelia, Cuba, Vietnam, Angola, Camboya... y ahora Nicaragua dan testimonio de ello.

Los hechos fueron señalando que el "pueblo en armas" había dejado de ser un producto de la iniciativa burguesa en la lucha de clases, para transformarse en un instrumento de la perspectiva estratégica de las clases desposeídas. El fantasma de la guerra con que las clases dominantes aterroizaron y sojuzgaron a las clases desposeídas comenzó a ser desmistificado: la guerra era la forma inequívoca que tomaba la lucha de clases en un momento de crisis de dominación.

Pero, por supuesto, el atraso que la teoría tomó en relación a ese proceso ascendente se hizo mayor y los costos sociales y políticos que los movimientos revolucionarios pagaron por ese déficit teórico, en los inicios y a lo largo de su marcha, fue tremendo. Ante los grandes triunfos, el resultado borra mucho de lo que es el recuerdo amargo de los inicios, del aislamiento de los primeros momentos, de las derrotas parciales -y que en su momento parecieron totales- que sólo muy lentamente lograron recuperarse: pocas veces se hace el recuento de las marchas que se iniciaron y nunca lle-

garon a su fin. De todas maneras se hizo evidente el proceso de objetivación acerca de la necesidad de un mayor conocimiento de la relación existente entre las formas que puede tomar la lucha de clases y la emergencia de una fuerza política con capacidad de expresarse no sólo como fuerza moral sino material. La convicción de la necesidad de constituir una mirada estratégica sobre el proceso de la lucha de clases y distinguir con claridad las diferencias y las relaciones existentes entre los enfrentamientos de carácter táctico y los estratégicos, también se volvió imprescindible.

La lucha de clases -como realidad y como teoría- alertaba sobre el carácter permanente del enfrentamiento social: que no hay poder sin enfrentamiento. La imagen dicotómica de la sociedad, reduciéndola a las relaciones entre "dominadores" y "dominados" (así como la dicotomía de la guerra y la paz) falsea, encubre, el combate cotidiano. La "violencia" de la que habla públicamente y con énfasis la burguesía es casi siempre aquella que expresa el enfrentamiento de los desposeídos y por ello la categoriza como "delito"; la otra, en cambio, recibe los elogios de una categorización benevolente y cómplice, la justicia. En la perspectiva de los intereses de la burguesía, la lucha de clases es remplazada por la imagen de una lucha -;también permanente!- entre el delito y la justicia; y es conveniente señalar que no es lo policíaco (lo carcelario, disciplinario o represivo) el modelo sustantivo de ese combate, sino la concepción de la guerra. La burguesía ha ido asumiendo inescrupulosamente la certeza de "su" guerra permanente contra el delito; ha ido haciendo crisis su criterio "policíaco" en relación al delito (etapa en que el capital industrial era dominante en el sistema) para subordinar ese criterio al del orden y la jerarquía de la guerra. Ahora distingue la necesidad de contar en esa lucha con una concepción estratégica de la misma y no reducirse a la consecución de erráticos éxitos tácticos de

una cacería policial.

La burguesía se comporta como una clase propietaria -dominante- de un territorio social y no sólo material, lo cual puede objetivarse cuando se analizan las aportaciones tecnológicas de sus estrategias político-militares. La estrategia y la táctica se vuelven los operadores básicos de toda reflexión sobre la lucha de clases -ya sea en la perspectiva de la decisión de la burguesía, como de la reflexión revolucionaria- y en particular sobre toda posibilidad de periodización de los enfrentamientos. Ambas categorías -la estrategia y la táctica- nacieron como consecuencia de la necesidad de objetivar las relaciones y las operaciones que se producían en los enfrentamientos armados entre las fuerzas sociales de las clases dominantes; esas categorías nos indicaban las relaciones de fuerza existentes en relación a los diferentes niveles de enfrentamientos entre fuerzas sociales. La guerra -la lucha social en la perspectiva de la burguesía- presupone la búsqueda del aniquilamiento de la fuerza moral y material del enemigo; el encuentro -la decisión por las armas- se constituye en el eje sustantivo del ordenamiento social de la guerra. La estrategia y la táctica están necesariamente subordinadas al encuentro.

Pero ¿cuándo comienza la guerra en la perspectiva burguesa? ¿Cuándo es que considera necesario imponer la decisión por las armas?

Clausewitz es elocuente al respecto: "si pensamos como surge la guerra, veremos que la concepción de la guerra no surge con la ofensiva, porque ésta tiene como objetivo absoluto, no tanto el combate sino tomar posesión de algo. La guerra surge primero con la defensa, porque ésta tiene como objeto directo el combate, ya que la acción de detener el golpe y el combate son, evidentemente, una misma cosa. Detener el golpe es una acción dirigida por entero contra el ataque y, por lo tanto, lo presupone necesariamente; pero el

ataque no está dirigido contra la acción de detener el golpe, sino hacia otra cosa: la posesión de algo y, en consecuencia, no presupone a la primera. Por consiguiente es natural que quien haga entrar en acción primero el elemento de la guerra, quien desde su punto de vista sea el que primero concibe dos bandos opuestos, establecerá también las primeras leyes para la guerra, y es natural que lo sea el defensor."

Es la conciencia de clase poseedora que la burguesía tiene de sí misma -como expresión de su ser social- la que la lleva permanentemente a "sentirse" atacada ante cada intento de conquista o recuperación social y política de los sectores desposeídos. La burguesía considera un delito, una apropiación indebida, todo intento de los expropiados reales por recuperar parte de lo que históricamente han constituido o de lo que socialmente son. De ahí su vocación de clase propietaria -dominante- de hacer la guerra ante cualquier intento de los sectores desposeídos por establecer la continuidad de sus luchas sociales y políticas. La guerra es para la burguesía la otra cara del proceso de acumulación capitalista, en la que la crisis de acumulación es mediatizada por esa capacidad de "potencia económica" que Marx otorgaba a la violencia en el capitalismo.

CICSO
www.cicso.org

El concepto de fuerza social

Un primer "vínculo" entre Lenin y Clausewitz es su referencia a fuerzas sociales. Ambos se ocupan de fuerzas sociales. En el caso de Clausewitz su fuerza social es lo que él llama Fuerzas Armadas, pero en éste caso la existencia de esa fuerza es un presupuesto histórico que supone ciertos requisitos para su existencia. Esa fuerza armada es la referencia al carácter profesional, nacional, burgués de una fuerza social.

Pero no sólo eso; Clausewitz concede una gran importancia al resto de las fuerzas sociales que no solamente se identifican con su presupuesto de fuerzas armadas profesionales. En el caso de Lenin, la imagen que él tiene de la lucha de clases no es la de que las clases sociales directamente se enfrentan, sino que quienes se enfrentan son fuerzas sociales. Estas fuerzas expresan distintos momentos y formas de alianzas de clases, intereses de clases, unidad de clases, etc.; así, la lucha de clases se realizaría a través del enfrentamiento entre fuerzas sociales en pugna.

Tanto uno como otro, en dos contextos teóricos, en principio, aparentemente distintos, se están ocupando de los enfrentamientos entre fuerzas sociales. Esta, es la matriz "común" más rudimentaria que se puede encontrar entre ambos. Uno refiere a los problemas de conducir una fuerza social de carácter revolucionario; y el otro se plantea la tarea de conducir una fuerza social armada profesional de carácter burgués. Se está así, en presencia de dos personas cuyo problema teórico-práctico es el de conducir fuerzas sociales. El tema central es ese: cómo conducir fuerzas sociales en pugna esto constituye una aproximación a una matriz común al menos hipotéticamente. En el caso de Lenin el presupuesto

teórico es la existencia y la teoría de la lucha de clases. Es decir, las relaciones históricas entre las clases sociales desde el momento mismo de su constitución; asumiendo esta constitución como un proceso de enfrentamiento entre las clases.

No se trata de encontrar que es lo primario: si las clases o su lucha, sino de entender que el proceso mismo de formación de una estructura de clases o, el proceso mismo de su desarrollo (de existencia de una formación social) presupone no sólo la génesis y la formación de clases sociales sino que, la génesis y el desarrollo mismo de las clases sociales, es la forma en que se expresa el enfrentamiento entre ellas.

Estas cuestiones implican acostumbrarse a pensar que el proceso mismo de formación de una clase social, remite a observar que el proceso del enfrentamiento en una sociedad, daría por un lado como consecuencia la existencia misma de las clases y, por el otro lado, una nueva forma de la concepción de la lucha de clases.

Esta no es la imagen con que las personas han sido construídas para la visualización del proceso social. Por el contrario. La imagen asumida en general es ésta: primero) se presupone la existencia de clases; segundo) se presupone su enfrentamiento. La imagen de que el proceso mismo de constitución de las clases sociales es la consecuencia de un proceso de enfrentamiento, ha ido desapareciendo.

El problema es que lo que hay que presuponer realmente es el enfrentamiento, y en consecuencia la existencia, la formación de clases, y como nueva consecuencia, otra vez el enfrentamiento.

El problema tiene cierta importancia porque nos indica la necesidad de ser cuidadosos en el análisis de las fuerzas reales que están en enfrentamiento en un momento dado, observando como están constituídas las fuerzas sociales antagónicas en ese momento. Pero además nos indica que una estrategia im-

plicada, involucrada, comprometida en el propio momento del análisis de la lucha de clases, debe analizar la lucha de clases no estrictamente como un proceso de carácter político-militar, sino como un proceso total. ¿Qué quiere decir esto? que al estudiar un enfrentamiento concreto se tiene que ver en él la manera en que una formación social está constituyendo sus clases sociales, así como la crisis de esa producción social.

El problema de clase en sí y clase para sí, es la referencia a las relaciones que se establecen entre un conjunto de individuos por una parte, y por otra, a las relaciones que se establecen entre este conjunto de individuos y el resto de los conjuntos de individuos. Hay dos notas que Lenin va a desarrollar con cierta fuerza y reiteración, y se refieren a cuál es la relación de una clase consigo misma y cuál es la relación de una clase con las demás clases. En definitiva este tema, es el que se articula con el tema de clase en sí y clase para sí, y también con lo ya señalado, con el proceso mismo de constitución de las clases sociales. A su vez, esta cuestión tiene que ver con el proceso de análisis de los enfrentamientos a que conduce el desarrollo de la lucha de clases en un determinado momento.

Es decir, que cuando se analiza el estadio concreto de una determinada situación de la lucha de clases, el análisis para ser relativamente exhaustivo, debe tomar en consideración lo siguiente: ¿Estos enfrentamientos, qué consecuencias tienen en los procesos de constitución de las clases? Esta pregunta es la que en general no se hace, y al no hacerla, se dejan de lado las formas concretas en que se están constituyendo los momentos y los estadios de la acumulación capitalista.

Retornando al problema inicialmente planteado, que era el de establecer puentes primarios entre Lenin y Clausewitz, ¿cómo realizar una lectura de ambos tratando de constituir desde el inicio una matriz relativamente común?, planteamos que tanto uno como otro se ocupan del análisis de la conducción de una fuerza social en pugna. Conducir una fuerza social sólo es posible a partir de la capacidad de analizar las condiciones reales de su existencia, las leyes de su existencia. ¿Por qué esa preocupación de Lenin en señalar los tres campos o formas de enfrentamiento, que asumiría la lucha de clases?¹. Porque lo que intenta demostrar, es la importancia que tiene asumir desde el inicio, cuáles son las condiciones de "leyes sociales" en que se realiza la lucha de clases y cómo estas condiciones comprometen la orientación de la conducción de la lucha de clases, de la conducción de la fracción proletaria y de la formación de una fuerza social de carácter revolucionario.

Es necesario precisar cuales son esos tres campos: lucha política, lucha teórica y lucha económica; y que en estos tres campos de la lucha, no necesariamente las fracciones hipotéticamente revolucionarias tienen, de por sí y en sí mismas, dicho carácter; para lograrlo no pueden estar supeditadas al desarrollo mismo del enfrentamiento.

¿Qué es la lucha teórica?. El problema que se debate y el territorio que se intenta conquistar consiste en el establecimiento de una conducción de carácter revolucionario sobre el proletariado, y el desarrollo de la capacidad del proletariado de acaudillar al resto del pueblo en la lucha política.

Esta cuestión del particular énfasis en la lucha teórica, es similar al esfuerzo de Clausewitz por establecer una teoría

¹Desarrollados por F. Engels en el análisis de "Las guerras campesinas en Alemania!"

rigurosa sobre la guerra. Cuando Clausewitz escribe "De la guerra" se propone eliminar por un lado, todo el tecnologicismo dominante en su época acerca de la triangulación, etcétera; es decir, eliminar toda la especulación que sobre la temática de la guerra se estaba produciendo. Por otro lado, pretende crear una teoría rigurosa de la guerra, y al fundarla está creando y siendo consistente con una rigurosa teoría del poder en la concepción burguesa como nunca nadie lo hizo por otra parte. El esfuerzo de Lenin en cambio es el de fundar una teoría rigurosa de la conducción de la lucha de clases desde la perspectiva proletaria, revolucionaria; y el de Clausewitz es el de fundar una teoría rigurosa de la lucha de clases desde la perspectiva burguesa porque la teoría de la guerra de Clausewitz es eso: una teoría consistente de la lucha de clases en la perspectiva y a partir de los intereses de la burguesía.

En definitiva "De la guerra" no es más que el reflejo de las condiciones de la lucha de clases en los siglos XIX y XX. Este es el segundo término de matriz común entre el esfuerzo de Lenin y el de Clausewitz. Mientras el primero es el hecho de que los dos asumen los problemas derivados de la conducción de fuerzas sociales en pugna, el segundo es el establecimiento de la necesidad de formulación de una teoría rigurosa sobre estos procesos. Tanto en un caso como en el otro, las tareas son similares en este sentido, aunque desde perspectivas (intereses) diferentes.

En el "Qué hacer?" se desarrolla una concepción científica de cuáles son las condiciones reales, concretas, inmediatas, en que se está produciendo la lucha de clases en Rusia. Y, algo que es tremendamente importante, cómo en esa lucha inciden no sólo las condiciones específicas de la territorialidad rusa, sino sobremanera los problemas que se refieren al proceso mundial de la revolución. Lenin nunca analizó las condiciones de la lucha de clases al margen de

las condiciones hoy día llamadas "internacionales", y sabía que jugaban en forma directa y casi inmediata sobre el proceso de la lucha de clases, o sea que no efectuaba una escisión entre los dos términos del problema. Cuando hace esta separación es más por un problema de ordenamiento que por la incidencia que este ordenamiento tiene en la jerarquía del análisis.

Es importante el problema del conocimiento directo y el conocimiento indirecto en el proletariado y en la lucha de clases. Hay un tipo de conocimiento que como consecuencia de los enfrentamientos a que se ve sometido el proletariado, no le es de acceso directo: en particular la experiencia internacional. La apreciación de las condiciones totales de la lucha de clases que el proletariado puede tener como consecuencia de su experiencia directa en la misma se encuentra en gran medida retaceada. Depende de cual sea el carácter de la alianza de clases que el proletariado logre, la capacidad que tenga de adscribir e incorporar en su lucha directa, real, permanente e inmediata, un enorme caudal de experiencia que ha sido acumulado históricamente en otros enfrentamientos. Esta experiencia no la puede captar directamente ese proletariado.

Aquí hay un elemento de importancia enorme: la capacidad de cooptación que el proletariado realiza en su lucha de clases. El proletariado va incorporando mediante mecanismos sociales muy complejos, una gran cantidad de cuadros de otras clases sociales que se van sumando a la lucha. Es a través de este mecanismo que empieza a producirse la incorporación de las experiencias históricas, del conocimiento indirecto. El proletariado oye todos los días a miles de individuos que le dan alternativas, pero selecciona, no escucha a todos, elige más a unos que a otros, abandona e incorpora a otros. Este mecanismo tremendamente complejo, se encuentra en la matriz de la formulación de la tesis del centralismo democrático.

El problema a que nos referimos es el de las leyes o los procesos sociales mediante los cuáles el proletariado va estableciendo su hegemonía en el desarrollo de la lucha de clases. Y este es un mecanismo embrionario de la hegemonía proletaria: la capacidad de incorporar, cooptar, y también rechazar y abandonar, a los cuadros intelectuales y sus sugerencias y orientaciones, en las condiciones mismas del enfrentamiento.

El primer dilema a plantear, es la necesidad de que exista en el desarrollo de la lucha de clases, como realidad, como formulación y como acción, una conducción proletaria y revolucionaria. Lenin señala que espontáneamente, en el enfrentamiento entre las fuerzas antagónicas de la lucha de clases, nos encontramos que una de ellas tiene una conducción; los cuadros políticos, militares y tecnocráticos de la burguesía ejecutan, todos ellos, las tareas de conducción. La burguesía tiene la iniciativa en la lucha de clases en tanto las otras fuerzas no constituyan los términos de su conducción. Plantearse el problema de la conducción, es plantearse el problema de la lucha teórica. En la lucha de clases, la condición para lograr la iniciativa, es comenzar por asumir la responsabilidad en la lucha teórica; esta es una sugerencia metodológica tremendamente importante.

Este planteamiento no era asumido y entendido, a pesar de que ya había habido un fracaso de los intentos revolucionarios, en 1871. No había conciencia; 20 o 30 años después, de porqué se había fracasado en este primer "asalto al cielo". En los trabajos de Lenin su respuesta a esta situación fué plantear la necesidad de asumir la lucha de clases en su totalidad, no sólo como lucha política y lucha económica, sino también como lucha teórica. Esta forma de enfrentamiento se realiza sin la participación conciente del proletariado, la suya es una participación de derrota en este campo que implica la acumulación de derrotas también en la lucha política y en la lucha económica; en consecuencia en la

capacidad de enfrentamiento en la lucha de clases, el proletariado se encuentra en una situación de derrota, que no puede superar automáticamente. Lenin plantea que la razón de esta derrota consiste en no asumir la lucha de clases en su totalidad. ¿Qué es exactamente la lucha teórica? hay un primer elemento sustantivo que hace referencia a la totalidad de la lucha de clases, y es el problema de establecer una conducción. La lucha de clases no puede ser abandonada sólo a la iniciativa burguesa. Debe emerger la iniciativa revolucionaria, la iniciativa social histórica, del proletariado.

CICSO

www.cicso.org

La noción de enfrentamiento en su dimensión estratégica

La lucha teórica hace referencia, en primera instancia, a un enfrentamiento entre las distintas fracciones de la sociedad que intentan acaudillar el movimiento de masas, los movimientos sociales, o cualesquiera sectores que estén fuera del régimen. En cualquier situación política, económica, social, científica. Los sectores que están en imposibilidad objetiva de incorporarse al régimen de dominación, van a intentar ser acaudillados, conducidos, en sus formas de enfrentamiento y de expresión. Esto da un espectro bastante amplio: intentan ser acaudillados y conducidos tanto para incorporarse al régimen como para luchar contra él y cambiarlo.

Todo régimen de dominación parte del prerrequisito de que fracciona la sociedad en dos partes, de que margina a un sector de la sociedad. Este es un proceso dinámico y permanente que nunca se cristaliza, y es una forma que asume la lucha de clases en su carácter fundamentalmente político. En todo proceso de lucha política, en donde la lucha es por conquistar los instrumentos, las condiciones de poder, se deben distinguir dos campos: el de aquellas fracciones de la sociedad que se encuentran en condiciones objetivas de incorporación a la forma específica que el régimen asume, y aquellos que carecen de estas condiciones objetivas. Nada dice esto, en ninguno de los dos casos de la subjetividad; los actores de este proceso pueden tener una conciencia subjetiva distorsionada (sentirse incorporados sin estarlo objetivamente, o viceversa) lo que va a tener consecuencias políticas. Estas situaciones contradictorias, obstaculizan la posibilidad de una reflexión y un análisis rigurosos.

Es necesario comprender en que términos reales -no teorizables, o verbalizables, sino en que términos objetivos-

un régimen define su dominio, o cuál es la estrategia objetiva que está actuando en la implementación de la lucha de clases, en su formulación como un régimen de dominación. Es esta base la que nos permite tener claridad acerca de que fracciones pueden objetivamente incorporarse, al margen de su subjetividad. Por supuesto, después habrá que tener en cuenta los niveles de la subjetividad, porque ellos harán comprensible el hecho de que hay fracciones que objetivamente pueden incorporarse, pero que al tener una conciencia distorsionada de la situación objetiva, luchan, y sin embargo es una lucha producto de una distorsión (por supuesto, de una distorsión construída históricamente).

Por su parte, las fracciones de la sociedad que objetivamente no pueden acceder a las condiciones del régimen, cuando toman conciencia de esta imposibilidad y comienzan a luchar, posiblemente se articulen en su lucha con aquéllas fracciones que objetivamente podrían acceder al régimen, pero su subjetividad les ha construído un obstáculo insalvable para hacerlo. Estas fracciones se alían entre sí y constituyen una importante alianza social. Pero, llegado un cierto momento del enfrentamiento comienza un lento proceso de disgregación de esta alianza de clases. La explicación de este fenómeno es que uno de los sectores objetivamente, en el desarrollo de su lucha, ha sufrido un desencantamiento de su conciencia distorsionada, y como consecuencia a veces de la lucha misma, acceden a las situaciones y al entorno del régimen.

¿Qué es lo que se debate en la lucha teórica?

¿Quiénes son los que debaten y se enfrentan en la lucha teórica? Para responder ambas preguntas por un lado, necesitamos aquellos elementos que nos capacitan para entender el enfrentamiento en la lucha teórica, y, por otro,

aquellos elementos que nos ayudan a comprender de qué manera se produce la lucha teórica. Son dos cuestiones distintas, la una hace a la génesis en que se constituye el enfrentamiento en la lucha teórica, y la otra hace a las formas específicas en que se desarrolla la lucha teórica. Estos dos momentos -diacrónico-sincrónico- están yuxtapuestos, sólo son distinguibles para el análisis y para el conocimiento de esa realidad.

En la lucha teórica se disputa la conducción de todas aquellas fracciones de la sociedad que objetivamente no pueden acceder al régimen, sean o no concientes de esta incapacidad; y la conducción también -que es un elemento que se olvida permanentemente- de aquellos elementos que pudiendo acceder tienen una conciencia contradictoria, tienen una falsa conciencia de su situación objetiva. Estos elementos son tremendamente importantes porque al poder acceder, tienen un poder objetivo que no tienen los que objetivamente están marginados. Estas fracciones que tienen posibilidad de acceder pero no lo saben, son sectores que anidan en la burguesía y que expresan ciertas formas que la propia burguesía acoge en su seno con contradicciones. Lo que está manifestando este fenómeno son indicadores de que el modelo de acumulación está sufriendo transformaciones, son indicadores indirectos que se expresan en el campo de los hechos políticos y sociales de determinada manera, por ejemplo en el campo de lo que se ha llamado las formas ideológicas, los discursos teóricos, etcétera. En realidad la raíz de todas esas distorsiones y aberraciones teóricas, es la contradicción entre las condiciones objetivas de esa fracción social de la burguesía o de la pequeña burguesía y la conciencia falsa que de esta situación se tiene.

Estas fracciones no sólo tienen un poder objetivo muy superior al resto de las fracciones que objetivamente no pueden acceder al régimen, sino que además tienen un poder de subjetividad: permanentemente están elaborando estrategias

de acceso al poder. están ofreciendo alternativas ante el resto de la sociedad. Pero las alternativas que ofrecen siempre son expresión de su conciencia aberrante, de formas de "atajo" de acceso al poder. Por ello hay un proceso constante de lucha con estos sectores en el seno del movimiento de masas, del movimiento popular, de las fracciones sociales que no tienen una situación objetiva de acceso al régimen. Esta es una muestra del grado de complejidad que tiene la lucha teórica.

En general, la tendencia es a analizar a estos sectores sociales, no tanto por su discurso teórico, sino por su existencia misma social; se los enfrenta por ser fracciones de la burguesía o de la pequeña burguesía, por su pertenencia objetiva -aunque ellos la desconozcan- a un régimen. Como si se afirmara: "aquí no hay lugar para la pequeña burguesía, para los campesinos propietarios, etcétera", cuando en realidad el núcleo del enfrentamiento, debiera ser las alternativas que estas fracciones ofrecen, y no el carácter objetivo de su pertenencia social.

Volvamos ahora al punto de partida: la lucha teórica hace referencia a los enfrentamientos que se producen entre las distintas fracciones sociales, para el logro de una estrategia que permita la redefinición de las condiciones del régimen imperante.

Se producen siempre, en este campo, dos tendencias; aquella que lucha contra el régimen, intentando una redefinición histórica específica de éste; y aquella que lucha contra la política que el régimen instrumentaliza, contra el uso instrumental que se hace del régimen.

El territorio en el que se produce la lucha teórica son sus espectadores, sus interlocutores. Es decir, aquellos que están fuera del régimen, por cualquiera de los dos motivos mencionados; porque objetivamente no pueden acceder a él o porque subjetivamente no acceden a él.

¿De cuántos personajes estamos hablando?

- 1) Estamos hablando de aquellas fracciones que por razones objetivas o subjetivas no acceden o no forman parte del régimen.
- 2) Estamos hablando de aquellos sectores de la sociedad que están proponiendo alternativas de enfrentamiento a la política del régimen o al régimen, o simultáneamente a los dos.

Entender cuál es el territorio social en el que se produce la lucha teórica es primordial.

Hay un error usual que es creer que el instrumento fundamental de la lucha teórica es la verbalización, los materiales escritos. Esta es una reificación antojadiza. En un momento determinado, la lucha teórica puede usar como instrumento fundamental armas materiales que disparan balas. El carácter del instrumento depende de la intensidad del enfrentamiento, de la drasticidad y radicalidad del enfrentamiento: lo cual a su vez depende de su relación con el grado de desarrollo de la lucha de clases.

¿Cuál es el espacio social, el campo de las relaciones sociales en que se produce la lucha teórica? Aquí, una aclaración necesaria. Creer que la lucha teórica, la lucha política, la lucha económica se dan en forma escindida, es hacer un maniqueísmo, una sectorización que no existe como tal en la realidad. Lo que objetivamente existe son fracciones sociales, que en su enfrentamiento desarrollan momentos que corresponden a la lucha teórica, económica o política. No se da la lucha de clases en estos tres campos de forma escindida, lo que existe es la lucha de clases, y cada enfrentamiento debe ser analizado en el carácter de su lucha teórica, política y económica. Es posible que un enfrentamiento social objetivo tenga "poca expresión" de la lucha teórica en un momento dado, o de la lucha económica, o política, y tenga "mayor densidad" de alguno de estos tres momentos, aspectos o determinaciones, como se les quiera llamar.

¿Cómo analizaremos el momento teórico al observar un enfrentamiento social? Porque el momento teórico es aquél que hace referencia a la concepción estratégica del enfrentamiento.

to, a la concepción táctica del enfrentamiento. Este es el territorio de la lucha teórica. Se podría sustituir esto con una reducción esquemática, y afirmar que en la lucha teórica lo que se disputa es la conducción de las masas; esta definición aparentemente muy inteligible, es poco rigurosa. Con mayor rigor diremos que la lucha teórica expresa los enfrentamientos medidos en términos estratégicos y tácticos. Hay enfrentamientos en la sociedad que tienen estrictamente una densidad teórica casi total, y que aparentemente no tienen expresión política y económica, pero esto es más aparente que real, siempre tendrán un momento, un aspecto que los ligue con la lucha económica o política.

¿Por qué a este aspecto o momento del enfrentamiento que se refiere a la concepción estratégica de la conducción se la denomina lucha teórica?

Hay una tradición acerca de la caracterización de los distintos aspectos o momentos de la realidad, a pesar de que estas concepciones entran en crisis a mediados del siglo XIX. Esta crisis no tiene aún hoy día expresión clara; es una tarea por realizar. La reflexión que hace Lenin sobre el conocimiento que puede tener una fracción de la sociedad, como es la clase obrera, remite a dos tipos de conocimiento: aquél que esta fracción puede tener como consecuencia de la toma de conciencia de sus propias acciones. Este primer tipo de conocimiento ¿es suficiente para los problemas que tiene que resolver esta fracción de la sociedad? Si se respondiera afirmativamente se estaría suponiendo que los problemas que debe resolver son consecuencia sólo de su propia acción. Esto no es cierto. Los problemas que debe enfrentar el proletariado son consecuencia de su relación con otras clases, los problemas que debe resolver cuyo origen se constituye más allá de su existencia material como clase, son problemas que se plantean en la sociedad no sólo como consecuencia de la existencia proletaria sino también como consecuencia de la existencia de otras fracciones de la sociedad. El proletaria-

do debe aprender a resolver problemas "ajenos", no creados por su propia existencia, ni por las relaciones directas que establece con otros sectores de la sociedad. Este otro conjunto de problemas -estrechamente ligados y articulados casi inescindiblemente con los problemas que el proletariado constituye por sí mismo y por su relación directa con otras clases- el proletariado comienza a resolverlos al ir imponiendo su propio criterio de resolución. Aquí encontramos el segundo tipo de conocimiento del que habla Lenin, el conocimiento indirecto. El proletariado debe tomar conciencia de cómo estos problemas "ajenos" se constituyen históricamente, de cómo estos problemas intentan ser resueltos de determinadas maneras según otras fracciones de la sociedad.

El proletariado cobra conocimiento de estas cuestiones a través de otros que no son obreros, que no son proletarios y al cobrar conciencia a través de otros, conoce que hay distintas alternativas de plantear estos problemas; no es cierto que reciba una sola alternativa indirecta. Esta cuestión es básica, la existencia del conocimiento indirecto mismo, hace referencia a muchas otras alternativas de conocimiento indirecto. Aquí aparece el porqué de la necesidad de la lucha teórica: porque el conocimiento indirecto -aquel conocimiento que no es consecuencia de la existencia material y de las relaciones directas de los obreros- debe ser puesto a prueba, debe ser criticado, es necesario establecer una distancia con respecto a él. Esta prueba se produce con lucha: Este es el campo de la lucha teórica. En las relaciones que el proletariado va estableciendo con otras fracciones de la sociedad anida el problema del conocimiento indirecto y de la lucha teórica.

CICSO
www.cicso.org

La teoría del encuentro en el análisis de relaciones sociales

¿Quién es el sujeto en el caso de un enunciado de carácter estratégico, y quién en el caso de un enunciado de carácter táctico?

El sujeto es una fuerza social de carácter moral y material. Esta fuerza social sólo es intelegible en tanto se intenta aprehender el conjunto de los enfrentamientos que a lo largo y a lo ancho de una sociedad se producen; proyectando estos enfrentamientos para hacerlos comprensibles en una matriz teórica, en un discurso teórico de la lucha de clases y en el que las formas orgánicas de esta lucha siguen las leyes de la guerra.

Esto exige la superación de una concepción maniquea, reificada del "arma"; logrando un modelo, un discurso teórico de la guerra que no se reduzca al fetichismo de las armas, sino que se vincule a las relaciones que se establecen entre las fuerzas sociales en pugna. Lograr un discurso teórico que unifique la tradición histórica de la teoría de la lucha de clases con la teorización de las leyes de la guerra. Ello nos permitiría leer la lucha de clases asumiendo que ella hace referencia no sólo a la relación de fuerzas sociales en pugna, sino también a la constitución de estas fuerzas y a su desplazamiento histórico espacial y temporal.

Observemos dos situaciones diferentes. En un caso nos encontramos en presencia de una conducción como conciencia histórica, conciencia estratégica de la lucha histórica, no sólo en el campo de la iniciativa burguesa, sino también en el campo de la conducción revolucionaria. En este caso la lectura de la lucha de clases ya ha sido hecha, se está en un nuevo momento histórico. Pero hay situaciones previas en que lo único que existe es una teoría revolucionaria, y se proyecta esta teoría a una realidad con el objeto de cons-

tituir un momento estratégico, una concepción estratégica de la lucha de clases. Esta actividad -articular una teoría con las condiciones reales en que se está ejecutando la lucha de clases- no es el mismo tipo de actividad que partir ya de una concepción estratégica; son dos estadios históricos diferentes.

La noción de estrategia sólo es pertinente cuando hablamos del conjunto total de una fuerza social, la noción de táctica sólo debe ser usada cuando nos referimos a una parcialidad de esa fuerza social.

La existencia de una fuerza social de carácter antagónico, no es un presupuesto, sino que es algo que se constituye históricamente, y uno de los elementos de la definición de estrategia hace precisamente referencia a la constitución de esa fuerza social. Es decir, aquello que se refiere a las leyes de constitución de una fuerza social, al conjunto del proceso constitutivo de esta fuerza, este es el campo de la estrategia.

La estrategia tiene en cuenta tres grandes procesos que no están escindidos, sino permanentemente articulados y yuxtapuestos:

- a) El proceso de constitución, génesis y formación de una fuerza social.
- b) Su desplazamiento espacio-temporal.
- c) Su enfrentamiento, o si se quiere, la referencia a lo que clásicamente se llama la batalla decisiva.

Desde esta perspectiva la noción de estrategia hace referencia al conjunto total de la fuerza social involucrada, cualquiera sea su momento de existencia y/o constitución, o el momento de su desplazamiento espacio-temporal. La palabra estrategia denomina una trayectoria que hace referencia al conjunto total de la fuerza involucrada, en la teoría y en la práctica. Conviene señalar, además, que si bien la noción de estrategia hace referencia a lo que objetivamente es en un momento dado el conjunto de una fuerza social, siempre se la

debe tomar en un proceso de desarrollo, de crecimiento histórico; es decir, al hacer enunciados estratégicos, no debe establecerse una reificación.

En cambio, la noción de táctica se refiere a las parcialidades de una fuerza social. Esta definición parece inicialmente abstracta, porque no se ha explicitado aún el prerrequisito esencial que permite inteligir estrategia y táctica: y éste es el eje de la conceptualización de estrategia y táctica, el enfrentamiento. Sin encuentro no tienen sentido las nociones de estrategia y táctica.

Lo que tenemos como realidad en la sociedad, en forma permanente, a lo largo y lo ancho del cuerpo social, son encuentros. Las leyes históricas nos advierten, además, que estos encuentros tiendan a alinearse inexorablemente determinados por la lucha de clases: se alinean en una forma adversa o favorable según se mantenga la iniciativa burguesa, o se logre construir y desarrollar la iniciativa proletaria. Nuestro punto de partida es que la concepción de estrategia y táctica sólo tienen contenido si están vinculadas a los problemas del encuentro.

La noción de encuentro es muy compleja. Un primer error a despejar es el de interpretar que habría que clasificar los encuentros en dos grupos: encuentros de carácter estratégico y encuentros de carácter táctico. Esto es falso, todo encuentro tiene un valor táctico y un valor estratégico, todo encuentro establece relaciones tácticas y relaciones estratégicas. Mientras no se haga referencia a su carácter, a su sentido, a su contenido estratégico y táctico, ningún encuentro está claramente definido ni se le ha otorgado su sentido total, completo.

Todo encuentro es una relación entre fuerzas, esa relación debe ser evaluada tanto en términos tácticos como estratégicos. No hay ningún encuentro que tenga, en cualquiera de los dos terrenos, un valor cero (uso la noción de valor en su sentido más pleno: por las relaciones de fuerza que se esta-

blecen).

Esta cuestión nos remite a la noción de encuentro, cuyo sentido haría referencia a la objetivación de las relaciones de fuerza. Un encuentro es la forma en que históricamente, objetivamente, se mide la fuerza, no se trata pues de una forma reflexiva, es una forma social y práctica, histórica, real. Una teoría de la lucha de clases hace referencia a que la posibilidad de comprender el dinamismo de la sociedad, reside en entender que todo lo que sucede a lo largo y ancho de la sociedad es una permanente situación de encuentros.

Esta noción de encuentro se articula y cobra sentido al visualizar que toda relación social sólo es inteligible en tanto es leída como un encuentro. Es decir, la noción de encuentro nos permite otorgar un significado a las relaciones sociales. El encuentro sería el operador teórico, metodológico, que nos permitiría entender, dilucidar, las relaciones sociales reales. Es casi un cuerpo teórico de las relaciones sociales; no hay relación social sin encuentro.

El campo de la violencia, en realidad es la referencia a la visualización, al código, de lo que en una sociedad es el proceso de anulación de relaciones sociales. Lo que tenemos en la sociedad en forma permanente es que se establecen y se eliminan relaciones sociales. El encuentro se refiere a esto, al ámbito del enfrentamiento, es la posibilidad de tener un operador teórico en el marco del análisis de las relaciones sociales, de su construcción y de su destrucción.

Al leer el capítulo IV del primer tomo de "El capital",¹ aparece claro que el esfuerzo de Marx está orientado al señalamiento de la necesidad de distinguir dos mercancías esencialmente distintas: una es una mercancía que él llama fuerza de trabajo, y a la que opone el resto de las mercancías. Esta

¹Marx, Carlos; El Capital; Tomo I, Capítulo IV; "Cómo se convierte el dinero en capital"; México; Fondo de Cultura Económica; 1973.

mercancía tiene una peculiaridad de la cual no goza el resto; al ser consumida productivamente es capaz de crear no sólo las condiciones de su producción sino también las condiciones de su reproducción, (si es consumida de forma capitalista). Consumir fuerza de trabajo, nos remite al ámbito del consumo productivo de los cuerpos, que es distinto al consumo productivo de las cosas. En realidad este es el señalamiento que Marx está haciendo, y supone un cuerpo teórico muy distinto a una lectura economicista del capital. El capítulo IV

da la clave para entender las relaciones sociales. Nos indica que en toda relación social hay mediaciones, esas mediaciones son el ámbito de los cuerpos y de las cosas. Esta última distinción es indispensable hacerla, porque cierta relación social que se establece con los cuerpos, va a significar y a tener consecuencias diferentes a las mediaciones y a las relaciones sociales que se establecen con las cosas.

El ámbito de las relaciones sociales que son mediadas por los cuerpos, implica, en el capitalismo, el consumo productivo de los cuerpos que es una forma más general del proceso de expropiación del poder de los cuerpos. En el capitalismo las relaciones sociales están vinculadas al proceso expropiatorio del poder de los cuerpos, el consumo productivo de estos cuerpos es lo que se ha dado en llamar la explotación capitalista.

Habría dos sugerencias teóricas orientadas hacia el análisis de las relaciones sociales. La primera es que estas relaciones deben ser leídas como formas del encuentro, en su carácter táctico estratégico. La segunda es que deben ser leídas como pertenecientes al proceso de formación de fuerzas sociales, pero también ellas deben ser leídas en su carácter de parte del proceso expropiatorio del poder de los cuerpos. Esta última cuestión hace referencia a que el consumo productivo de los cuerpos, de forma capitalista supone el proceso expropiatorio del poder de los cuerpos. Este proceso hace referencia al proceso de formación del poder en la sociedad, que

a su vez nos remite a la lucha de clases. En la sociedad presenciarnos permanentemente el proceso de formación del poder de la burguesía, y el proceso de formación del poder del proletariado.

El proceso de expropiación del poder de los cuerpos es-triba en un proceso mediante el cuál la burguesía va estableciendo ciertas relaciones sociales, mediante la anulación de otras. No hay posibilidad de establecer relaciones burguesas sino es al precio de anular otras relaciones sociales.

En toda relación social hay un encuentro, se puede percibir o no, pero se lo debe buscar. Este carácter de encuentro que tiene una relación social es el que hace percibir los elementos de carácter estratégico-táctico involucrados en ella.

A lo largo y ancho de una sociedad se producen encuentros, pero se los ve sólo cuando se ejecutan entre fuerzas sociales, no estamos preparados, teórica, intelectualmente, para verlos al nivel de las relaciones sociales, y es sólo en forma muy relativa que los alcanzamos a ver a nivel de fuerzas sociales.

Pero la génesis de la formación de las fuerzas sociales remite a otros encuentros que no son perceptibles. Y no son perceptibles porque se carece de un discurso teórico que permita saber qué hay que observar para tomar conciencia de esos enfrentamientos. Para reunir los pequeños avances teóricos en este terreno, se necesitaría una mirada crítica que evaluara los muchos, muy dispersos, heterogéneos y erráticos avances en el campo de las ciencias sociales y de la experiencia teórico-histórica acumulada por el proceso revolucionario. Es en estos terrenos en que se sabe poco donde se está más rodeado de pensamiento mágico y especulativo.

Lo único que puede ser consumido y en su consumo crear condiciones de existencia son los cuerpos humanos. Esta cuestión esta ya reconocida aunque sigue siendo negada por aquellos teóricos que afirman que lo que hace posible este pro-

ceso productivo son las máquinas y el capital. Pero con Marx se comienza a tomar conciencia de que la distancia objetiva que hay entre los cuerpos humanos y el resto de la naturaleza es esa, que la especie humana al transformarse en relación con la naturaleza, recrea en forma ampliada a la misma naturaleza. (Puede ser que descubramos en breve, que no sólo la especie humana, que en n formas de vida pasa lo mismo). A esto lo hemos llamado "poder", a esta posibilidad que tiene la especie humana en principio diferente del resto de la naturaleza. Según la vertiente histórico-intelectual a este fenómeno se le darán distintas nomenclaturas y descripciones.

¿Qué espacio nuevo, original, se constituye en el campo del conocimiento cuando se usa la noción de poder? En la mayoría de las orientaciones teóricas acerca de que es el poder, no se teoriza estrictamente hablando sobre el poder, sino que se formaliza cierta situación de poder. Las definiciones al estido de Trotsky, Mao Tse Tung, incluso Max Weber, indican que el poder es la fuerza. Objetivamente con ello se hace un fetichismo de la fuerza, muchas veces encarnado y personificado en las armas, como en la frase de Mao: "El poder nace de la boca del fusil". Es muy distinto plantearse que sin enfrentamiento no hay poder, a que el territorio del poder es el enfrentamiento. Cuando se usa la noción de enfrentamiento en el sentido de la relación que se establece entre dos fuerzas armadas, como expresión de la pugna en el campo de la lucha de clases, es una noción de enfrentamiento clásica en la teoría de la guerra. Pero si se intenta hacer un uso del operador teórico de la noción de encuentro en un sentido más universal y más pleno, para intentar encontrar otros elementos útiles para el análisis, se utiliza una noción de enfrentamiento más universal, más totalmente desarrollada.

Estableceremos una analogía. Es claro que el proceso de constitución de la plusvalía y el proceso de su realización están diferenciados; y esto nos remite a que en determinado ámbito de las relaciones sociales, se está produciendo la

expropiación de los productos que determinadas relaciones sociales están generando, y que estos productos mientras no sean incorporados a otro ámbito de las relaciones sociales (proceso de cambio) no realizan la plusvalía. De esto se desprende que hay distintos tipos de ámbitos de relaciones sociales que hay que ir cubriendo, para que ciertos procesos sociales se constituyan.

Para que se constituya un proceso que remita al espacio, a la dimensión poder, se deben incorporar diferentes ámbitos de relaciones sociales, en que se produce no sólo el proceso de expropiación del poder de los cuerpos, sino que para realizar este proceso es necesaria la etapa del enfrentamiento "armado". Esta tarea no es muy distinta de observar el proceso de formación de la plusvalía y su realización. En definitiva se trata de construir un modelo que permita comprender qué relaciones existen entre distintos conjuntos y formas diferentes de relaciones sociales en una sociedad.

Si se parte de un presupuesto que reifica una teoría del poder, que afirma que el poder es una cosa o ciertas personas, lo que indica es que todavía no están las condiciones para definir con rigor la teoría del poder. A mediados del siglo XIX se acumula la fuerza teórica histórica suficiente como para definir un nuevo espacio de conocimiento, el espacio del valor. La teoría del valor intentaba ser el operador teórico que hacía comprensible cierto ámbito de las relaciones sociales en la especie humana, y aportar ciertas hipótesis acerca de la génesis de la formación social, de las contradicciones de ésta, su posible desarrollo y superación, etcétera. El ámbito que corresponda a una teoría del valor en la dimensión poder, exige también el mismo esfuerzo. Para construir un espacio en que sea inteligible la dimensión poder, se requiere demostrar objetivamente -como Marx construyó la noción de mercancía para distinguir dos tipos diferentes de mercancía-, que las armas y los cuerpos son las dos instancias en el ámbito del poder.

El modelo de Marx en "El capital" permite entender la distancia que hay entre los cuerpos y las cosas, por primera vez existe un criterio riguroso para distinguir cuerpos y cosas. El consumo productivo de los cuerpos, tiene una virtud que no tiene el consumo productivo de las cosas; además el consumo productivo de las cosas está subordinado al consumo productivo de los cuerpos, de ahí que distinga entre trabajo muerto y trabajo vivo. La ley social determina que el consumo productivo de las cosas no está subordinado a leyes naturales, sino a leyes sociales, al consumo productivo del trabajo vivo. Esta es una teoría no sólo de los cuerpos, sino de la totalidad del existir.

Lo mismo pasa en el ámbito del poder. La posibilidad de distinguir entre las armas materiales y las armas corporales, permite comenzar a poner en crisis el fetichismo de las armas. Se está hoy en condiciones de formular una teoría que permita superar el fetichismo de las armas, entender por qué es importante la noción de que una fuerza armada está armada moral y materialmente. La concepción de lo que es el armamento moral permitiría entender las leyes del armamento material y no el proceso inverso.

CICSO
www.cicso.org

Construcción histórica y crisis de una teoría

Tanto la noción de táctica como la de estrategia están vinculadas con el plan de la guerra. El plan de la guerra se refiere al conjunto total de un proceso histórico social, y es cada vez más abarcador este concepto: elementos que usualmente no se consideraban como parte de él hoy en día entran ya en el análisis.

La teoría de la guerra, hace referencia a un largo proceso histórico de constitución teórica, de los problemas que las clases dominantes enfrentan en sus luchas. La imagen primaria era que la guerra era un atributo de los Estados, eran estos los que hacían la guerra. ¿Cómo es que se llega a la construcción de las aproximaciones a una teorización de la guerra? Por medio de la acumulación de experiencia a lo largo de las luchas de las clases dominantes entre sí.

Al hacer referencia a la larga acumulación histórica de la teorización acerca de los procesos revolucionarios, notamos una diferencia con lo señalado anteriormente: la teoría revolucionaria se constituye, no sólo a partir de aquellos elementos que forman parte de la teoría de la guerra, es decir, de las luchas de las clases dominantes entre sí, sino que incorpora todo lo que han sido las distintas formas de lucha y de enfrentamiento de las clases desposeídas en relación a las clases poseedoras. En el campo de la teoría revolucionaria están incorporadas lo que convencionalmente se han llamado las formas delictuales; no sólo incorporadas tecnológicamente, sino en su génesis social y en las consecuencias sociales que su existencia como actos delictuales tenían. Es como si esta teoría "redimiera" el delito histórico. La teoría revolucionaria trata, no sólo los problemas de la lucha de las clases dominantes en cada período histórico, de su historia y su utilización, sino también las for-

mas que ha asumido la lucha de los desposeídos. En este sentido es indudable que incorpora toda una serie de hechos -su tecnología, sus condiciones y consecuencias sociales- de lo que tradicionalmente se ha llamado el ámbito del delito. Aquí hay que introducir un matiz: esta situación no se ha dado de manera acabada a nivel teórico, pero tiene una realidad práctica.

La teoría revolucionaria intenta pues, la síntesis entre esos dos grandes momentos históricos de la especie humana a que hemos hecho referencia. Es obvio que la teoría de la guerra está muy vinculada a lo que ha sido la lucha de las clases dominantes entre sí, pero en los últimos cuarenta años, casi cincuenta, en la teoría de la guerra se incorpora en forma creciente lo que inicialmente recibió un nombre que intentaba calificarlo como poco honorable: lo que se llama el ámbito de las fuerzas irregulares. Cada vez más la teoría de la guerra incorpora los elementos de la guerra irregular. Podríamos afirmar que hay una crisis total en la teoría de la guerra de la clase dominante que se ha visto trastocada, de teoría de la guerra regular en teoría de la guerra irregular. La teoría de la guerra es hoy día la teoría de la "irregularidad de la guerra": la contrainsurgencia.

Este hecho tuvo dos puertas de entrada: por una parte la existencia de fuerzas irregulares, diferentes de las fuerzas regulares nacional burguesas; por otra parte, entró también a partir de cuestiones psicológicas, que en la última guerra mundial recibieron el nombre de guerra psicológica. Es decir, que la lucha de los desposeídos finalmente se incorporó a la teoría de la guerra de las clases dominantes. De la misma forma en que el campo revolucionario, incorporó inicialmente las experiencias de los desposeídos en las luchas permanentes contra las clases dominantes, para finalmente hoy día incorporar también la teoría de la guerra de las clases dominantes.

Quien ve en la contrainsurgencia sólo la resolución de problemas prácticos inmediatos por parte de la clase dominante comete un error. Hace una lectura parcial; menoscaba el hecho de que esta teoría no es sólo un empiricismo sino que además tiene raíces teórico conceptuales que hay que saber rastrear.

La teoría de la guerra, entre el siglo XIX y XX, es la teoría de los enfrentamientos armados entre Estados, a partir del presupuesto de la existencia de fuerzas armadas profesionales, nacionales, burguesas. Esta teoría comienza a hacer crisis, entre las dos últimas guerras llamadas mundiales -14/18; 39/45-. La forma en que hace crisis si bien encubierta, es ésta: la teoría de la guerra siempre avanza tratando de cubrir un campo de gran ilegitimidad, ilegitimidad dada en la práctica real de la guerra entre Estados. La guerra entre Estados se atiene a normas, hay un desarrollo creciente del llamado derecho internacional que se constituye al ritmo en que se desarrolla la guerra. La práctica de la guerra implica un campo de tremenda ilegitimidad, el uso de ciertos instrumentos y tecnologías (gases, etcétera), violenta el ámbito de la teoría misma de la guerra.

Este violentamiento no es inmediatamente perceptible, sobretodo porque el campo teórico de la guerra, del Estado, de la ley, del derecho internacional y nacional, es un campo muy entremezclado, cuya departamentalización y divisiones obedecen a tradiciones teóricas irreales, y a formas políticas que están entrando en crisis de una forma acelerada y violenta, sobretodo en los últimos 40 o 50 años.

Por ello se debe ser prudente al referirse en general a una teoría de la guerra. Porque se tiene por una parte la teoría de la guerra como se la encuentra en Clausewitz, que es el punto de llegada de todo un proceso histórico, y a su vez es el punto de partida teórico de todo un proceso teórico. Es punto de llegada porque es la formalización del poder militar de la burguesía y la formalización del Estado nación. En 1871 se puede decir que ya están constituidos todos los Estados nación en Europa, culminando un proceso que se ha iniciado en el siglo XVIII. La teoría de la guerra de Clausewitz, es en realidad expresión de la teoría del poder de la burguesía en el siglo XIX. En este sentido es punto de llegada, porque parte del momento en que la burguesía ha fundado realmente el Estado nación en el mundo capitalista. A su vez, es punto de partida teórico, porque va a inundar la teorización del poder y de la guerra, durante todo el siglo XX.

Por otra parte, el siglo XX presencia la crisis, no tanto de la teoría de la guerra de Clausewitz, sino del sustento histórico real de esa teoría de la guerra. Es el siglo XX el que va a presenciar el desmoronamiento de los Estados nación que dieron lugar a la teoría de la guerra de Clausewitz. Esta yuxtaposición entre el siglo XIX y XX, entre el origen de una teoría y la crisis de aquello que originó la teoría, es lo que dificulta y entorpece la reflexión tanto

sobre la teoría de la guerra y la teoría del poder, como sobre las formas que asume la lucha de clases en los países capitalistas. Es decir, es esta yuxtaposición, esta simultaneidad, la causa de estas dificultades al referirnos a la teoría de la guerra.

Al leer un libro como el de Engels sobre "Las guerras campesinas en Alemania", lo más sorprendente es observar que la sociedad a la que se refiere Engels, en que se producen estas rebeliones, esta situación revolucionaria de los campesinos, es una sociedad en la que el feudalismo está en una crisis abierta, en la que el capitalismo no está aún plenamente constituido, pero en la que es posible ver todos los embriones de la moderna sociedad capitalista. Esta guerra de los campesinos, debe ser analizada a partir de esa yuxtaposición de elementos.

Estamos en un período en que las grandes construcciones teóricas perduran, en un momento en que las condiciones histórico sociales que les dieron origen, las luchas de clases reales que las constituyeron, han sido redefinidas en una forma cualitativamente diferente, no sólo por un problema de intensidad de la lucha de clases, sino porque se está viviendo el parto de las nuevas sociedades, la crisis del capitalismo y la prefiguración de una sociedad de la que no se tiene idea. No es un problema de desarrollo desigual y combinado. En esta crisis la forma en que hacen crisis los cuerpos teóricos, no obedecen a las leyes de constitución de una teoría rigurosa, obedecen, a las formas en que se expresa la lucha de clases en este período: hay un irracionalismo de la construcción teórica.

Veamos la teoría de la guerra de Clausewitz. Todos los elementos allí presentes ocupan un tipo de lugar y jerarquía, que va a ser radicalmente alterado durante el siglo XX. Por ejemplo, la importancia que ocupa lo que se conoce posteriormente como fuerzas irregulares, es un lugar que va a ser actualmente alterado. Sin embargo, cabría preguntarse en que

medida esta situación altera o invalida la teoría de la guerra de Clausewitz. La respuesta a esta pregunta ha conllevado a errores. Un ejemplo es el de Stalin, que en su momento fué conciente de que se estaba produciendo un cambio cualitativo en los procesos sociales y políticos, a los que hace referencia toda teoría de la guerra. Para él, Clausewitz pertenece como teórico al período manufacturero del capitalismo, con lo cuál lo define como anacrónico e innecesario.

Si por el contrario, observamos el hecho de que Clausewitz haya sido el producto de la emergencia o constitución del Estado nación, y simultáneamente, del poder militar de la burguesía, no quiere decir que las leyes histórico sociales que tuvieron la fuerza para constituir ese hecho ya no existen más. Estas leyes permanecen, pero hoy están subordinadas a la emergencia del capital financiero -este es un planteamiento relativamente original, que parte de los presupuestos de Lenin-, y esta situación implica que la teoría de la guerra de Clausewitz debe ser redefinida en función de las leyes y las consecuencias de las leyes del capital financiero. Por ello es necesario redefinir al modelo de Clausewitz a la luz de la existencia del sistema mundial capitalista en el período del dominio del capital financiero.

¿Por qué se habla de dominio y no de hegemonía del capital financiero? Porque lo que se está viviendo justamente es el intento de este dominio del capital financiero, por crear las condiciones de su hegemonía.

El intento de convertir el dominio del capital financiero en hegemonía del mismo, ha provocado un tremendo impacto en la teoría de la guerra. Porque la hegemonía del capital financiero es hoy en el seno de la burguesía en su totalidad, ilegítima. Es ilegítimo el capital financiero para los Estados nación, es decir, para la forma política que históricamente constituyó el dominio de la burguesía industrial. Todo lo que expresa las formas del poder que constituye el capital financiero es ilegítimo. Es ilegítima la corrupción, pero

todas las inversiones del capital financiero implican corrupción, violación de leyes, etcétera. Son atributos del capital financiero el secuestro, los genocidios, etcétera. Este es el capital financiero, y el problema en el campo de la teoría de la guerra, de la teoría del poder, es lograr entender porqué necesariamente el capital financiero se expresa como poder, no sólo en forma ilegítima, sino por el uso inmediato y directo de la fuerza material; este es el problema principal.

Sin embargo, históricamente toda forma de capital se expresó como poder armado. Quien constituyó históricamente a la policía fue el capital industrial; en el terreno del mercantilismo, por otra parte, se constituyen las fuerzas armadas de la burguesía, que posteriormente al articularse con el capital industrial, tomaran el carácter profesional burgués. El capital financiero redefine a las fuerzas armadas y redefine a la policía, pero ¿cuál es el atributo específico del capital financiero? la inteligencia, esta sería la aportación original del capital financiero.

No se hace referencia solamente a la central de inteligencia de las fuerzas armadas o de la policía, sino aquella que está por encima de ellas y las articula a todas. El arma esencial, armada moral y materialmente, del capital financiero. Esto supone una redefinición histórica no sólo de la teoría del Estado nación, no sólo de las fuerzas armadas, o del carácter de lo policiaco como cuerpo profesional. Supone una redefinición global, porque por primera vez en el capitalismo aparece en forma totalmente desarrollada el poder, y por primera vez también todos los operadores posibles de su desarrollo material están sobre la mesa. No quiere decir que el capitalismo agotó todas las instancias de su desarrollo, pero sí que agotó todas las posibilidades de desarrollo de su operador que es el capital financiero. El nivel de desarrollo del capital financiero era tan competitivo en 1914 que empujaba a la guerra, y hoy día si bien sigue siendo competitivo, sus niveles de concentración y centralización son cualitativamente

distintos.

Hoy día, se ve con mayor claridad como el Estado nación ha dejado de ser la forma política del capitalismo; estamos presenciando su crisis. Por supuesto, crisis que no se resolverá en 10 o 20 años, porque es una crisis simultánea con el último período del capitalismo. Actualmente muchas de las políticas de la burguesía son intentos desenfrenados por defender el Estado nación, estos intentos son sostenidos por fracciones de burguesía financiera que aliadas a burguesías industriales, mediante la defensa del Estado nación, libran su combate contra otros capitales financieros. Pero, por primera vez, hay un tipo de capital financiero cuya territorialidad no depende de la defensa de un determinado Estado-nación.¹

Se debe reflexionar sobre cada una de las categorías que se refieren a ese enorme reticulado en que se expresa este orden capitalista.

El secuestro es un atributo del capital financiero. Es la aparición de un sistema categorial, clasificatorio del "enemigo popular".

Una de las armas que usa el capitalismo financiero es la de quitar la nacionalidad. Si se preguntara a cuantas personas le ha quitado la nacionalidad el capital financiero simplemente no se comprendería de que se está hablando. El refugiado hace referencia a un proceso de crisis de la nacionalidad. La nacionalidad hacer referencia al proceso de formación de poder de la burguesía, este proceso construye ciudadanos; y como instrumento del capital financiero vemos aparecer, por el contrario, un proceso de desnacionalización.

Secuestro, refugiados, están ligados entre sí como políticas y formas de acción del capital financiero, y tienen tam-

¹Esta crisis es importante porque por primera vez se ha constituido un capital financiero cuyo interés objetivo no se identifica, ni siquiera en el campo de la alianza táctica o estratégica, con los intereses del Estado nación Estados Unidos de Norteamérica.

bién que ver con el hecho de que el capitalismo hoy lucha porque el comportamiento político de enormes masas, sea categorizado como un delito común y no como un delito político, y si llega a aceptar que es un delito político, los categoriza como detenidos políticos pero no como prisioneros políticos.

Esta noción del prisionero, está estrictamente vinculada, con la teoría y la experiencia histórica de acumulación, de la guerra.

CICSO
www.cicso.org

CICSO
www.cicso.org

La noción de tiempo y espacio: las mediciones como reflejo de cierto estadio de la sociedad

Partiendo de una postura "clásica", afirmaremos que estrategia hace referencia a la distribución espacial y temporal de los encuentros. Al hacer juicios de carácter estratégico, nos remitiremos a los problemas que se derivan de la distribución de los encuentros a través del tiempo y del espacio. Este es el ámbito de la estrategia, es el origen clásico del término; este origen nunca lo ha perdido, lo que sí es cierto es que se ha ido enriqueciendo.

El ámbito de la táctica se refiere al arte de los encuentros; ya no al problema de la distribución del conjunto total de los encuentros a través del tiempo y del espacio, sino a todo lo que está vinculado al encuentro; no al conjunto de los encuentros, sino a los encuentros específicos. En ese sentido, el sujeto en términos de acción de la estrategia, es el conjunto total de las fuerzas; y el sujeto de la táctica son las fuerzas parciales, específicas en ese encuentro.

Hay encuentros que podrían ser asumidos casi como una multiplicidad de encuentros. Hay encuentros que en su desarrollo rompen la puntualidad aparente de confrontación de un encuentro. Pero este tema tiene que ver, en el fondo, con cómo manipulamos o concebimos la noción de tiempo y espacio.

Desde cierta perspectiva estaríamos ante una cebolla con innumerables cáscaras: según donde estemos nos parecerá encontrarnos en un determinado momento estratégico, en un determinado momento táctico, etc. En realidad el problema básico es otro, es qué se entiende por dimensión tiempo-espacio. Se tiene una noción del tiempo y del espacio que es una larga construcción histórica, y que ha estado dominada por el elemento central, hegemónico, de la concepción del mundo de la clase dominante. Se tiene una imagen burguesa del tiempo y del espa-

cio: una dimensión del tiempo de carácter cronológico y una dimensión del espacio de carácter geográfico que remiten a una determinada teoría geográfica y temporal; pero estas teorías están subordinadas y son consecuencia de estrategias históricas del poder de las clases dominantes.

Una nueva corriente de geógrafos franceses ha planteado una visión estratégica en el campo de su disciplina¹. Han meditado acerca de a que concepción ideológica obedece la geografía como disciplina, como ámbito del conocimiento. Saben, con bastante certeza, que no solo la nomenclatura, sino las estructuras conceptuales de la geografía, fueron constituidas como expresión del proceso del poder de las clases dominantes.

Valga como ejemplo el término "región", que en definitiva es una nomenclatura de lo feudal en el ámbito espacial, es una palabra que en última instancia hace referencia a un dominio; "región", "regir", es el ámbito de un dominio. Históricamente llega un momento en que la gente en sus análisis usa la imagen de región, sin darse cuenta de que es una manera de ver el poder, que no toma en cuenta que lo que hay que conocer son las leyes que constituyen ese poder.

Estas distorsiones son la forma en que practica y teóricamente se ejecuta una estrategia de poder de las clases dominantes. Hemos sido construidos para ver lo "temporal" de una forma distorsionada, y para ver lo espacial de la misma manera. En definitiva hemos sido programados para ver el poder de una forma distorsionada.

La imagen de que el arte de distribuir los encuentros espacial y temporalmente es el ámbito de la estrategia, sugiere enseguida un mapa. Pero hay muchos mapas, mapas de ríos,

¹Sus trabajos son publicados en la revista Herodote. Ver también: Lacoste, Y., La geografía un arma para la guerra, Barcelona, Anagrama, 1976 y "Preguntas a Michel Foucault sobre la geografía" en Foucault, M., Microfísica del Poder, Madrid, La Piqueta, 1978.

mapa de cotas, de minerales, hay miles de mapas. Cuando se hace referencia a un mapa, a una carta, se sabe que ésta puede ser construída en principio en función de dos grandes vectores, uno es un vector espacial, pero el otro ¿cuál es?. Pueden ser los ríos, las montañas, los minerales. Y allí está la clave, según cual sea ese segundo vector está señalando la concepción político estratégica del período.

En realidad el problema no es el espacio, sino cómo se nutre ese espacio, o qué es lo que se va a mirar en ese espacio para, además de observar los resultados del poder, las consecuencias del poder y de la estrategia en acción, descubrir la fuente y la estrategia del poder; el proceso mismo y las condiciones que hacen posible dicho poder.

Para ello es importante retornar con otra perspectiva sobre la noción de espacio y de tiempo. Se debe resolver desde el inicio qué es lo que determina al espacio y al tiempo, o sea, cuál es la dimensión que va a hacer uso del espacio y del tiempo. Hipótesis central: esta permitirá articular la teoría de la lucha de clases y la teoría de la guerra. ¿Por qué? porque el espacio y el tiempo son sociales. No es ya la imagen de que el espacio es lo geográfico, y que el tiempo es la cronología. Sino que tanto el espacio como el tiempo, deben ser constituídos, a partir de las leyes propias de la duración y el espacio de los procesos sociales objetivos. Aquí anida el anclaje real de una teoría de la lucha de clases, saber acerca de los tiempos y espacios de los procesos sociales. Se trata justamente de incorporar la teoría de la lucha de clases a través de sus dos grandes dimensiones históricas en la noción espacial y temporal y esto es posible ahora porque apareció el capitalismo.

La posibilidad de que históricamente la organización de la sociedad, o sea el modo de producción de una sociedad, pudiera objetivamente organizarse en función de una medición de carácter temporal -o sea el tiempo-, de carácter cronológico, cíclico, sistemático, predecible, sólo fue posible por-

que existían las cinco formas históricas desarrolladas del trabajo. La posibilidad de que emergiera el trabajo asalariado estaba dada por el desarrollo histórico: el trabajo social media una cosa, su relación con el trabajo abstracto era otra, y así su relación con el trabajo simple y con el trabajo complejo. En tanto se produce objetivamente este proceso de articulación, es que se han creado las condiciones reales en que el tiempo de trabajo socialmente necesario puede aparecer como una magnitud objetiva; las condiciones sociales pueden ser expresadas en esos términos; la "duración", los tiempos, instrumentos de medición que configuran una cierta cronología, pueden ser expresados. La aparición del primer reloj, marca de forma inequívoca que ya están dadas las condiciones de ese proceso. Cuando aparece el reloj de cuerda; cuando las iglesias, si bien no ignoran las campanas, les yuxtaponen un reloj; cuando los castillos, en su fachada, no sólo tienen un reloj de sol, sino que aparece el reloj tal cuál lo conocemos hoy; todo ello nos está indicando que las condiciones del capitalismo ya están materialmente dadas, se trata ahora de completar su existencia social.

Los avances en la construcción de los instrumentos de medición son la expresión de un cambio cualitativo en la sociedad. Cambio que está centrado en la viabilidad, no sólo de la existencia social del trabajo asalariado, sino en la posibilidad objetiva de comenzar a procesar, a organizar todo ese andamiaje, a partir de una cuantificación objetiva de los tiempos de trabajo necesarios. Todo esto supone un andamiaje de relaciones sociales muy peculiar y específico.

Esta digresión pretende señalar el hecho de que los instrumentos son el reflejo de cierta construcción social. No hay medición al margen de eso, las mediciones son el reflejo de cierto estadio. En última instancia son éstas las bases de la antropología y la arqueología: el carbono nos da una información cronológica abstracta; lo que nos da la información tem-

poral histórica objetiva es el campo de las relaciones sociales.

La imagen de la que partimos es que hay una sabiduría de distribución de las fuerzas en el espacio y el tiempo; y hay una capacidad, la de saber construir fuerzas. Estas son las dos grandes tareas históricas: la política y la militar.

Una estrategia político-militar es precisamente la capacidad de construir fuerzas que pueden expresarse militarmente en forma objetiva. Una estrategia hace referencia a la capacidad de distribuir y de construir fuerza, por eso es político-militar.

Esta conjunción conceptual a la que se refiere una estrategia político-militar, es en más de una oportunidad mal entendida, al otorgarle una interpretación militarista.

Lo mismo pasa con la noción de guerra. Se le otorga una imagen militarista, con lo que se comete un profundo error. La guerra reducida al militarismo, no es guerra. La guerra no es un hecho; estrictamente hablando, solo militar. En la medida que la guerra depende de la estrategia, depende del arte de distribuir la fuerza espacial y temporalmente. La guerra sólo puede hacer esta distribución porque resuelve el proceso de construcción, de existencia de esa fuerza.

CICSO
www.cicso.org

Distribución espacio-temporal de una fuerza

La imagen que nos transmite Clausewitz no es la enunciada arriba. Clausewitz parte de una dicotomía atroz: guerra-política.

Al comienzo enfatizamos que, el proceso de constitución de las clases sólo era perceptible si lo concebíamos como resultado del proceso de la lucha de clases.

Ahora, nos referiremos a una cuestión distinta: la construcción de fuerza sólo es posible a través de una estrategia que remita a ciertos particulares enfrentamientos que tienen que producirse, sin los cuáles no se constituye esta fuerza.

Una estrategia sólo puede existir y ser tal, en tanto es político-militar, y no puede ser de otra manera. Si no, cae en algún campo de error, siendo sólo política o sólo militar deja de ser estrategia.

El sistema proposicional de Clausewitz sería: 1) la guerra, continuidad de la política con otras armas; 2) la guerra se subordina a la política. Esto nos presenta un dilema: si la guerra es continuidad de la política, cómo es que se produce la subordinación entre guerra y política. ¿Resuelve Clausewitz este dilema? No se trata de un error, Clausewitz lo resuelve. Lo soluciona al plantear que quién otorga los medios de la guerra es la política: la guerra no tiene, por tanto, capacidad de construir sus medios. Es la política la que constituye los medios de la guerra en Clausewitz. La guerra no tiene la capacidad de construir sus instrumentos.

Lo primero que se le ocurre a alguien que no acepta la sugerencia de Clausewitz es: la creación de los medios de la guerra remite al ámbito de la producción. Si se reducen los medios de la guerra al ámbito de la producción, se tiene la tendencia a adoptar una imagen muy economicista del proceso, soslayando las leyes objetivas del proceso productivo, que no

están desarticuladas en ningún momento de las leyes de la lucha de clases. No se trata de reivindicar la imagen ingenua del ámbito de "lo político" de la concepción burguesa del poder y de la política; pero lo que sí cabe es que si se remite al ámbito de la producción, se refiera a un ámbito de la lucha de clases, producción y proceso general de la lucha de clases que no están dissociados.

¿Cómo resuelve Clausewitz el dilema de que la relación entre guerra y política sea una relación singular, necesaria y específica? Planteando que quién otorga los medios a la guerra es la política, no la guerra misma.

Al reducir a Clausewitz a un teórico del período manufacturero se comete un error que consiste en despreciar el avance que en la teoría del poder dentro de la concepción burguesa realiza en "De la guerra".

Error que consiste en no tomar como punto de partida, aquello que expresa el más alto nivel de desarrollo teórico en este campo.

Analógicamente Marx hubiera cometido el mismo error en los análisis de economía política si no hubiera tomado como punto de partida a Adam Smith y David Ricardo.

Volviendo a la noción de estrategia y táctica, como algo que está puntualmente concentrado en el encuentro, ya sea en el conjunto total de los encuentros, como en la particularidad, en el contenido, de los encuentros. En la concepción de que una estrategia es la distribución espacio-temporal de una fuerza, hay implicados ciertos problemas. Por una parte la jerarquización de los encuentros, cuál es su criterio objetivo, por qué un encuentro es más o menos importante, cuál es la "envergadura" de los encuentros. Para construir una estructura conceptual que permita expresar este problema, hay que remitirse a la noción de ataque y defensa.

Un problema bastante sustantivo en Clausewitz, en general soslayado, y que se yuxtapone e intercala a la digresión desarrollada más arriba sobre la relación entre guerra y política

-guerra como continuidad de la política y subordinación de la guerra a la política- es aquel referido a que el encuentro, analizado y medido en función de las metas políticas, reducido a las metas políticas, nos daría como resultado una situación de carácter polar: el avance de un elemento supondrá el retroceso del otro, aumento en un polo implica disminución en el otro, etcétera. Pero, esta situación polar que asume la guerra analizada en función de sus objetivos políticos, no es sostenible cuando pensamos en términos de ataque y defensa. El ataque y la defensa no son magnitudes polares.

¿Por qué esta preocupación de Clausewitz? ¿Deviene sólo de su interés por caracterizar ataque y defensa; o es más honda, más compleja? Retomemos el conjunto de Clausewitz. El tiene una cuestión clave, quizás el elemento heurístico más sustantivo: su noción de ataque y defensa. Clausewitz establece que el inicio de la guerra está asentado en la defensa.

Ataque para Clausewitz siempre tiene la connotación de quitar algo a alguien. El ataque tiene que ver con la noción más ingenua, y quizás, la más sofisticada, de apropiación real. Apropiarse, quitar, he ahí el comienzo del ataque, ese es un ataque. Quién hace esto ¿está haciendo la guerra? La respuesta de Clausewitz es axiomática: No, eso no es hacer la guerra. Esta cuestión tiene una riqueza enorme.

Esta cuestión tiene que ver con la noción de ofensiva, con el carácter táctico o estratégico de la misma. Quien quita algo a alguien está destruyendo una relación social. Esta noción de que el ataque está centrado en ese elemento pasará a ser muy heurística, muy rica; sin olvidar la advertencia anterior, de que la guerra no comienza allí, sino que la guerra siempre tiene su comienzo en la recuperación de una relación preexistente que ha sido rota o que se ha perdido. La guerra comienza con la defensa, y el carácter que esa defensa debe tomar en términos estratégicos.

He ahí la matriz de la guerra. La guerra comienza realmente en la defensa, pero en el carácter estratégico de ésta,

no en su carácter meramente táctico de estímulo y respuesta.

Retomemos la noción de estrategia y táctica, en que la estrategia es la distribución temporal-espacial del conjunto de los encuentros, y la táctica remite al carácter del encuentro.

Se puede usar esta noción de estrategia, para comprender, en un proceso de lucha de clases, cuál es la estrategia que se está constituyendo; al margen del grado de conciencia, conocimiento e intención de aquellos que la ejecutan. A partir del registro de una enorme cantidad de encuentros, como expresión de la lucha de clases, para otorgarles sentido es necesario saber qué carácter tienen esos encuentros, porque a partir de ello es posible establecer en la trayectoria, qué constituyen esos encuentros, cuál es la estrategia que se está expresando.

Por ello es preciso analizar la lucha de clases en la perspectiva de que es el cumplimiento de dos grandes estrategias históricas: la de la burguesía y la del proletariado. Lenin trata de establecer: 1) cuál es la estrategia objetiva burguesa en el proceso de lucha de clases; y 2) cuál es la estrategia objetiva del proletariado ruso en la lucha de clases. Ante una, su investigación lo lleva al "Desarrollo del capitalismo en Rusia"; ante la otra desarrolla el "¿Qué hacer?", planteando en este último texto, que la estrategia objetiva del proletariado ruso no era necesariamente una estrategia revolucionaria. Por ello, la conclusión que se obtiene es que Lenin conocía a Clausewitz, conocía los principios esenciales de una teoría de la lucha de clases, es decir, conocía la estrategia en juego; no la que él deseaba, sino la existente en un determinado momento. Su planteamiento era: 1) Delimitar cuál es la estrategia de la burguesía; 2) Cuál es la del proletariado; 3) Cuáles son las posibilidades de constituir una estrategia revolucionaria. Aquí aparece el momento esencial: quitarle la iniciativa a la burguesía, pero esto parte del presupuesto de que se conoce cuál es su acumu-

lación estratégica, se conoce su desarrollo e iniciativa estratégica.

¿Cómo analizar los encuentros que expresan el desarrollo de la lucha de clases? La noción de encuentro, de enfrentamiento, de lucha, no se reduce a los instrumentos de la lucha. No son los instrumentos de la lucha los que describen el carácter que asumen los encuentros, su significado, su sentido táctico o estratégico.

La caracterización que Clausewitz hace de qué es un encuentro, de qué relación guarda con la estrategia y la táctica, debiera ser algo que pase a tener un alto nivel de objetivación, porque se pueden ir sacando una a una las herramientas que nos permitan empezar a constituir un cuerpo teórico, es decir un cuerpo de observación, para leer el desarrollo de la lucha de clases. Concibiéndolo siempre como el cumplimiento de estrategias objetivas, que no se reducen a la subjetividad de las clases en juego, ni es lo que el proletariado piensa, ni lo que la burguesía piensa.

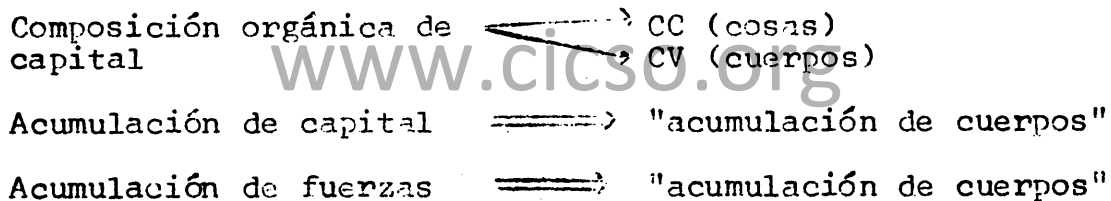
CICSO
www.cicso.org

Las nociones de "fuerza de trabajo" y "fuerza social": ámbitos de las relaciones sociales

Al referirnos a acumulación de fuerza, es muy probable que no se perciba que hablamos de acumulación de cuerpos. Foucault¹ al referirse a la acumulación de capital, habla de acumulación de cuerpos; con una imagen muy simple aclara problemas que son sustantivos, tanto teórica como prácticamente.

Este tema se manifiesta cuando se intenta delimitar y otorgar sentido y contenido a ese espacio que es "lo político" para evitar un reduccionismo que soslaye lo político apareciendo la producción, etcétera.

ESQUEMA



Este ejercicio tan simple supone la lectura rigurosa de "El Capital". La acumulación de capital presupone la acumulación de cuerpos, cuerpos que deben ser consumidos, consumo de esos cuerpos que deben ser reproducidos. El centro está en el análisis de los cuerpos y de las cosas y de la relación de unos con otras. La acumulación de fuerzas si con algo tiene que ver es con la acumulación de cuerpos. Lenin, en el "Que hacer" hace referencia a una política de masas, y señala que una política de masas se construye para situaciones de masas. Estas son dos cosas relacionadas, donde lo central es la cons-

¹Foucault, Michel; Vigilar y castigar; México, Siglo XXI, 1976.

trucción de situaciones de masas. Construir una política de masas quiere decir: 1) Construir situaciones de masas; 2) Construir un quehacer para esa situación de masas. Son dos momentos distintos, que deben estar articulados y la articulación de estos dos momentos es lo que debería llamarse política de masas. O sea que política de masas sería aquella capacidad de crear una situación de masas y de utilizarla. Si se analiza en términos de situación de masas, no puede ser en términos ajenos a la imagen de acumulación de cuerpos en un lugar y en un momento dado. Sin embargo, usualmente al utilizarse el concepto de política de masas se hace referencia a una "política para los oídos de las masas", más que a la creación de situaciones que concentran, en un momento y un punto dados, una x cantidad de cuerpos, cuerpos en condiciones y disposición de ser conducidos, de ser llevados a otras situaciones. Esta cuestión usualmente se soslaya, porque en general, el sistema categorial y conceptual que se utiliza se ha convertido en algo tan abstracto que ha olvidado sus correlatos empíricos, reales.

La noción de fuerza social -aunque usualmente no se asocia con ello- es una referencia a una relación de fuerza material. Es decir, esa fuerza material se constituye a partir de un proceso social; en definitiva, hablar de fuerza social es referirse a que relaciones sociales tienen como consecuencia la existencia de una fuerza material.

Marx hace referencia a que la crítica teórica no puede reemplazar a la crítica de las armas¹, pero después afirma

¹"De todos modos, el arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas; la fuerza material debe ser abatida por la fuerza material; pero también la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas. La teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando demuestra ad hominem y demuestra ad hominem en cuanto se hace radical. Ser radical es atacar las cosas en la raíz; pero para el hombre la raíz es el hombre mismo." Marx, Carlos, La cuestión judía, Introducción.

que esa crítica teórica, si se incorpora a la conciencia de los hombres se transforma en una fuerza material. Esta segunda parte de la cita de Marx, pieza clave siempre se olvidada, tomando en cuenta sólo la primera frase.

Esa segunda parte es medular, Marx se refiere a que la crítica teórica es correcta en tanto tenga la capacidad de transformarse en una crítica material, es decir, en una fuerza material. Y sólo puede transformarse en fuerza material en tanto aquellos a quiénes va dirigida, asumen como propia esa crítica teórica, y en ese momento mismo, se transforma en una fuerza material.

Para que se asuma que al hablar de fuerzas sociales nos referimos a una fuerza material, es necesario que se haga perceptible el problema de los cuerpos, en ellos anida esta fuerza material y no en ningún otro lugar abstracto. Marx tenía que desmitificar la noción de la riqueza, desmitificar la noción de la mercancía. La mercancía reducida a la imagen de la riqueza, encubría el elemento más sustantivo de la mercancía: su materialidad. Pero si se reducía a la materialidad, al campo de las leyes naturales, se soslayaba el hecho social. Si la noción de mercancía se reducía a la de su valor de uso, el problema era que se producía un largo y complejo mecanismo, mediante el cuál la noción de mercancía terminaba, pudiendo ser comprendida, explicada y descrita en términos de las leyes naturales.

El problema era entonces, que la única posibilidad de no caer en el campo de las leyes naturales al hacer referencia al carácter material de la mercancía, y no soslayar tampoco que no es solamente lo social abstracto, sino que es un social concreto distintivo, era justamente tratar de explicar con claridad la existencia del cuerpo humano. ¿Por qué Marx durante cerca de quince años trabaja solamente con la noción de trabajo? porque no había podido resolver este problema, lo presentía, pero no lo tenía resuelto teóricamente. Es sólo en un momento determinado que él puede constituir una no-

ción de fuerza de trabajo; cuando: 1) por primera vez objetiva con claridad el cuerpo humano, 2) descubre la distancia que hay entre el consumo de ese cuerpo humano y la capacidad, durante ese proceso de consumo del cuerpo, de crear más de lo que consume.

Marx resolvió el problema del valor al otorgarle un status teórico al cuerpo humano, y esta fue una revolución teórica. El camino para producir una revolución teórica en la teoría del poder es probablemente el mismo: tratando de resolver cuál es el status teórico del cuerpo en una teoría del poder. Constituir una teoría del poder a partir de que se le otorga al cuerpo el status teórico que define el ámbito del poder.

En la fundamentación teórica del capitalismo, al referirnos a otorgarle un status teórico al cuerpo, estamos diciendo que el proceso de expropiación del poder material del cuerpo, es el ámbito no de la economía, sino de la política. Expropiar el poder material del cuerpo es el ámbito de la política. El proceso de consumo del poder material del cuerpo, es el ámbito de la economía.

La lectura de los distintos ámbitos del proceso productivo cambia desde esta óptica, y deja de ser una lectura economicista, para emerger poco a poco una lectura que constituye el ámbito del poder.

Tomemos un ejemplo. Es obvio que cuando el obrero llega al proceso productivo, ha sido previamente expropiado de su fuerza de trabajo. No es en ese lugar en el que se produce la expropiación, el obrero es ya un cuerpo al que no le pertenece su fuerza de trabajo. ¿Dónde se produce esa expropiación? en el ámbito de las relaciones de cambio. El proceso de compra-venta altera las relaciones de propiedad. Las relaciones de cambio tienen la capacidad de alterar relaciones de propiedad, sin que se use una fuerza material.

Aquí hay un dilema que nos remite a las condiciones que deben darse para que en el ámbito del cambio pueda producir-

se este proceso de expropiación de la fuerza de trabajo, es decir, de alteración de las relaciones de propiedad.

Lo que en realidad sucede es que el proceso expropiatorio de la fuerza de trabajo es uno de los campos de expropiación. Justamente lo que no se percibe son los otros campos de expropiación permanente.

¿De que manera se produce el proceso de expropiación de las condiciones de existencia material de los individuos? En este ámbito el poder se explicita como el uso de fuerzas materiales. En el cambio estamos ante el punto de llegada de un proceso, en que el proceso expropiatorio puede hacerse, sin el uso directo de la fuerza, porque ésta ya se usó antes. El obrero que llega al proceso de trabajo ya ha sido expropiado "pacíficamente" de su fuerza de trabajo en el cambio. El cambio ha alterado una relación de propiedad que tenía ese hombre con su fuerza de trabajo. Pero la sociedad ha constituido previamente un proceso de expropiación, no de lo corporal, sino de las condiciones de existencia de lo corporal. Por eso no se visualiza el uso de la fuerza.

La imagen histórica más usual es la no capitalista o precapitalista: que el proceso expropiatorio usaba directamente la fuerza para expropiar el producto del trabajo de la gente, para expropiar cantidades de horas, o cantidades de dinero, etcétera. Las imágenes precapitalistas siempre reiteran que el producto es arrebatado mediante el uso directo de la fuerza, no por medio de transacciones. El capitalismo se caracteriza precisamente porque en el proceso de trabajo, no se produce el uso directo de la fuerza, como tampoco en el cambio.

Entonces ¿cuándo se produce el uso directo de la fuerza?, estrictamente en el ámbito del poder.

Generalmente no se produce la visualización de cuál es el ámbito del poder, del ámbito en el que se produce el proceso de expropiación del poder de los cuerpos. Incluso el punto último de la cadena, las relaciones de cambio, son vis-

tas sin entender que si el cambio es una lucha "pacífica", es porque a esta lucha "pacífica" los obreros llegaron ya desarmados, derrotados, cercados. Pero ese proceso de derrota y desarme se ha producido en otro ámbito (o tipo) de relaciones sociales.

Esto remite a leer todo el proceso de relaciones sociales con otra óptica. Distinguir el proceso que produce las condiciones de existencia, y el proceso que destruye las condiciones de existencia. No se sabe leer como se produce este proceso de destrucción de las condiciones de existencia corporales, individuales, de cierta fracción de la sociedad; esta separación -como diría Marx- de las condiciones de existencia del productor y el productor mismo. No sólo no se tiene el hábito de hacer este tipo de lectura, sino que se carece de un ordenamiento preciso que permita medir una a una cada una de esas relaciones sociales.

Simultáneamente uno se encuentra con que hay una lectura del ámbito del poder sólo de carácter burgués. La lectura que hay de todo el sistema de relaciones sociales "no productivas" es una lectura burguesa. Hay una teoría del Estado, de la familia, de la educación, de todos los ámbitos de relaciones sociales que no son, estrictamente hablando, relaciones de producción, hay n cantidad de lecturas. Todo eso no ha sido releído, no ha sido establecido con una distancia crítica que empiece a objetivar cuales son las modalidades y formas del uso de la fuerza material para constituir este proceso expropiatorio, ya no sólo del poder de los cuerpos, sino de las condiciones de existencia de esos cuerpos. Este es estrictamente hablando el ámbito del poder.

Para constituir este proceso de expropiación del poder de los cuerpos, la burguesía debe contar con una fuerza material.

La imagen que se tiene de esta fuerza material es también un punto de llegada: las fuerzas armadas. De la misma manera que el cambio, las fuerzas armadas son punto de llegada en el proceso y no punto de partida.

Es necesaria una relectura de todo el andamiaje social, a los fines de establecer cuál es el proceso de formación del poder de la burguesía, teniendo en cuenta que este proceso supone el proceso de constitución de una fuerza social de carácter material. Esta fuerza de la burguesía, dominante y ejemplificante, son por supuesto las fuerzas armadas. Pero las fuerzas armadas tienen un prerrequisito, sin el cuál no pueden constituirse como fuerza material; este prerrequisito es la construcción histórica de lo que se llama el ciudadano, y si buscáramos una mayor precisión diríamos: el soldado-ciudadano. Porque no hay que olvidarse de que antes de ser ciudadano hay que ser soldado.

La ciudadanía podría ser leída como el proceso de constitución o de formación del poder de la burguesía. Es el eje, ocupa casi el mismo status que la noción de mercancía en una teoría del capital. Es punto de llegada y punto de partida del proceso para explicarlo. Punto de partida porque es lo aparentemente o inmediatamente dado (mercancía); punto de llegada porque en la medida en que establecemos una relación crítica con la forma que se nos brinda (mercancía) logramos establecer y desarrollar la teoría al respecto. Con el soldado-ciudadano sucede lo mismo.

En última instancia, de lo que se trata, es de ir asumiendo críticamente los cuerpos teóricos históricamente constituidos por la burguesía al respecto.

Así, el ciudadano tiene una doble lectura posible, por un lado es la referencia a determinadas relaciones de cambio -buscando una analogía-; por otro lado, es la referencia a ciertas relaciones de uso. Es este doble carácter al que remite el dilema entre la sociedad política y la sociedad civil. La "ciudadanía" no toma al individuo como al conjunto total de relaciones sociales que lo constituyen, la ciudadanía legitima algunas de estas relaciones, y busca la destrucción del resto de las relaciones.

La "ciudadanía" busca incluso formas organizacionales en el ámbito de las relaciones sociales "legitimadas", y las formas organizacionales que busca e impone siempre son, o de carácter corporativo o de organización burocrática-corporativa. Estas son las formas predominantes en el capitalismo.

El sindicato, por ejemplo, es una organización de carácter burgués de los obreros. Al margen de que pueda existir, en esa organización cuya forma orgánica es burguesa, una orientación con carácter clasista. Pero la organización de los sindicatos obreros, tiene un carácter inequívoco burgués.

¿Por qué?.. Porque el sindicato se organiza asumiendo a los obreros, no como individuos concretos, sino como ciudadanos, a los que se les legitima su lucha económica. Individuos, ciudadanos que tienen derecho de luchar por sus intereses económicos, pero estos intereses económicos no están definidos en relación al conjunto concreto: "la clase obrera", sino en relación a la suma parcial o total de los obreros, considerados como ciudadanos, y por eso es que se impone, inevitablemente, la organización burocrático-administrativa en los sindicatos.

En tanto el sindicato es un conjunto de ciudadanos, ¿qué otra cosa puede producir sino una organización burocrático administrativa? Lo cual no implica que en ese sindicato pueda haber obreros que se organizan, luchan y combaten, no en tanto ciudadanos, sino en tanto obreros; o sea, asumiendo la totalidad de las relaciones sociales en un momento dado, lo que produciría en el interior del sindicato orientaciones, tendencias, etcétera. Cuando Lenin refiere al carácter del tradeunionismo, lo que quiere marcar, es que lo que el sindicato es, no depende de la subjetividad de sus miembros, sino de la relación que la burguesía ha establecido con un conjunto concreto de obreros, asumiéndolos como ciudadanos, y reprimiendo, enfrentando y destruyendo en ese conjunto, todas las relaciones que no hacen a la ciudadanía.

Si se parte del supuesto que el ámbito del poder es el ámbito de la expropiación del poder de los cuerpos, y que la expropiación del poder de los cuerpos presupone para su logro, el proceso de expropiación de las condiciones de existencia material de esos cuerpos y se define a partir de aquí el ámbito del poder, se debe comenzar a leer, todo lo que ha dado en llamarse el "proceso político", la "teoría del proceso político", la "teoría del Estado", a partir de esta perspectiva.

Una lectura a partir de esta perspectiva, empieza a producir una desmitificación de esas formas, y el otorgamiento del sentido objetivo concreto que esas formas tienen, así como la función que cumplen esas formas en el proceso general.

La concepción de Clausewitz, que perdura hasta nuestros días, de la guerra como continuación de la política por otros medios, debe ser puesta a prueba en lecturas sucesivas en donde el criterio comience a ser riguroso. No un criterio que se adscriba a la concepción de la política de Clausewitz, dominante en su momento e incluso hoy, sino a partir de una concepción en que esos términos sean desmitificados.

Porque el status teórico que ocupa la guerra no va a ser el mismo, asumiendo simultáneamente que el esquema teórico de Clausewitz es consistente, son sus raíces las inconsistentes.

Hay un primer énfasis en Clausewitz: que la guerra es la continuación de la política por otros medios. El medio que él enfatiza es lo que se han llamado las armas.

Al asumir esta postura, se cae en una explicación de carácter tecnologista. ¿Qué son las armas para un campesino en China, durante la Larga Marcha? él era capaz de transformar una caña de bambú, verde aún, en un arma. A priori, esa no habría sido contabilizada dentro de "las armas". Pero ¿quién tienen la capacidad de otorgarle el carácter de arma a una cosa? no lo que esas cosas son en el campo de las leyes naturales. Por supuesto, lo que esas cosas son en el campo de

las leyes naturales va a tener importancia, pero no es lo determi ante para constituírlas en armas.

¿Quién tiene la capacidad de constituir algo en mercancía? ¿Lo que las cosas son en el campo de las leyes naturales? No, las mercancías, como decía Marx, no caminan solas. Las armas tampoco se hacen solas a sí mismas.

Hay que desfetichizar la noción de arma; y no caer involuntariamente en reducir el carácter de un arma a sus aspectos materiales, en el campo de las leyes naturales. Una cosa es que lo material tenga importancia en la constitución de un arma, y otra cosa es terminar explicando las armas en relación a las leyes naturales.

Así como se produjo la crisis del fetichismo de la mercancía, es necesario producir la crisis del fetichismo de las armas.

Una persona, que en las invasiones inglesas en el Río de la Plata en 1806 y 1807 convertía el aceite con que cocinaba todos los días en una de las armas más importantes, con sólo arrojársela hirviendo al enemigo. ¿Llevaba intrínsecamente en su seno el aceite, esa capacidad infinita de ser un arma mortal? Sería ingenuo pensarlo. Se puede ahogar a una persona con el mismo líquido que sacia su sed, etcétera.

Lo sustantivo es tener un cuerpo teórico que nos permita percibir, cuáles son esas relaciones sociales que tienen la capacidad, de transformar cierto campo material, en los medios, en las armas, necesarias para cierto enfrentamiento. Es el carácter social el que transforma esas cosas materiales.

Una teoría de la guerra como continuación de la política por otros medios puede incurrir en el riesgo de constituir el cuerpo teórico de la guerra en forma incorrecta. Puede tener una imagen de la guerra no rigurosa, porque es una imagen que tiende a reducir los parámetros, los criterios, las variables, los atributos de la guerra, al cuerpo de las leyes naturales del campo material en juego. Cae en una imagen tecnológica del proceso militar.

El problema se resuelve retornando nuevamente a la noción de fuerza social.

Así como hay una noción de fuerza de trabajo, que empieza a tener una capacidad casi infinita de resolución de los dilemas, la noción de fuerza social también es un operador de la misma envergadura teórica que la noción de fuerza de trabajo.

La noción de fuerza social nos remite a cuerpos humanos. Es de allí, de esos cuerpos humanos que va a brotar la dimensión y el espacio del poder. Así como, de esos mismos cuerpos humanos brotó el espacio, la dimensión de la economía política. Un camino similar tendremos que recorrer con esta noción de fuerza social, remitiéndola al carácter de poder "político" que tienen esos cuerpos, es allí donde está anclado este poder.

Lo que se encubre es que esos cuerpos son fundamentalmente fuerza material. Eso se encubre. Y es esa fuerza material la que tiene la capacidad o no, de constituir el ámbito del poder.

Pero ¿qué lectura hay que hacer para ir constituyendo este espacio que es el del poder? Así como ¿qué lectura hubo que hacer para constituir el espacio de la economía política?

Se avanza buscando la analogía al revés, o sea, no poniendo delante la economía política, sino dejándola un poco atrás, como vigilante (de si los pasos que se dan en este espacio del poder son correctos o no), se van controlando con los espacios de la economía política. No se trata de calcar y sustituir conceptos por otros en lugares precisos. Se trata de vigilar atentamente, el nivel de consistencia entre un espacio y otro. Tienen consistencia pero tienen también conflicto y hay que ir midiéndolos uno a uno.

Dos palabras claves para ir resolviendo el dilema son fuerza y enfrentamiento, lucha, encuentro. Es allí donde los grandes avances teóricos se hicieron en la teoría de la gue-

rra y no en ningún otro ámbito.

Los grandes avances no se hicieron en la teoría del Estado. Ninguna teoría del Estado explica, ni siquiera hace referencia, al enfrentamiento entre fuerzas materiales. Toda teoría del Estado en última instancia habla de las consecuencias de esto, pero no de su proceso mismo. Es parecida la situación con la economía clásica: toda la economía clásica se vuelca finalmente al ámbito del mercado, al ámbito del cambio, está concentrada en el mercado y en el cambio. Explica el proceso económico general en función de las relaciones de cambio. Al hacerlo así se va reduciendo imperceptiblemente al ámbito de las leyes naturales. La imagen de la competencia como leyes invisibles de la economía, es porque era posible reducir al ámbito de las relaciones entre fuerzas naturales, a las cuáles se les podía aplicar las leyes que se habían constituido entre el siglo XVII y XVIII en el campo de las leyes físico-naturales (la mecánica clásica, etcétera).

La crítica a la economía clásica parte de un mecanismo muy simple. Señalando que se está construyendo el proceso en función de un tipo de relación social, la venta y la compra, la compra y la venta. Este tipo de relación social nos remite a otro, a las relaciones que los cuerpos tienen partiendo todos del mismo prerrequisito: es un intercambio de bienes. Todos son propietarios de algo, unos de fuerza de trabajo y otros de una cosa. Pero en ese sentido todos son iguales, por eso es que todos pueden alternativamente comprar o vender, hipotéticamente hablando, porque todos son propietarios de algo.

La primera crítica es al ámbito mismo, hay que mirar en el ámbito donde se constituye ese carácter de propietario de cosas, o de fuerza de trabajo. Es así como empieza a emerger otro campo de relaciones sociales, que estaban a la vista de todo el mundo, pero no se objetivaba que esa relación social no era igual a la otra relación social. Y que un mismo individuo tenía más de una relación social. El patrón en las re-

laciones de cambio era un no propietario de fuerza de trabajo, y el obrero un propietario. Los mismos personajes, en las relaciones de producción, variaban, el patrón era un propietario de fuerza de trabajo y el obrero un no propietario de nada, absolutamente de nada.

No se había percibido que se trataba de dos relaciones sociales. Y así aparece otra, y otra más, y se constituye el sistema de lo que finalmente es el análisis de Marx y va construyendo una a una las relaciones sociales involucradas en el proceso de producción y deja de lado, momentáneamente, como elementos "constantes", los otros sistemas de relaciones sociales.

El dilema histórico de la ruptura de estas situaciones se resuelve porque existe un ámbito que son las relaciones de clase, existe un ámbito que son las relaciones de las fuerzas productivas, existe un ámbito que son las relaciones productivas. He ahí el problema, estos sistemas tienden a desarrollar sus fuerzas productivas, se produce un exceso de las fuerzas y las formas productivas, y se resuelve el exceso con ciertos enfrentamientos. Aquí empieza a aparecer la inteligibilidad del modelo, el carácter un poco ineluctable. En tanto existe un modelo que incluye fuerzas sociales, fuerzas productivas, es inexorablemente autocontradictorio, inmanentemente contradictorio.

¿Qué status teórico puede ocupar la guerra en este contexto? Hay algo que la guerra no puede hacer: las fuerzas sociales de carácter armado son un prerrequisito. Así como en las relaciones de cambio el carácter de propietario es un presupuesto, en la guerra uno de los presupuestos es el de las fuerzas armadas. No está dissociada. Pero la guerra no se refiere según su teoría, al proceso de constitución de una fuerza armada.

Cuando uno toma el cuerpo teórico de la guerra va a ver que ciertas referencias están orientadas a señalar el proceso de formación, pero de la formación del carácter de "lo mi-

litar".

La teoría de la guerra distingue lo militar de la noción de fuerza social. En la teoría de la guerra encontramos elementos que nos indican la transformación de una fuerza social en una fuerza militar. Se distingue el ámbito de lo militar, en sentido estricto, del ámbito de las fuerzas en sentido moral.

Clausewitz define a las fuerzas en pugna como fuerzas morales y materiales; morales y militares. Este señalamiento de que existe algo que es el carácter militar, que toda fuerza armada presupone su formación como fuerza militar, es un proceso específico al que él prestó atención.

La noción de fuerza social se encuentra en Marx en muchos lugares, pero quizás nunca con tanta nitidez, como en los capítulos que van de "cooperación a gran industria" en "El Capital"¹. Si se toma a estos capítulos veremos que Marx trata de manera destacada de explicitar el carácter material de las fuerzas sociales en el proceso productivo. La manera en como él trata de resolver la distancia que hay entre el proceso de división del trabajo, consecuencia de las condiciones naturales o de leyes naturales de este proceso; al proceso de división social del trabajo, como un proceso distinto, no subordinado, sino que articula el campo de las relaciones fundadas en leyes o condiciones naturales, con el campo social. Allí hay un modelo interesante de como él utiliza la noción de fuerza social. En estos capítulos se hacen señalamientos tremendamente importantes para el campo de la guerra y la política: como que ciertas fuerzas de producción sólo pueden darse en tanto ciertas relaciones sociales dejan de funcionar o son destruídas, pero en tanto existe un tipo de articulación entre cosas materiales e individuos, eso impide la

¹Marx, Carlos, El Capital, tomo I, Capítulo XI: "Cooperación"; Capítulo XII: "División del trabajo y manufactura"; Capítulo XIII: "Maquinaria y gran industria".

existencia de ciertas fuerzas sociales de carácter productivo. Un ejemplo: para que llegue el proceso del obrero parcelario, es necesario que antes haya entrado en crisis la unidad organizacional y disciplinaria del proceso productivo que es el oficio. Pero esa crisis del oficio, no se inicia porque aparezca la máquina herramienta, sino al revés.

Esta referencia a la crisis de la unidad organizacional oficio, pretende señalar que por un lado, el oficio sólo entra en crisis en tanto las relaciones sociales que mantenían una relación fija entre instrumentos de producción y ciertos individuos, sujetos sociales, se adulteran. Es la alteración de las relaciones sociales que la sustentan, lo que antecede a la crisis del oficio. Por otro lado, al entrar en crisis el oficio como unidad organizacional, se incorporan ciertas tecnologías e instrumentos, relativamente nuevos, que suponen la tendencia a constituir otras formas organizacionales.

Pero lo que es importante destacar es, que la crisis de la forma social productiva no es una consecuencia de una innovación tecnológica. El proceso es al revés. La viabilidad de la introducción de una tecnología, sólo es posible en tanto las condiciones sociales han sido alteradas. ¿Qué condiciones sociales? aquéllas que hacen referencia a las relaciones existentes entre los instrumentos de producción y el control, la propiedad, -cualquiera sea la forma jurídica- de esos instrumentos. Hasta tanto esto no hace crisis no es posible que entre en crisis el oficio y aparezcan las innovaciones tecnológicas en el proceso productivo.

Esta digresión pretende hacer referencia al lugar que ocupan los instrumentos en el proceso social. Los instrumentos son consecuencia, no tienen capacidad explicativa, no son elementos de la causalidad, son resultantes. Por supuesto, una vez redefinidas las relaciones sociales, los instrumentos viabilizan o no esas relaciones sociales, y hay instrumentos que las viabilizan más o menos que otros.

CICSO
www.cicso.org

Proceso de formación y proceso de realización del poder de una fuerza

Es necesario distinguir el proceso de formación de una fuerza, del proceso de realización del poder de esa fuerza, o sea, distinguir el proceso de formación del poder del proceso de realización del poder.

¿A qué nos remite el proceso de formación del poder?
¿En que medida esta referencia estaría constituyendo al poder como una referencia más sólida, más sustantiva, posible de ser objetivable, etcétera?

En realidad el proceso de formación del poder nos remite al proceso de formación de fuerza. En esto Clausewitz puede ser sugerente, porque en la medida en que distingue que una fuerza militar es fundamentalmente una fuerza social, de carácter moral y material, nos está advirtiendo que el carácter de una fuerza militar no puede estar reducido a los implementos materiales de esa fuerza social; una fuerza militar no se reduce a su fuerza material, y menos aún a su fuerza, estrictamente hablando, militar, de armas. Nos está advirtiendo de que el poder y/o la fuerza, de esa fuerza militar, radica en la particular articulación entre lo que él considera fuerza moral y fuerza material.

Otro de los elementos sustantivos en la teoría de Clausewitz, es la distinción que realiza en el proceso de la guerra, entre lo que se llama específicamente el encuentro, y la constitución, la realización, o el logro de la victoria. Esta distinción entre victoria y encuentro es tremendamente heurística - o sea, rica en sugerencias - y debemos prestarle especial atención, si lo que interesa analizar, no sólo es el proceso de formación del poder, sino el proceso de realización del poder.

¿Qué es en Clausewitz fuerza moral? Es algo difícil de comprender, a veces parecería que toma una actitud "espiritualista", abstracta, etérea, de lo moral. Pero, sin embargo, hay una clave, si tomamos la parte sobre teoría del encuentro de "De la guerra". Cuando él se refiere específicamente al encuentro, va dando una serie de indicadores objetivos que nos ayudan a precisar el desarrollo, no sólo del encuentro, sino del logro de la victoria, de la realización de la victoria, de la transformación del encuentro en victoria. Aquí aparece una infraestructura de criterios objetivos, que tiene consecuencias teóricas, y que ayudan a comprender con más claridad el uso de la nomenclatura, de la terminología de Clausewitz.

Cuando él habla del encuentro, parte del supuesto de que dos fuerzas producen un encuentro sólo si llenan ambas ciertos prerequisites. Parte del supuesto de que fuerzas

de relaciones muy dispares, no tienden a producir un encuentro. Esto no quiere decir que los encuentros se producen sólo entre fuerzas semejantes, sino que los encuentros deben ser medidos en relación al prerequisite de que siempre van a tender a ser fuerzas semejantes. Lo que está advirtiéndolo es que el prerequisite, la toma de decisión de un encuentro, las variables que lo causan, parten del supuesto de la tendencia a que los encuentros se produzcan entre fuerzas semejantes, buscando cada una de ellas una mejor posición.

Por eso alerta en el sentido de que los encuentros medidos en términos de bajas humanas, siempre son muy similares. Esta afirmación nos está dando un criterio objetivo de qué carácter tenemos que atribuirles a los muertos en los encuentros, y una hipótesis que dice que la intensidad de los muertos en los encuentros tiende a ser relativamente igual para ambos bandos.

Inmediatamente Clausewitz hace una referencia que ayuda a construir la contabilidad objetiva de los encuentros. Dice: se pueden dar bajas humanas calificadas en tres categorí-

as: muertos, heridos y prisioneros. Si se quiere, ésta puede llamarse una contabilidad de los cuerpos. Porque estos tres criterios hablan de los estados corporales, o sea, los cuerpos en definitiva, en el proceso de encuentro se hallan en cuatro situaciones, y sólo en cuatro: o están muertos, o heridos, o prisioneros, o vivos. Estos son criterios objetivos de evaluación de un encuentro, ahora se cuenta con un código posible de aplicar respecto a los encuentros. En términos de los cuerpos se puede partir de estas cuatro categorías posibles. La envergadura que cada una de ellas tiene caracteriza el encuentro. No es lo mismo un encuentro en que hay miles de muertos que unos pocos muertos, etcétera. Las magnitudes que asuman estas cuatro categorizaciones acerca de los cuerpos, vinculados o articulados en el proceso del encuentro, están dando una base objetiva de apreciación del encuentro.

Pero Clausewitz se refiere también a las bajas materiales, no humanas. Esta cuestión está abierta en el sentido de que no son estas las categorías precisas; esas bajas materiales podrían ser, al menos hipotéticamente, categorizadas en función de nuestras orientaciones teóricas, acerca del carácter que esas bajas materiales pueden asumir, así como de sus magnitudes.

Se puede objetivar, establecer una cuantificación del proceso del encuentro, en función de dos grandes conjuntos, bajas humanas y bajas materiales.

Pero, Clausewitz, indica algo también importante: habla de las bajas morales. De un proceso moral de deterioro, y da, por primera vez, un indicador objetivo de la baja moral, o de la derrota moral. Advierte que la objetivación del elemento moral es la pérdida o no del territorio.

¿Qué concepción tiene Clausewitz del territorio? ¿Qué es el territorio? En su imagen, aparentemente la territorialidad es muy material, da la sensación de ser un terreno. Pero, ¿Cómo va a tener Clausewitz una noción tan inmediata y mecanicista del territorio, si éste justamente es el indicador de

la derrota moral o de la pérdida moral? La teoría que Clausewitz está asumiendo de la moral, no es etérea abstracta, y sin consecuencias materiales en un significado social. Es casi un positivista respecto al ámbito del territorio y lo social de ese territorio.

Es necesario entender bien esta concepción de Clausewitz, pero además producir internamente una redefinición.

En general, la noción de espacio no existe en aquellos análisis que intentan interpretar la realidad desde una perspectiva opuesta a la dominante. Involuntariamente se convierte al espacio en una puntualidad; se dice: Argentina, Córdoba, Rosario, Chaco, reduciendo a puntos procesos complejos. Además se trastoca, se identifica al espacio con el tiempo, cuando se piensa en términos de secuencia, en términos de proceso. Se introduce la variable tiempo en vez de elaborar una doble dimensión espacio-tiempo.

Se produce entonces una tendencia a negar el espacio como dimensión, a reducirlo al tiempo, y a su vez a reemplazar la noción de sucesión con la de tiempo. Esta es la situación que hay que enfrentar y redefinir, mediante un proceso crítico.

¿Qué relación guarda la noción de fuerza moral, la sugerencia de Clausewitz, con la necesidad de una crisis teórica, metodológica, de los problemas del espacio y la sucesión? Guardan relación. Primero, se cuenta con la noción de lucha de clases, pero ha sido convertida en una noción descarnada, casi sin vida, ha sido incluso llevada al extremo de que sólo queda de esa noción la imagen de las clases, reificada, sin enfrentamiento. Es necesario retornar a lo esencial, que no sólo tiene un carácter de explicación genética de los procesos, sino que además conforma la realidad de los procesos una vez constituidos: la noción de lucha, de enfrentamiento.

Clausewitz se ocupa del encuentro, de una forma de enfrentamiento, de una forma de relación social. Al pensar en los indicadores objetivos de un encuentro -bajas humanas, ba-

jas materiales, bajas morales- se está en la primera etapa de una reflexión. ¿Para qué sirve contabilizar el encuentro? Esta contabilidad sólo es sustantiva si se pasa a un segundo momento y se constituye el mapa de las relaciones sociales en juego. Estos elementos, que constituyen la contabilidad del encuentro, son los elementos que constituyen las mediaciones de las relaciones sociales y sabemos que justamente son las mediaciones de las relaciones sociales las que permiten otorgar significado a las acciones sociales. La contabilidad ayuda a reconstituir las relaciones sociales en juego.

Un muerto significa la destrucción de un conjunto de relaciones sociales. Un cuerpo que muere es un conjunto de relaciones sociales que entra en crisis. Un cuerpo herido no implica a la totalidad concreta de relaciones sociales que ese cuerpo media, sólo una parte de estas relaciones ha entrado en crisis. Al perder armas un conjunto de relaciones sociales entran en crisis, no es la pérdida del arma en sí, sino la pérdida de las relaciones sociales que esa arma mediaba, pero no se niegan los conjuntos concretos de esas relaciones sociales. Una fracción de un ejército desarmada, no implica que ha sido aniquilada la fuerza social de esa fracción, ha sido aniquilada parte del poder material de esa fracción. Pero la muerte de una parte del ejército, implica una simultaneidad que sí aniquila su poder material.

Esta matriz sirve para caracterizar los encuentros, y distinguirlos entre sí y además para caracterizar el carácter real de las fuerzas sociales en pugna. Entendiendo por fuerzas sociales estos conjuntos de relaciones sociales, que median y definen una fuerza social.

La fuerza moral es la forma en que Clausewitz se refiere a las relaciones sociales existentes en una fuerza militar entre los individuos, que no es que se establezcan a través de las armas, se establecen a través de las condiciones sociales materiales que los articulan.

La noción de territorialidad que se refiere a un espacio,

no se refiere a un espacio material, sino a un espacio social. Este espacio social que usa Clausewitz, al que se refiere al hablar de fuerza moral, está constituido por ciertas condiciones materiales, que son las mediaciones de relaciones sociales materiales. Este territorio es la referencia en un sentido espacial de aquellas condiciones materiales que son las mediaciones, de las relaciones sociales que constituyen esta fuerza.

Esta es la imagen, más o menos desarrollada, implícita en Clausewitz, su noción de fuerza moral y el carácter social de la territorialidad, nos están remitiendo a las condiciones sociales y materiales de una fuerza militar. Se está refiriendo al ámbito social, pero a un ámbito específico de las relaciones sociales.

Si el espacio, la "territorialidad", es social, y se refiere a esta argamasa, a este conjunto de relaciones sociales que constituyen la fuerza social; la imagen espacial, el mapa, va a dejar de ser geográfico, abstracto, jurídico, institucional, etcétera. El mapa va a convertirse en la distribución espacial de las clases sociales, de las relaciones de enfrentamiento entre esas clases. Un mapa que en el espacio distribuya las clases en pugna, y la existencia de las clases -no como un elemento estadístico, no las clases cristalizadas en sistemas clasificatorios abstractos- se verá como la distribución espacial de las clases en sus enfrentamientos. Lo útil en un trabajo científico o estrictamente académico es la construcción del mapa en la sucesión y distribución espacial de los enfrentamientos entre las clases.

Clausewitz hace una sugerencia muy interesante al hablar de la realización de la victoria a partir de un encuentro favorable. Los encuentros pueden ser favorables o desfavorables,

pero un encuentro favorable no es ninguna garantía, en absoluto, de la realización de la victoria. Este es otro elemento muy sustantivo. Los encuentros desfavorables no dicen nada de la derrota, la derrota es cuando el enemigo, a partir de un encuentro favorable, logra construir la victoria. Pero ¿que es la victoria? La victoria es lo que se articula a la destrucción del poder militar, es lo que se articula con el proceso del desarme, como prerequisite de imposición de la voluntad del vencedor. Los encuentros pueden tener sólo dos valores, desfavorables o favorables. Pueden ser ponderados, caracterizados, por el proceso de las bajas humanas, morales y materiales. Los criterios objetivos para esta caracterización son, los estados de los cuerpos, la propiedad de las armas, la cuantía de las bajas materiales, y la relación con los espacios sociales.

El espacio y el tiempo refieren no sólo a la sucesión de los enfrentamientos, sino a su ubicación y localización. Si se construye un mapa, éste debe ser el de las formas concretas en que se va sucediendo la lucha de clases, a lo largo y ancho de la sociedad, siendo los enfrentamientos nuestra materia prima.

Tratando de articular un esquema a partir de los enfrentamientos, el modelo podría ser algo así:

		A	Enfrentamiento de carácter armado	
			Uso de Armas	Uso de una FA
Lucha de clases	Lucha política			
	Lucha económica			
	Lucha teórica			

Sujetos

Lucha política = Régimen vs. pueblo

Lucha económica = Proletariado vs. burguesía

Lucha teórica = Clase revolucionaria vs. "el resto"

TIPOS DE BAJAS

Bajas Humanas Materiales Morales
 Muertos Her. Prís.

La lucha de clases se expresa como lucha económica, lucha política y lucha teórica; lo cual quiere decir que en todo enfrentamiento están de alguna manera presentes estos tres momentos. Todo enfrentamiento tiene un valor, un grado, para cada uno de estos tres "campos" de la lucha de clases.

La lucha de clases puede producirse mediante enfrentamientos armados, que remiten al enfrentamiento en términos del uso de armas, que debemos distinguir del enfrentamiento mediante el uso de una fuerza armada. A partir de estas precisiones, se elaboran nueve casilleros.

¿Quiénes con quiénes se enfrentan? el enfrentamiento se va ordenando en la lucha política en un enfrentamiento entre el régimen y el pueblo; en la lucha económica, entre burguesía y proletariado; en la lucha teórica, entre clase revolucionaria versus "el resto" de las conducciones.

Se va ordenando así un esquema que permite analizar la lucha de clases, dando información acerca de la construcción de una fuerza social que articula la relación entre Pueblo-Proletariado-Clase vs. las otras fuerzas. No en todo momento los enfrentamientos se articulan y se coordinan en relación a la formación de dos grandes fuerzas. Cuando se describe una situación en donde la iniciativa está en manos de la burguesía los enfrentamientos tienden a articularse, a vincularse, a relacionarse en forma tal que invalida, permanentemente, que puedan constituirse en una fuerza social antagónica; en esta situación decimos que la iniciativa la tiene la burguesía. Cuando la iniciativa está en manos del proletariado, los enfrentamientos tienden a articularse en una forma tal, que empiezan a constituirse en una fuerza social.

¿Cómo evaluar los enfrentamientos? La primera evaluación hace referencia a la envergadura de los enfrentamientos. Vemos aquí que los enfrentamientos pueden ser mediante el uso de armas o de una fuerza armada, o enfrentamientos en los que no se utilizan armas. Logramos así una primera ubicación acerca de la intensidad del enfrentamiento.

El enfrentamiento, ¿produce bajas humanas, materiales, o bajas morales?. Estos tres tipos de bajas nos da un sistema para jerarquizar, ponderar, calificar, la envergadura del enfrentamiento. En el caso de las bajas humanas, tenemos tres tipos de indicadores objetivos: muertos, heridos, prisioneros. Las bajas materiales se pueden clasificar a partir de la constitución de una fuerza social, la capacidad de desplazamientos y la capacidad de enfrentamiento. Al hablar de bajas morales, sabemos que nos referimos a la pérdida o no de una territorialidad.

Se podría pensar que este esquema no se puede utilizar cuando el enfrentamiento no se efectúa mediante el uso de armas o de una fuerza armada. Esto es falso, porque en los enfrentamientos en que no está presente el "uso de instrumentos de violencia", de fuerza material; la baja toma un sentido social. En una huelga, que produce un tipo de enfrentamiento, las bajas serían los despedidos, éstos ocupan objetivamente el lugar de los muertos en un enfrentamiento armado. Así, cuando hablamos de muerte, no lo hacemos en el sentido de la muerte biológica -en ninguno de los casos- sino como muerte social, en relación a la fuerza a la cuál pertenecía. La muerte biológica es el extremo. Pero también en los enfrentamientos armados puedo tener una categoría "muerte", en la que no haga referencia a la muerte biológica, sino a la eliminación social, por distintos mecanismos.

Un enfrentamiento difícilmente puede referirse a uno sólo de los tres campos. Por ejemplo, un enfrentamiento en el terreno de la lucha económica, que se da entre una fracción proletaria y una fracción burguesa; tiene valores, datos e información y tiene consecuencias en el terreno de la lucha política.¹

¹En la lucha económica, puede suceder un enfrentamiento, en que el triunfo de una fracción obrera supone la crisis del resto de las fracciones obreras. Este enfrentamiento que puede tener toda la apariencia de ser un avance, una conquista obrera, en realidad está produciendo una enorme polarización y distancia social en el seno del proletariado.

Los enfrentamientos no deben ser encasillados como lucha económica, política o teórica; sino que cada enfrentamiento expresa la lucha de clases, y en esa medida tiene consecuencias para los tres campos de ésta. Cada enfrentamiento da información acerca del grado de desarrollo de la lucha económica, política o teórica. El grado de desarrollo hace referencia al grado en que se constituye o se deteriora la formación de esta fuerza social; el grado en que un enfrentamiento consolida, afianza, capitaliza el desarrollo objetivo de la formación de una fuerza de carácter revolucionario.

Un proceso de formación de poder, es decir, de acumulación de fuerza, puede malograrse si los enfrentamientos para realizar ese poder son incorrectos.

Analógicamente, sería como la situación de un capitalista industrial que produce cierta maquinaria, el momento de su realización es el momento de la verdad. Si esas maquinarias son invendibles, porque otro grupo ha monopolizado el mercado, él es eliminado.

La noción de apropiación: la relación soldado-ciudadano

El ataque significa apropiarse de algo que es de otro. Este es su sentido más general: la noción de apropiación. Es un problema para el otro, no para quien ataca. El atacado reacciona por las consecuencias del ataque, pero no por el ataque en sí mismo. Se trataría de una ley, un ataque debe evaluarse no por lo que objetivamente hace el atacante sino por las consecuencias que tiene para el atacado ese hecho, esa pérdida.

Cuando una fracción social efectúa un ataque, desde su perspectiva es sustantivo, cuando lo que se apropia es sustantivo para ella pero, en cambio, para el atacado puede tratarse de algo totalmente nimio. A veces sucede exactamente al revés; para el atacado tiene consecuencias tremendas y su reacción se rige por esto.

La defensa se organiza como recuperación de la pérdida: este es su principio político-militar. Busca recuperar algo perdido. El concepto de defensa estratégica quiere decir, entonces: usar el conjunto total de la fuerza para recuperar lo perdido. Para entender el significado de "defensa estratégica" hay que ubicar, primero: que es lo que se busca recuperar (sin pérdida de algo la palabra defensa es una palabra vacía); segundo: es necesario saber que representa la pérdida para el atacado, y saber si se comprometerá en la defensa con el conjunto total de sus fuerzas, comprometiendo o recurriendo a sus reservas estratégicas.

El paso más difícil en el análisis de un enfrentamiento es el de caracterizar aquel momento que hace a la defensa estratégica, ya que la defensa de algo no se puede perder, significaría desaparecer.

¿Cómo entender el peso de lo que ha sido perdido y debe ser recuperado? Quién habla de defensa estratégica tiene una determinada imagen de lo que ha sido el ataque que ha su-

frido; la base sobre la que pueda ser analizada una defensa estratégica, es la comprensión del ataque. El análisis del ataque, indicará, si éste exige una respuesta de carácter estratégico o de carácter táctico. La defensa debe tener un carácter estratégico, si su enemigo usó el conjunto total de su fuerza.

El análisis de lo que fue apropiado en el ataque es esencial, porque establecerá la meta de la defensa. ¿El atacante valoriza igual que el atacado lo que se apropió?, ¿qué significaba para él esa apropiación y para el atacado esa pérdida?, tiene un carácter estratégico o táctico esa pérdida para el atacado? ¿compromete el conjunto total de su fuerza?. Este es el tipo de combinaciones que hay que resolver.

Un elemento de la estrategia y de la táctica, que recibe muy distintos nombres, y que hace a uno de los sentidos populares nada despreciables, con que estas palabras fueron usándose, hace referencia a que tanto estrategia como táctica tienen que ver con la palabra "engaño".

La base del engaño se encuentra en la diferente evaluación que puede presuponer la pérdida o apropiación de algo para cada una de las fuerzas en juego. Por ejemplo, si se quita algo que no compromete al conjunto total de esa fuerza, pero se reacciona como si lo comprometiera, su enemigo analizará que esta pérdida involucra al conjunto total de esa fuerza y reaccionará en consecuencia. Esto forma parte de un engaño, el uso total de esa fuerza no es más que una forma aparente, no es real. Se moviliza toda la fuerza para demostrar a su enemigo que ha sido vulnerado en algo que lo compromete globalmente, éste responde en términos de la valoración que ve objetivarse, hecha por el otro, de su pérdida, y en consecuencia comete un error que el otro aprovecha.

Esta imagen puede ser trasladable a los movimientos de carácter tanto táctico como estratégico, y a la pérdida y la recuperación, que permiten una serie de combinaciones. Defensa y ataque, por tanto, pueden ser totalmente manipulables, en forma

totalmente imprevista, por ambas partes. Para tener la certidumbre sobre lo que objetivamente sucede, es necesario no dejarse llevar por las consecuencias visibles en las acciones, sino en la capacidad objetiva del análisis de la situación.

La formación de una estrategia político-militar en el campo de la burguesía no sigue las mismas leyes de formación de una estrategia político-militar en el campo del pueblo. Este es un elemento importante, presuponerlas iguales pero invertidas, es un error. No es lo mismo una estrategia político-militar de carácter capitalista, que una estrategia político-militar de carácter revolucionario. Por tanto, la valoración de la pérdida y la recuperación, nunca puede tener el mismo valor para uno y para otro. La no polaridad en la defensa y el ataque, no sólo está dada por atributos intrínsecos del ataque y la defensa, sino por los atributos intrínsecos de las dos estrategias en pugna. Las valoraciones son diferentes, pero no son polarmente diferentes, no tienen polaridad. Lo que es pérdida para la burguesía, no significa como atributo, ganancia para el campo del pueblo; porque los procesos de formación de poder son distintos, y la forma de realización de ese poder es distinta también.

Esta es una importante ley de las relaciones sociales de enfrentamiento y de pugna. El gesto aparentemente más trivial, más cotidiano, más reiterativo, más tradicional, del campo del pueblo puede a partir de cierto momento ser definido como un ataque, y como tal será tratado.

La figura de "el enemigo" se presenta para cualquiera de las dos partes como un atacante. El inicio de la emergencia de un enemigo es el ataque. Pero, la antinomia que hay que tratar de comprender, es que quién define al enemigo es el que se siente atacado. El define qué es ataque, porque es él quién se siente atacado. El carácter del ataque y del atacante no está en manos de quién supuestamente ataca, sino del otro. Esto sucede así porque el núcleo central de lo que se llama ataque es la imagen de apropiación. La imagen de apropiación tiene que

ver con la ruptura de una relación social, hay una relación social que entra en crisis, es de alguna manera vulnerada. Esto es lo que establece en el campo del enemigo la imagen de que es atacado, pero no como imagen subjetiva, sino objetiva.

Hay cierta oscuridad en los conceptos de ataque y defensa, pero una primera claridad es que defensa representa recuperación. Lo central es la noción de recuperación, no la noción de ataque. La intención es dar una racionalidad creciente a esa imagen de Clausewitz respecto a que la guerra empieza con la defensa.

El ataque puede producirse sin que se use en absoluto un arma o una fuerza armada, ni el más mínimo gesto de violencia. Un ataque puede ser también la desobediencia.¹

Se trata de demostrar que, en realidad, el problema central no es una imagen dicotómica: ataque-defensa, que es errónea; sino la construcción de un modelo para aplicar en el análisis de las relaciones de fuerzas. Tanto la noción de ataque como la de defensa, son operadores metodológicos que nos permiten analizar las correlaciones de fuerzas. En cualquier ejemplo que se dé encontraremos una relación tremendamente desigual entre la capacidad de defensa y la capacidad de ataque, una puede tener un gran efecto multiplicador en el otro.

Hay una proposición de Clausewitz, que dice que los enfrentamientos tienden a producirse entre fuerzas semejantes. ¿Cómo hacer consistente esta proposición en situaciones en que el mínimo uso de fuerza en un ataque, puede desencadenar el máximo uso de fuerza en la defensa?

La noción de ataque y la noción de defensa son útiles cuando se quiere establecer un esquema para el análisis de las relaciones de fuerza. El análisis de las relaciones de fuerza tiene el aspecto de ser algo que se reduce a una cuantifica-

¹Esta relación se vincula en parte con el modelo de Hegel acerca de la dialéctica del amo y el esclavo, las rupturas, etc.

ción de las fuerzas, en donde no está muy claro cuáles son los objetivos, las metas que persiguen esas fuerzas. Si la imagen de la relación de fuerzas que tenemos es algo "fotográfico", un momento de esta relación, esto tiene la limitación de que nada nos dice sobre la secuencia que va configurando esa relación de fuerzas.

Si la noción de enfrentamiento se analiza en términos de que es la expresión de cierta relación de fuerzas, esto daría la posibilidad de que muchos de los indicadores usados convencionalmente en los estudios de coyuntura, fueran tomando otro carácter. El carácter de ir no sólo alertando sobre los enfrentamientos que tradicionalmente no se perciben, sino de permitir observar como se van constituyendo ciertas fuerzas sociales a partir del encuentro de determinadas fracciones de la sociedad.

Para lograr transformar un indicador en este sentido, es necesario introducir en ellos esta noción del ataque y de la defensa. La noción de ataque como referente a un proceso de carácter expropiatorio, y de defensa como un proceso de carácter recuperador de la expropiación, nos permitirían usar ciertos indicadores como expresión del proceso de la lucha de clases y no tanto como indicadores de un sistema social o económico.

¿Qué es lo que se disputa en un enfrentamiento? Es una determinada territorialidad social; la disputa por ella se hace mediante la confrontación de las fuerzas, fuerzas que no son sólo materiales.

La territorialidad social en que se produce el enfrentamiento está definida por el carácter social de las fuerzas que se enfrentan, no por el espacio geográfico.

¿Qué es ataque en ese enfrentamiento? toda acción, todo proceso, toda consecuencia, que altere las relaciones sociales de ese espacio social. Y defensa es todo proceso que tenga como consecuencia el restablecimiento de las condiciones iniciales de ese espacio social. Este modelo tiene una virtud; una gran universalidad de aplicación.

Poca importancia tienen para este modelo los elementos previos a que se produzca la confrontación de fuerzas (voluntad), sólo otorga importancia a las consecuencias finales. son éstas las que definen objetivamente cuáles de las fuerzas estaban en un proceso de ataque y cuáles en un proceso de defensa, y no el proceso inverso.

Los datos que muestra un enfrentamiento son: que hubo una redefinición del territorio social de una de las fuerzas, o una recuperación o una pérdida de otra de las fuerzas. Faltan aún otros elementos: cuáles son las otras fracciones sociales involucradas; pero el espacio social del enfrentamiento advierte ya que otros espacios similares están involucrados estratégicamente en ese enfrentamiento, (por ejemplo: huelga de una determinada fracción obrera).

La caracterización de las fracciones sociales no puede ser grosera, para que permita definir qué espacios sociales son similares entre sí.

Sintetizando:

1) Los indicadores son indicadores de un enfrentamiento;
2) La caracterización del enfrentamiento se hace definiendo cuáles son las fracciones sociales directamente comprometidas en el enfrentamiento, esto define un espacio social. Esas fracciones sociales involucradas remiten al resto de las fracciones sociales con condiciones sociales similares en la sociedad.

Cada uno de los conceptos es importante porque pueden ser usados como operadores para ir ordenando, analizando la información, y empezar a elaborar hipótesis, acerca de cuáles son los alineamientos que se están produciendo en una sociedad determinada, evaluando los enfrentamientos para encontrar:

- (a) Proceso de formación de una fuerza.
- (b) Su desplazamiento espacio-temporal.
- (c) Tendencia a la confrontación de las fuerzas.

Muchos de los indicadores de los estudios de coyuntura podrían ser transformados en indicadores de los enfrentamientos. Esta representación muestra no sólo el espacio social -es de-

cir, las fracciones involucradas en el enfrentamiento- sino que brinda información sobre qué cosa de ese espacio social ha sido transformada y cuál ha sido mantenida. Da información acerca de qué fracciones de la sociedad tienen las mismas características y están en una relación directa. Este mapa muestra la formación de una fuerza y el carácter de sus confrontaciones táctico estratégicas.

Toda esta nomenclatura puede ser usada en dos momentos: análisis de una situación y conducción de una fuerza. Cuando aparece el problema de conducción el eje es la cuestión de la iniciativa. En el análisis de una situación la iniciativa es un dato. El problema de la iniciativa en el análisis de situación es una incógnita, un interrogante que sólo aparece después del análisis de los datos, de la reflexión.

Cuando se tiende a reducir la confrontación material entre fuerzas sociales a la confrontación entre lo que convencionalmente se llama las armas, se soslaya, una concepción de Clausewitz: él siempre insiste en que las fuerzas armadas lo son material y moralmente. Esto lleva a rechazar la concepción militarista, de reducir la fuerza material de las fuerzas sociales sólo al conjunto del armamento material.

Clausewitz es muy claro al señalar, que la fuerza material de las fuerzas sociales no consiste meramente en las armas "materiales", sino que esa fuerza material(idad) también está constituida por las armas "morales". ¿Qué elementos tienen estas fuerzas morales? Las (armas) fuerzas materiales de las (fuerzas) armas morales son los cuerpos. Esta concepción es de gran importancia, porque constituye el "comienzo" del puente entre política y guerra. Pero, no es cierto que los cuerpos en cualquier condición sean armas que den fuerza material; tienen que darse ciertas condiciones sociales para que los cuerpos den fuerza material a las fuerzas sociales.

Volviendo al Capítulo IV de El Capital, es necesario hacer una breve digresión. En ese capítulo Marx plantea que hay dos tipos de mercancía que es necesario distinguir; un

tipo de mercancía tiene la capacidad de que su consumo productivo puede generar más valor del que consume, y que en cambio, las otras mercancías no tienen esta capacidad. Es obvio, que esto, sólo es cierto en condiciones sociales capitalistas; es un atributo del capitalismo convertir el consumo de la fuerza de trabajo en valor. Es decir, que es un atributo de ciertas condiciones sociales, de ciertas relaciones sociales. Para que el consumo de fuerza de trabajo tenga esa consecuencia, es necesario que se haga habiéndose producido ya la expropiación de fuerza de trabajo al portador de fuerza de trabajo.

Volvamos a Clausewitz: su noción de "fuerzas que se confrontan", del carácter profesional de sus fuerzas armadas. Cuando afirma que las fuerzas están armadas material y moralmente, y que esto incide en la confrontación material de las fuerzas, él lo hace a partir de la concepción de las fuerzas armadas profesionales de la burguesía, de una determinada concepción y realidad, acerca del carácter de las fuerzas que se están enfrentando. En la confrontación entre los Estados-nación, son válidas las afirmaciones que él hace de las reglas de las leyes de la guerra.

Si se hace otra lectura de este texto, si se quiere comprender porqué Clausewitz habla en términos de fuerzas morales, debemos indagar cuál es el elemento material, -que no se reduce a las armas materiales- que está dando como plus, agregando. Vamos a descubrir, que lo que denomina fuerzas morales, no son otra cosa que lo que hoy se acostumbra a llamar, la resultante del "disciplinamiento de los cuerpos". El producto del disciplinamiento de los cuerpos, es decir, de la aplicación de un poder, un dominio de la burguesía sobre esos cuerpos, es lo que otorga un plus de fuerza material sobre las armas materiales existentes.

Es un determinado ordenamiento, una determinada docilidad, obediencia de esos cuerpos, lo que logra otorgar ese plus al armamento material, y le otorgan un plus a la fuerza social en términos materiales. Esto es importante: que la medi-

ción, la relación, de la confrontación de fuerzas, se da en términos, estrictamente hablando, de fuerzas materiales y de su expresión social.

Si se empieza a entender que la confrontación, en términos de una guerra, es el ámbito de la confrontación de las fuerzas materiales que las fuerzas sociales tienen, empieza a ser bastante sustantivo comprender de dónde nace el poder material de las fuerzas sociales en pugna. Y en este terreno, Clausewitz es muy sugerente, porque plantea desde el inicio, que el poder material de las fuerzas sociales en pugna, nace, no sólo del armamento material, sino que nace además del armamento moral, y que este armamento moral es medible social y materialmente, no abstracta y especulativamente.

¿Cuándo es que se produce el militarismo en la acción y en la reflexión? Cuando se reduce la fuerza material de las fuerzas en confrontación a su armamento material, y se soslaya la fuerza moral, sin comprender que el resultante de esa fuerza moral es un poder material. Y la fuerza material de la fuerza moral nace del poder material de los cuerpos, y este poder sólo es real dadas ciertas condiciones. En las condiciones de las fuerzas armadas de la burguesía, del profesionalismo burgués, del aparato burocrático militar, la fuerza material de esos cuerpos, no sólo está limitada, sino fragmentada. Una fuerza es objetivamente de carácter revolucionario, cuando logra transferir a su fuerza social este poder material de los cuerpos, que no están subordinados a las armas materiales, sino que realmente están determinados por lo que Clausewitz llamaría armamento "moral".

Una fuerza armada de la burguesía, profesional, burguesa, puede ser denominada como "la organización burocrática del soldado-ciudadano". El soldado-ciudadano es una construcción histórica de la burguesía, es un invento de la revolución política de la burguesía, por supuesto con antecedentes en la revolución social de la burguesía. Pero, es un momento de la revolución política de la burguesía, es decir, la burguesía

sólo puede hacer su revolución política cuando logra resolver el problema del poder material de clase, y esta cuestión sólo la logra resolver al constuir al soldado-ciudadano. Antes de ciudadano es soldado; es ciudadano en tanto es soldado. El poder material de la burguesía en la confrontación de fuerzas materiales, anida en esta noción del soldado-ciudadano.

La ciudadanía, más que una peculiar relación social establecida entre los individuos, -relación del capitalismo que impone relaciones burguesas entre los individuos- más que una relación social más, es un operador del poder de la burguesía, un ámbito, un encierro, o sea, un ámbito que no sólo aísla y produce la ruptura de ciertas relaciones de clase entre los individuos, sino que constriñe a cierta docilidad de esos individuos. La ciudadanización forma parte del proceso expropiatorio del poder de los cuerpos.

¿Cómo es que la burguesía expropia y se apodera del poder social y material de los cuerpos? Mediante un proceso de ruptura de las relaciones de clase y de imposición de las relaciones de ciudadanía. Negación, ruptura de ciertas relaciones sociales, y establecimiento de otras relaciones sociales. Al hablar de "ciudadanía" hablo de un amplio paquete tecnológico, que en cada país, en cada nación, -nación, territorio, nacionalidad- hay que estudiar cómo se ejecuta. Este proceso, central para la constitución de las fuerzas armadas de la burguesía, se ha roto en más de una oportunidad y poco se conoce de las leyes de su ruptura.

El problema de la iniciativa de la burguesía en el desarrollo de la lucha de clases, se expresa como la imposición del carácter burgués, competitivo, a la lucha. Asume competitivamente la lucha de clases, y le impone ese sello. Transforma las tendencias de los enfrentamientos, en una tendencia a ser resueltos corporativamente, competitivamente, y con ello mantiene su iniciativa, en las confrontaciones que se suceden a lo largo y ancho de la sociedad.

La pérdida en la iniciativa supondría, que los enfrentamientos que constantemente se producen, a lo largo y ancho del sistema, empiezan a tender a ser resueltos no competitivamente, no acumulando y manteniendo el poder y la iniciativa burguesa, sino empezando a disgregar ese poder. Si se entiende que la ciudadanización hace referencia a los mecanismos constitutivos de la expropiación burguesa del poder de los cuerpos, logrando construir lo que Foucault llamaría la "docilidad de los cuerpos", habría que ver a este proceso, no sólo como encierro, sino como de permanentes enfrentamientos, mediante los cuáles se producen, -si hay iniciativa burguesa- una ruptura de las relaciones de clase, y una imposición de los mecanismos corporativos. Es decir, la suma de los intereses de ciudadanos (corporativismo), contra los intereses de clase del proletariado.

Este elemento de la ciudadanización es tremendamente importante porque es la expresión de la fuente del poder material de la burguesía. Quién vea en la soldadización el poder material de la burguesía, comete el error de no ver la fuerza moral de la burguesía, tendría una imagen militarista del poder de la burguesía. El poder material de la burguesía no son sólo sus armas o su ejército, sino el hecho de que tiene quiénes empuñen esas armas, y ellos son producto de ese proceso constitutivo de la ciudadanización. Ese proceso es un operador teórico, metodológico y práctico, es un paquete tecnológico.

Una revolución es una confrontación de fuerzas materiales. Expresar materialmente a las "fuerzas morales", ¡he allí la cuestión!

El problema son las fuerzas materiales, y cuando Clausewitz habla de fuerzas morales, lo hace porque tiene la más profunda convicción de que esas fuerzas morales le dan poder material a las fuerzas armadas, por eso habla de fuerzas armadas, material y moralmente. El armamento moral tiene y da poder material. ¿Dónde anida el poder material de la fuerza moral? en la disposición, en el disciplinamiento ; la cuestión es el

disciplinamiento de los cuerpos. El problema es entender donde anida la estrategia no sólo para expropiar el poder de los cuerpos, sino cómo con la expropiación del poder de esos cuerpos constituye la necesaria fuerza moral que anida en sus fuerzas armadas y en el resto de la población dominada. No entender que en esa fuerza moral descansa el poder material de la burguesía, es hacer militarismo, o entrar por la puerta del profesionalismo militar, o por la de la tecnología militar. La burguesía expropia el poder material de los cuerpos, lo hace sin conciencia, tiene una conciencia distorsionada, competitiva de la lucha de clases, y está convencida de que así es la lucha social y política, la lucha de clases. El ser social de la burguesía es un ser de la competencia, no es que engañe, cuando dirige sus luchas las dirige con convicción.

La fuerza antagónica que se le enfrenta, aunque utilice herramientas del análisis burgués, es radical, porque ubica a los hombres como son: como seres expropiados de su poder material.¹

Para Clausewitz, la relación entre la política y la guerra, no era un problema de relaciones éticas, sino el reconocimiento de lo que en realidad es: la relación entre la política y guerra se explica a partir de que la política establece los medios de la guerra, la guerra no tiene la capacidad de constituir sus medios.

Si la política es la que constituye los medios materiales y morales de la guerra, está determinada por el hecho de ser formulada en el capitalismo, y el capitalismo tiene leyes inequívocas de constitución de sus leyes materiales de existencia, a las que no puede escapar. El poder material de la burguesía en el capitalismo está subordinado a las leyes del valor, es su expresión.

Desde el campo del pueblo la situación es distinta. No es cierto que el poder material esté subordinado a las leyes del valor.

¹Se incorpora a los enfrentamientos tal cual se producen para lograr la ruptura de las leyes de carácter competitivo que ordenan la gran mayoría de los enfrentamientos.

¿Cómo es que se forma el poder material en este campo? ¿De dónde nace? Sólo puede nacer de las contradicciones del capitalismo. Pero esto es muy general y abstracto, si no se toman como punto de partida las formas específicas, concretas, reales, inmediatas en que se produce la lucha de clases. ¿Este planteo, es un problema de conocimiento, o de existencia, de realidad? Es lo segundo. No se trata de una lectura del desarrollo de la lucha de clases, sino de una relación con este desarrollo y a partir de allí una toma de conciencia. Esta cuestión nos remite al problema de qué lugar, qué espacio, qué status teórico tiene el problema de la conciencia del proceso; y este tema está ligado con la cuestión de quienes son, objetivamente, los cuadros de ese proceso. Qué combate los ha producido, qué enfrentamiento, cómo han llegado a ser lo que objetivamente son. Es necesario precisar la emergencia histórica, el papel y la significación de los cuadros en los procesos sociales. No es suficiente que en una sociedad haya un grupo de personas que, como consecuencia de una reflexión se adscriba a una decisión, en este caso, de carácter revolucionario. Tienen que darse otras condiciones: es la peculiar relación de ese grupo con la sociedad la que produce esos cuadros.

Puede haber enfrentamientos en los que una fracción social haya participado lo cual no indica que por ello, necesariamente, tenga carácter revolucionario. La confusión deviene de no entenderse que una cosa es expresar la confrontación que ciertas fracciones tienen con el resto de la sociedad y otra que sean objetivamente el elemento detonante de un proceso revolucionario y el desarrollo acumulativo del mismo. Es importante saber a qué obedece la pertenencia a ciertas fracciones sociales y a ciertos campos del enfrentamiento. Se trata de concebir desde el inicio el enfrentamiento total en la sociedad, no los enfrentamientos parciales y encontrar la jerarquización que históricamente se ha ido dando en la sociedad. Hay que distinguir si se trata de una je-

rarquización en los términos de un largo proceso de iniciativas burguesas, de estancamiento de la lucha en el seno de la burguesía en que la iniciativa proletaria es postergada.

CICSO
www.cicso.org

El ámbito de la política y el ámbito de la guerra

Si se intenta delimitar el ámbito de la política y el de la guerra, asumiendo que eso es un problema, uno de los inconvenientes es el tratar de hacerlo desde una percepción distinta a la convencional.

Intentemos esta aproximación, partiendo de una serie de supuestos: entre otros que el discurso de Clausewitz sobre la guerra, es un discurso del poder de la burguesía. Es el más alto grado de formulación teórica que sobre el poder de la burguesía se tiene. Pero, no existe un discurso teórico que sea la crítica a este discurso del poder de la burguesía.

Ese discurso concibe el ámbito de la política y el de la guerra, como ámbitos distintos de relaciones sociales. La política sería el intercambio entre ciudadanos, entre iguales; y la guerra sería la confrontación entre ciudadanías distintas.

Cuando Clausewitz trata de resolver el dilema de la relación entre política y guerra, y la coexistencia de la política y la guerra, siempre nos remite a que quién constituye los medios de la guerra es la política, y de ahí la inevitable subordinación de la guerra a la política, dando por supuesto que la guerra no constituye sus propios medios.

En definitiva, el discurso burgués de la sociedad constituye el espacio de la economía, el de la política y el de la guerra. Esos espacios, esa imagen del módulo de la sociedad, en donde hay economía, política, guerra; Estado, sociedad, son esquemas de interpretación que deben ser criticados, muestran en forma equívoca lo social.

Uno de los problemas es incorporar esta nomenclatura conceptual sin establecer la necesaria consistencia teórica con el discurso teórico marxista. Se incorpora una nomenclatura de los espacios, dimensiones de la realidad, que establece

una concepción burguesa de la sociedad.

¿Existe en el discurso teórico marxista el ámbito de la política? Si por política se entiende un espacio, una dimensión, una nomenclatura conceptual, que se refiere al ámbito de la ciudadanía, es obvio que se entenderá por política una cuestión distinta.

En sentido estricto la conceptualización de la política, remite a la teoría de la lucha de clases, al ámbito de los enfrentamientos a lo largo y ancho de la sociedad, y a la manera en que esos enfrentamientos tienden a organizarse, conectarse, vincularse, ordenarse, según el propio desenvolvimiento y desarrollo de las sociedades.

Son necesarios dos discursos, que estén articulados en una mutua negación, y saber que entre los dos hay un permanente enfrentamiento, hecho de intercambios, redefiniciones, etcétera. Hay que tener más que un doble código, el resultado de ese doble código en acción, en enfrentamiento.

Sobre el planteamiento de Clausewitz, de que la política subordina a la guerra, y la subordina porque es la que establece los medios de la guerra, una primera lectura dirá que las condiciones de la guerra no son establecidas por el ámbito de lo político, sino por el ámbito de lo "económico".

Esta primera lectura ¿está diciendo algo distinto a Clausewitz? En principio, es obvio que está diciendo algo que intenta acotar, corregir a Clausewitz. Está afirmando que la política no tiene la capacidad de construir los medios de la guerra, la política puede tener la capacidad de destinar ciertos medios a la guerra. No está afirmando que quién constituye los medios de la guerra es la producción, sino que la producción crea las condiciones que serán medios de la guerra, y quien establece que esas condiciones son medios de la guerra es la política. Esta será la primera respuesta a Clausewitz.

Lo que se pretende discutir con Clausewitz no es sólo que para entender cómo se producen las cosas en la realidad, no basta con el ámbito de lo político, sino que tiene que tener

presente el ámbito de las formas productivas, del proceso productivo mismo. No se puede hablar solamente de política y guerra, sin considerar al proceso productivo general.

Este discurso remite a una aparente discusión entre economía, política y guerra; en realidad ahí se produce un deslizamiento hacia una especie de "analiticidad" del discurso teórico de la burguesía. Intenta tener con Clausewitz un discurso entre burgueses, en el que uno señala al otro que ha olvidado tal factor de la realidad. No se corrige la concepción del otro, sino solamente se le señala que ha soslayado o dejado de lado "lo económico".

Da la apariencia de un discurso teórico marxista que tiene una aparente relación crítica con Clausewitz, pero no trasciende las sugerencias que entre burgueses se dan para tener en cuenta los distintos factores que su concepción del mundo ha establecido.

¿Cuál sería la lectura que intentara distinguir qué ámbitos de la realidad, o, a que conjunto, a qué sector de las relaciones sociales se está refiriendo Clausewitz cuando habla de la política, cuando habla de la guerra, cuando habla de lo económico (ya sea bajo el ropaje del comercio), etcétera? Primero, en el texto de Clausewitz es evidente que de una manera u otra lo económico es reducido al ámbito de las relaciones sociales de cambio. Segundo, el ámbito de lo político está fundamentalmente reducido al ámbito de las relaciones entre ciudadanos, presupone la ciudadanía.

Esto es intelegible si se advierte en Clausewitz la consistencia de una teoría burguesa del mundo. Sólo tiene en cuenta para su reflexión ciertas relaciones sociales, soslayando otras. Una lectura marxista intentaría poner en actividad otras relaciones sociales.

Sin embargo, aquí hay un problema, que parte de la tendencia a soslayar permanentemente una relación social: la relación de lucha, la relación de enfrentamiento; enfatiza una noción como la de clase social, en forma maniquea, separándola de la no-

ción de lucha, o de la noción más aproximativa de enfrentamiento.

Por ejemplo, si se toman los conceptos de Estado, de política, se comienza a entender que es un sistema categorial, ideológico, acerca de la realidad. No se trata de hacer una especie de traducción mecánica: por ejemplo, sustituir la política "burguesa" por la política "revolucionaria", y así sucesivamente. Se trata realmente de que el objeto no es el mismo; el objeto son los enfrentamientos, las luchas reales tal cuál se efectivizan.

En el caso de la noción de Estado, vemos que en algunos de los ejercicios teóricos y sugerencias de Gramsci, y en alguno de los análisis específicos de la lucha concreta que realiza Marx, el uso es realmente diferente. La noción de Estado, a veces es usada como "fortaleza", a veces como un sistema de "trincheras" a lo largo y ancho de la sociedad, a veces hasta como las "ballenas del corsé": las articulaciones de ciertos "bloques históricos". No se trata de la misma noción, sería absurdo afirmarlo. Pero el estímulo inicial, es decir, el desafío burgués ante los problemas de la realidad tiene estas banderillas: Estado, política, guerra, etcétera, en realidad sirve sólo para cierta localización de qué ámbito de los enfrentamientos es al que se hace referencia, pero simultáneamente advierte que estos ámbitos de enfrentamientos están no sólo parcialmente asumidos, sino hasta trastocados en sus conexiones posibles.

Las nociones burguesas tienen una utilidad importante para entender su plan, cuál es su imagen y apreciación del teatro de la guerra, si está viendo todos los elementos que entran en la lucha de clases, o solamente una parte; en este sentido estas nociones no son despreciables pero es un error subsumirse a ellas.

Según la concepción teórica marxista, ¿se niega que exista un ámbito de la guerra, un ámbito de la política? ¿según ella todo es guerra? Si se concibe que "todo es guerra" que

todo es enfrentamiento, encuentro, entonces es cierto, todo es guerra.

Pero, (1) no todos los encuentros son iguales, (2) no todo es sólo encuentro si por encuentro se entiende sólo la confrontación de carácter militar. No toda lucha de clases es confrontación militar, pero siempre es confrontación. La forma en que esas confrontaciones se producen es elemento sustantivo para el mapa de los encuentros.

¿Qué criterio se debe tener para construir este mapa y para distinguir cada una de las confrontaciones? Hay un primer criterio que es permanentemente soslayado, o mal interpretado, y es que la confrontación es entre clases sociales. Este elemento que parecería obvio, no es tan claro. Porque la imagen que se tiene de la confrontación, es la del discurso teórico de la burguesía. Es decir, la confrontación entre individuos -o sea la competencia, la supuesta confrontación "pacífica"- o la confrontación "militar". Esta imagen no es la correcta. Lo cuál no quiere decir que en la sociedad no se asista a encuentros que están orientados por esos modelos, en la realidad mucho de lo que es la lucha de clases está orientada por una estrategia, por una iniciativa, que busca imponer esos términos de confrontaciones. El hecho de que lo busque imponer no quiere decir que objetivamente se produzcan así las confrontaciones, pero sí es cierto -y no hay que olvidarlo- que las formas concretas en que se producen los encuentros en la sociedad, no se dan al margen de ese intento de iniciativa.

Por tanto, (1) Intentar comprender la lucha de clases como un modelo en el que preexiste el carácter de clase de los enfrentamientos, es un error; (2) En este sentido no se puede soslayar el hecho de que la lucha de clases está subordinada, durante ciertos períodos a una iniciativa que busca imponer cierto carácter a la lucha de clases, intentando que ésta no tenga un carácter antagónico.

Es decir, el discurso teórico de la confrontación, como la

competencia o como la confrontación militar, no es el instrumento necesario para leer el desarrollo de la lucha de clases. Pero, simultáneamente mucho de lo que la lucha de clases es, expresa la intención de imponer ese ordenamiento: que la lucha de clases asuma formas de competencia o de confrontación armada militarista. No se trata tampoco de que una parte de la sociedad se enfrente de una manera y otra de otra. En la realidad lo que sucede es la lucha de clases, y la forma específica en que ella se produzca, está determinada en tanto hay una clase que intenta otorgar tal sentido a la confrontación, y hay otra que intenta otorgarle un sentido distinto.

El análisis de la lucha de clases debe tener presente que muchas de sus formas específicas son consecuencia de una determinada iniciativa, y que hay otra iniciativa que intenta negarlo. No se puede especular acerca de cómo se produce la lucha de clases, sólo se puede determinar qué criterios de deben tener presentes para leer el carácter específico en que se establece la lucha de clases.

Los instrumentos elegidos para leer la lucha de clases, están entonces determinados por el alineamiento con la iniciativa que busca negar la iniciativa burguesa en la lucha de clases.

Cuando Lenin hace referencia a la lucha económica, a la lucha teórica y a la lucha política, remite al problema de entre quiénes es el antagonismo. Nada dice del instrumento usado o no en esos antagonismos, dice que la lucha política es una lucha entre el "pueblo" y el "régimen". Que la lucha económica es una lucha entre burguesía y proletariado, y que la lucha teórica es una lucha entre la conducción proletaria y el resto de las conducciones. No está diciendo cuál es el "instrumento".

En general, la lectura de este tema se hace con una concepción burguesa, que busca inadvertidamente los instrumentos o el ámbito de la sociedad al que estaría haciendo referencia; pero una lectura cuidadosa muestra que remite a los ámbitos del antagonismo.

El problema es saber ver la lucha de clases: cuando se ve un hombre luchando contra el régimen, dos personas, un hombre peleando "consigo mismo", debe saberse ver lucha de clases. Lucha política es el enfrentamiento del "pueblo" contra el "régimen", "pueblo" querrá decir tarde o temprano alianza de clases, pero no cualquier alianza, sino una alianza de clases en sentido estratégico. Es decir, la alianza de clases que tiene como consecuencia el enfrentamiento al "régimen", o sea, a otra alianza de la sociedad.

El ámbito de la lucha política será el enfrentamiento entre las clases cuando estas se enfrentan como fuerzas sociales. Puede haber enfrentamientos tremendamente drásticos entre burgueses y proletarios, pero que pueden estar fortaleciendo al régimen, desarrollando al capitalismo. Un enfrentamiento golpea al régimen cuando vulnera la relación no de un capitalista con un obrero, sino las relaciones capitalistas mismas, las relaciones de clase. He ahí donde está el régimen en juego. Ese ámbito, ese enfrentamiento entre el "régimen" y el "pueblo" es el ámbito de la estrategia político-militar de la burguesía pero tiene el presupuesto de la lucha de clases, por tanto aquí "político" no está usado en los términos de una concepción burguesa.

Lo político en una teoría de la lucha de clases, es la referencia al conjunto de relaciones que una clase impone a otra clase, no sólo en el ámbito de la producción, sino en el ámbito total estratégico. En cambio, cuando se hace referencia a lo económico, se refiere sólo a las relaciones capitalistas de producción entre la burguesía y el proletariado, y se deja de lado todo el resto de las relaciones sociales. Al hablar de lucha teórica se hace referencia al enfrentamiento en el seno mismo de los intentos de conducción de todo este proceso.

Las palabras tienden a tener una semejanza formal, pero su significado cambia en uno y otro discurso. Es un largo proceso la constitución de un léxico, un lenguaje, un código, que desplaza al dominante. No se puede decir que ya haya otro lenguaje,

éste se está constituyendo muy laboriosamente.

El ámbito de lo político de la burguesía supone la ciudadanía, supone al individuo despojado de sus relaciones de clase y sólo en sus relaciones de carácter capitalista, en el sentido más pleno de la palabra. Lo político en la concepción burguesa es el individuo retaceado, parcializado. No se trata solamente de que soslaya un ámbito de las relaciones sociales, reduciendo las relaciones; sino que además supone el intento de ruptura de las relaciones de clase. No se trata sólo de un recurso analítico, conceptual de la burguesía, sino que remite a las formas precisas, concretas, de enfrentamiento de la burguesía. Lo político en el texto burgués encubre el enfrentamiento, y remite el enfrentamiento a la teoría de la guerra o a la teoría del delito -que sería el otro extremo-. Entre la teoría de la guerra y la teoría del delito, he ahí la teoría del poder de la burguesía.

Entonces ¿todo es guerra? No, todo es lucha de clases. Enfrentamiento entre fuerzas armadas moral y materialmente. El armamento moral es aquella relación social en que la mediación son los cuerpos, es el poder material que otorgan los cuerpos dadas ciertas relaciones sociales.

Un movimiento social de carácter revolucionario cuando logra articular una política consistente con su interés de clase multiplica su poder, usa toda la fuerza, todos los cuerpos tal y como son. Cuando esto no es así los cuerpos entran parcialmente, y/o "cuerpos negativos" aún domesticados en la tradición burguesa entran a formar parte de la fuerza convirtiéndose en lastres. A veces la conducción de la fuerza no tiene una clara conciencia de la fuerza real que tiene, desconoce el poder que ha acumulado, la experiencia y la vida acumulada en los cuerpos. Los proyectos en que el conjunto de la conducción de la fuerza intenta imponer una política de construcción del centralismo democrático supone el reflejo de cierta alianza de clases. En el primer caso nos encontramos en presencia del proceso de cons-

titución y desarrollo del centralismo democrático, reflejo de una alianza de clases específica, en oposición al centralismo orgánico, burocrático. Este problema está vinculado a las formas orgánicas del poder; cuenta con poca reflexión además de estar permeado por formalismos de tipo organizativo, o burocráticos, así como por democratismos abstractos o centralismos aberrantes.

La concepción del Estado de la burguesía atraviesa por una profunda crisis, de redefinición histórica de esta concepción, y emergencia de la búsqueda de una hegemonía del capital financiero. Cada vez más el Estado expresa en forma explícita el carácter de una situación de guerra. Esto es tremendamente original. No era así antes. El Estado expresa cada vez más la guerra. Por primera vez, es posible visualizar donde está la estrategia de la hegemonía del capital financiero. El eje estratégico de la hegemonía del capital financiero es otorgarle al Estado un carácter muy original: el Estado es la situación de guerra: ella se hace estatal. se hace y se expresa como "CONSTITUCION" del Estado-Nación.

CICSO
www.cicso.org

El orden de las cosas y el orden de los cuerpos

La conclusión inicial a la que se puede llegar es que el carácter de fuerza material que tienen las armas morales, está dada por la presencia del cuerpo. Hay una necesaria referencia al particular disciplinamiento y/o uso de los cuerpos que ejecuta la burguesía en la construcción de sus fuerzas armadas. Este tema está vinculado al intento por desmitificar el carácter fetichista de las armas materiales en los análisis de los procesos político-sociales.

¿Por qué se puede afirmar que el uso del carácter material de los cuerpos puede tener una alternativa más racional y radical desde una concepción proletaria que desde una concepción burguesa? ¿Por qué el campo proletario puede establecer una relación con el cuerpo que no puede establecer la burguesía? ¿Por qué de los cuerpos, puede lograr un poder material superior del que la burguesía podría hipotéticamente lograr? Partiremos de esta pregunta.

El mejor disciplinamiento, la mejor teorización burguesa sobre el uso de los cuerpos, nunca tendría la posibilidad de superar el carácter de fuerza material que esos cuerpos pueden otorgar a una fuerza de carácter proletario.

El cuerpo, en cualquier sociedad o situación histórica es uno de los elementos que realiza y constituye mediaciones en las relaciones sociales. Si tuviéramos que distinguir las relaciones sociales, en principio distinguiríamos aquéllas relaciones entre individuos a través de sus cuerpos, y aquellas relaciones entre individuos en donde el cuerpo humano no es mediación de la relación social, sino que esa mediación es ocupada por las cosas.

El capitalismo ha tenido la capacidad histórica de unificar en apariencia a los cuerpos y a las cosas, mediante su cons-

titución como mercancías. La imagen y la realidad que la burguesía otorga a los cuerpos no escapa a su sistema total de consideración ubicándolos en su carácter de fuerza de trabajo. Para la burguesía la realidad se divide entre las mercancías y el resto de la realidad, este resto queda para ella de lado, y sólo lo tiene en cuenta la realidad en tanto está constituida por mercancías.

Pero el cuerpo humano, considerado como mercancía, no es tomado en su totalidad concreta, se lo ve a partir de cierta parcialidad y el resto del cuerpo no es considerado.

Sin embargo, la burguesía no sólo ha incorporado al cuerpo humano en tanto fuerza de trabajo, sino que ha ido incorporando distintos atributos y relaciones del cuerpo, pero según las leyes de la producción mercantil, en el campo de la reflexión, del conocimiento, en el campo del poder de la propia burguesía. De esta manera comienza a hacerse más comprensible la literatura de Deleuze y de Foucault.

La imagen que utiliza Foucault en Vigilar y Castigar acerca del proceso de humanización, y como este proceso de humanización en los castigos, en la vigilancia en el disciplinamiento, es una forma en que -esto Foucault no lo dice textualmente pero da los elementos para afirmarlo- el ámbito tanto de la subjetividad como de la exterioridad corporal, es incorporado en la medida en que se incorpora al proceso mismo de producción general del capitalismo, a la reproducción de sus relaciones sociales.

En el ejercicio de Foucault se muestra como, esta imagen de la subjetividad, del ámbito de lo psicológico, de lo espiritual, ha sido incorporado de acuerdo a las leyes y la estrategia del poder de la burguesía.

Es decir, la burguesía incorpora los atributos y las relaciones del cuerpo, en tanto logra mercantilizar esta incorporación, dejando de lado los aspectos, atributos o relaciones, no mercantilizados.

Lo que se quiere hacer notar es que la incorporación de los cuerpos por la burguesía no se reduce a su carácter de fuerza de trabajo. Hay toda otra larga incorporación que es el status teórico, reflexivo, de conocimiento y de poder, con que la burguesía va incorporando otros atributos y otras relaciones en que entran los cuerpos. Un ejemplo típico, es como en gran medida las ciencias sociales, son el producto de un notable esfuerzo del capitalismo por incorporar un conocimiento o un saber-poder de los cuerpos, en términos de su estrategia de poder, de su estrategia objetiva como capitalismo. Entre la teoría de la guerra de Clausewitz y la tecnología de la contrainsurgencia, está todo el carácter de la guerra psicológica, es la manera burguesa de ir incorporando los otros aspectos y/o atributos de los cuerpos, de las fuerzas sociales, pero sin abandonar el territorio de una reflexión burguesa.

Pero el conocimiento que la burguesía tiene de los cuerpos es contradictorio, confuso, disperso, inconsistente. No es sumable ni geométrica ni algebraicamente para obtener un conjunto coherente. www.cicso.org

La imagen que la burguesía tiene del cuerpo ha ido cambiando históricamente, con el desarrollo del capitalismo; cambia de acuerdo a que fracción de capital es la dominante en el período y en que proceso de construcción de una hegemonía de un sector del capital se está.

Sin embargo, no hay que desvalorizar los avances en el campo del conocimiento de las clases dominantes, en tanto este conocimiento ha permitido ampliar su dominio y/o el ámbito de su poder. Puede ser un conocimiento cuya teoría es falsa, pero cuya capacidad de manipulación práctica, empírica, en absoluto puede ser reducida a una falsedad. Por tanto, se deben entender las leyes de constitución de ese conocimiento respecto al ámbito de lo corporal, y cómo estas leyes de constitución han seguido una estrategia de dos caras: la del saber y la del poder; ninguna de ellas es despreciable. Se deben conocer las leyes

de la estrategia de poder-saber de la burguesía en cada uno de sus estadios.

Hay una imágen que construye Marx que es de gran utilidad: la referencia que hace en las Tesis sobre Feuerbach, respecto a que un individuo es el conjunto total de sus relaciones sociales¹.

Esta es una imágen que tiene un status teórico metodológico del más importante nivel, que da notables sugerencias para producir una ruptura con la concepción burguesa de los cuerpos.

Se podría formular esa proposición de esta manera: un cuerpo expresa el conjunto total de las relaciones sociales, del cuál ese cuerpo es mediación. Con ello no se corrige la proposición de Marx, sino que se intenta aplicarla al status teórico concreto que ocupa el cuerpo en la realidad. Los cuerpos se comportarían, entonces, en función de ser la mediación en un conjunto de relaciones sociales.

Si los cuerpos son los que otorgan la magnitud de fuerza material a las armas morales, esto estaría dando una serie de sugerencias sobre cuál es la diferencia entre el campo proletario y el campo de la burguesía en la relación con los cuerpos. (No se habla de las clases, de los individuos, sino de los cuerpos para enfatizar, cuando se dice "cuerpos" se está refiriendo a un conjunto específico de relaciones sociales):

Esta situación de los cuerpos hace comprensible el porqué de los genocidios, ¿Por qué el genocidio tiene una relación de necesidad con las clases dominantes? El genocidio destruye la existencia de "cuerpos", como "única alternativa" de destruir

¹La cita dice textualmente: "6) Feuerbach diluye la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales".
C. Marx, "Tesis sobre Feuerbach" en C. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, T. I., Ed. Progreso, Moscú, 1976, pag. 9.

ciertos conjuntos de relaciones sociales. Para lograr destruir estos conjuntos de relaciones sociales es necesario el uso de "grandes maquinarias sociales" que produzcan procesos de clasificación tremendamente sofisticados, de allí que hayan aparecido tantas categorías "nuevas" como el secuestro, la desaparición, etcétera; que no son nada más que los distintos momentos de un enorme esfuerzo clasificatorio de las clases dominantes para producir el entorno específico, puntual, nuclear, de los genocidios. El genocidio no es ni azaroso, ni errático, ni irracional; tiene una racionalidad, tiene una necesidad.

Si el cuerpo es asumido en su desplazamiento espacio temporal, como el indicador más nítido que podemos llegar a tener del desplazamiento espacio temporal de ciertos conjuntos de relaciones sociales, esto ayuda a otorgar una jerarquía metodológica a los cuerpos en los análisis de la lucha de clases. Los cuerpos ahora, no son sólo vistos trivialmente, con cierto reduccionismo involuntario, no son sólo la referencia a ser "trabajador", "profesor", "campesino", etcétera.

Ya se había visto que los "estados" del cuerpo daban información sobre el carácter de los enfrentamientos: muertos, heridos, prisioneros, indicaban la magnitud del enfrentamiento. Pero el cuerpo es información de mucho más. Llegar a conocer la especificidad social que expresan ciertos cuerpos, tiene gran importancia porque está dando información acerca de procesos sociales más amplios de los cuáles esos cuerpos son sólo momentos de expresión.

Si el sistema categorial político no se amplía, si se mantiene dentro de los estándares, no permitirá observar una serie de situaciones que ayudarían a visualizar ciertos enfrentamientos que se están produciendo.

Hay ciertas relaciones sociales que están siendo vulneradas, cuestionadas, que se están rompiendo, como consecuencia del dominio, de la hegemonía, de la dirección de una política burguesa. Y esto sucede porque el proceso de formación de po-

der es algo que la burguesía reproduce todos los días. Es decir, cotidianamente la clase dominante debe afianzar ciertas relaciones sociales y debe negar otras. Esto no ha sido visualizado porque se cuenta con un cuerpo teórico pobre, cuando no distorsionado acerca de estos procesos que impide observar el movimiento mismo de las clases dominantes, cuáles son las relaciones que va vulnerando y cuáles las que afianza.

Se tienen ya algunas herramientas. Se sabe que uno de los más grandes mecanismos y/o procesos es el de la ciudadanía, es decir, el proceso mediante el cual la clase dominante produce ciudadanos y produce soldados-ciudadanos. Pero todavía no se ha llegado a definir que este proceso de la construcción de soldados-ciudadanos, descansa sobre la ruptura de otras relaciones sociales. Y se sabe menos aún sobre cómo este proceso de la formación de soldados-ciudadanos produce una violencia permanente sobre la estructura corporal misma.

El proceso de valoración que se hace de las fuerzas populares muchas veces está subordinado a una conciencia burguesa de esas fuerzas; no es común que haya confianza en las masas, en el pueblo.

Cómo hacer consistente la confianza en las masas, con la imagen que afirma: "las masas libradas a su espontaneidad en la lucha de clases no logran constituir un proceso revolucionario", Cuando Lenin en sus trabajos, refiere a la espontaneidad, remite a una conciencia embrionaria que asumen las masas en el proceso de la lucha de clases; Conciencia embrionaria que, para él, si bien implica un punto de ruptura, es una ruptura que aún se mueve en el campo de una conciencia burguesa. No está despreciando el carácter que asumen las luchas espontáneas, por eso las llama conciencia embrionaria del enfrentamiento; pero, inmediatamente alerta sobre que quedarse en ese momento es mantenerse inadvertidamente en el cuerpo teórico que había construido esa conciencia embrionaria, y ese cuerpo teórico realmente, obedece al campo de la burguesía.

La conciencia embrionaria, por tanto, ha sido construída por la burguesía, las masas lo que demuestran en su enfrentamiento, es una de las tantas formas de contradicción que esa conciencia teórica de la burguesía tiene de la realidad, y que se expresa en que masas, construídas por la burguesía en su moral y en su conciencia histórica, se rebelan ante situaciones también construídas por la burguesía.

La lucha espontánea, lo que marca en realidad, son las formas de contradicción de la dominación burguesa, pero aún en el territorio de su dominio.

La realidad de esas luchas, expresa que la burguesía está rompiendo ciertas relaciones sociales, e intentando imponer otras relaciones sociales. El indicador de las luchas espontáneas advierte que las masas reaccionan ante la ruptura de cierta relación social, aunque teorícen burguesamente esta reacción, o aunque sean incapaces de mantener y dar continuidad a esas luchas.

Ante las formas espontáneas o semiespontáneas de ciertas luchas sociales, se debe investigar para entender qué relaciones sociales están siendo violentadas, porque se presupone siempre, y no se conoce cuáles son en realidad las relaciones sociales que están siendo vulneradas, en función de las cuáles se produce este movimiento de carácter espontáneo o semiespontáneo. (Se entiende por movimiento espontáneo o semiespontáneo aquéllos procesos de lucha social que se definen por no contar con la presencia de una conducción política; con una conducción política de carácter antagónico; pero en los que se pueden establecer ciertos encadenamientos de procesos sociales).

Al releer la literatura de las distintas luchas populares, de masas, que ha habido, encontramos innumerables ejemplos en donde la fuerza material de las grandes luchas históricas de masas, en más de una oportunidad, ha estado reducida fundamentalmente a la presencia y acción corporal de esos seres. Baste

pensar lo que fue la Marcha de Sal en India, conducida por Gandhi, en que bastó el desplazamiento sólo de una persona a través de India, hacia la fuente de sal, para que miles y millones de personas produjeran un desplazamiento, y esto bastó para producir hechos catastróficos en la política colonial inglesa. Es la imagen de la desobediencia civil, muy acuñada por la civilización burguesa, pero que tiene bastante proximidad y articulación con el campo proletario. Una desobediencia es en realidad, una referencia al incumplimiento de cierta relación social, desplazándola por el establecimiento de otra relación social. Es obvio que allí la fuerza material está dada sólo por los cuerpos.

¿Cómo es que se produce este factor desencadenante? Porque hay una lectura histórica que hace un movimiento político, un movimiento revolucionario. Aquí hay tres cuestiones distintas:

- 1) Una relación social que impone la burguesía que debe establecerse, en la cuál el cuerpo es una mediación. La burguesía usa la fuerza material para imponer esta relación social, o algún tipo de manipulación de otro carácter.
- 2) Una relación social que se rompe.
- 3) Una tercera cuestión es cuando un movimiento proletario establece una relación social y esto es un factor desencadenante. Este último elemento pasa permanentemente desapercibido en la teorización, se lo teoriza de diversas formas, pero no hay un avance riguroso con respecto a él.

¿Cuántas lecturas, cuanta reflexión se podría hacer de una sociedad, que alertara, que sugiriera ciertos hechos que tienen una consecuencia desencadenante, en que fuera posible para miles y miles de hombres, establecer a partir de ese hecho una peculiar relación social? Este es el territorio fundamental de la llamada política de masas.

Es obvio que política de masas sólo puede existir allí donde se crean situaciones de masas. Situaciones de masas im-

plica una simultaneidad espacio-tiempo; cierta como punto de llegada, pero no como punto de partida.

Para analizar los procesos sociales es necesario: distinguir política de masas, de creación de situaciones de masas, de la implementación de políticas para situaciones de masas.

Si bien es cierto que una situación de masas no necesariamente pasa por la simultaneidad espacio-tiempo, hay un momento en que puede llegar a pasar por esa simultaneidad, pero no está determinada por una concepción espacio-temporal unificada.

Se debe entender que la raíz, lo intrínseco, lo esencial en una situación de masas es la noción de relación social, que supone al cuerpo como mediación de esta relación social, y determinada postura, determinados desplazamientos de esos cuerpos en términos espacio-temporales.

Las relaciones sociales se alteran porque previamente se altera el orden de las cosas y no al revés.

Si para alterar un sistema de relaciones sociales debe alterarse el orden de las cosas, y esto se convierte en un factor detonante, lo que se está planteando hace a la noción del fetichismo de la mercancía.

Cuando se habla de relaciones sociales, hay una referencia inmediata a relaciones entre personas, involuntariamente se soslaya que las relaciones entre personas se dan a través de cosas, y se soslaya también que el orden peculiar que tienen las cosas entre sí, es un orden que refleja las relaciones sociales. Las cosas se jerarquizan, ordenan, trasladan, por los cuerpos de las personas, en función de determinadas relaciones sociales; no se mueven solas, como diría Marx.

Por tanto, para que se produzcan ciertas rupturas, ciertas "violencias" en las relaciones sociales, basta con que se altere el orden de las cosas.

Recapitulando, lo que se intentaría enfatizar, es que la reflexión y la percepción deben estar orientadas a tener en cuenta en forma sistemática el orden de las cosas y el orden

de los cuerpos. Estos dos ordenes son indicadores, consecuencia, de la existencia de determinado tipo de relaciones sociales. Si se vulnera una relación social, no necesariamente esto pasa por vulnerar los cuerpos, puede pasar también por comenzar a vulnerar el orden de las cosas. Pero además, vulnerar el orden de las cosas, sin que necesariamente se destruyan las cosas, significa la alteración del orden de los cuerpos, establecer nuevos ordenamientos, nuevas relaciones sociales. En la medida en que se vulnera el orden de las cosas la contrapartida es un ordenamiento nuevo de los cuerpos.

CICSO

www.cicso.org

El encuentro en general *

El encuentro es la única actividad realmente bélica y todo lo demás está supeditado a ella; en consecuencia, observemos con atención su naturaleza.

El encuentro es combate y en este aspecto su objetivo es el de la destrucción o sometimiento del oponente; el oponente en un encuentro particular es, sin embargo, la fuerza militar que se nos opone.

Esta es la concepción simple y volveremos sobre ella, pero antes de hacerlo debemos tomar en cuenta otra serie de concepciones.

Si concebimos al estado y a sus fuerzas militares como una unidad, la idea más lógica será entonces la de pensar también en la guerra como si se tratara de un gran encuentro aislado y, en efecto, en las condiciones simples de los pueblos salvajes, no hay en verdad mucha diferencia. Pero nuestras guerras están constituidas por cierto número de encuentros simultáneos y consecutivos, grandes o pequeños, y la separación de la actividad en tantas acciones aisladas se debe a la gran diversidad de circunstancias determinantes de las guerras.

A decir verdad, el objetivo final de nuestras guerras, el objetivo político, no siempre es un objetivo sencillo; y aún si lo fuera, la acción seguiría vinculándose a tal número de condiciones y consideraciones que ya no sería posible obtener el objetivo mediante una gran acción única, sino gracias a cierto número de acciones grandes y pequeñas, unidas en un todo. Cada una de esas actividades separadas forma en consecuencia parte del todo y tiene por ende un objetivo especial que hace de lazo de unión con el todo.

Ya hemos dicho que cada acción estratégica puede reducirse a la idea de un encuentro, debido a que se trata del empleo de fuerzas militares, en cuya base reside siempre la idea del encuentro. Podemos reducir por ello toda actividad militar perteneciente a la estrategia a la unidad formada por encuentros aislados, y ocuparnos solamente del objetivo de esos encuentros. Al hablar de las causas que los producen, nos familiarizaremos sólo por grados con sus objetivos especiales. Nos limitaremos aquí a decir que cada encuentro, grande o pequeño, tiene su objetivo especial propio, que está subordinado al todo. Si tal fuera el caso, la destrucción y sometimiento del enemigo deberán ser considerados como el medio de alcanzar ese

* Reproducido de "De la guerra", Karl Von Clausewitz, Cap. III, IV y V, Ed. Mar Océano, Buenos Aires, 1960

objetivo, como lo es incuestionablemente.

Pero este resultado es verdadero sólo en la forma, y únicamente tiene importancia por la conexión que las ideas tienen entre sí; ha sido precisamente para librarnos de ello que lo hemos dicho.

¿Qué significa vencer al enemigo? Invariablemente, no significa otra cosa que la destrucción de sus fuerzas militares, ya sea dándoles muerte o hiriéndolas o por otros medios, ya sea en forma completa o en tal medida que ya no quieran continuar el combate. De ese modo, en tanto dejemos a un lado todos los objetivos especiales del encuentro, deberemos tener en vista la destrucción total o parcial del enemigo, como objetivo único de todos los encuentros.

Sostenemos ahora que en la mayoría de los casos, y especialmente en los grandes encuentros, el objetivo especial por el que se individualiza y relaciona al encuentro con el todo, es solamente una modificación insignificante de ese objetivo general. O se trata de un objetivo secundario vinculado a aquél, bastante importante como para individualizar al encuentro, pero siempre insignificante en comparación con el objetivo general: de modo que si sólo se lograra el objetivo secundario, apenas se habría cumplido una parte de su propósito, que carece de importancia. Si esta conclusión es correcta, vemos entonces que la idea, según la cual la destrucción de las fuerzas del enemigo es sólo el medio y el objetivo siempre otra cosa, tiene sólo validez formal y conduciría a conclusiones falsas si no recapacitáramos y recordáramos que esa destrucción de las fuerzas del enemigo está también comprendida en aquel objetivo y que este objetivo no es sino débil modificación de la misma.

El hecho de que esto fuera olvidado, condujo a puntos de vista completamente equivocados, en las guerras del período pasado y creó tendencias, al igual que fragmentos de sistemas, por los que la teoría, cuanto más se creía por encima de la habilidad, tanto menos se suponía necesitada de su instrumento apropiado, esto es, la destrucción de las fuerzas del enemigo.

Esto no habría ocurrido, por supuesto, si ese sistema no hubiera tenido como base otras suposiciones falsas, y a menos que en lugar de la destrucción de las fuerzas del enemigo se hubieran colocado otras cosas a las que se asignó cierta eficacia, que en derecho no les correspondía.

Nos opondremos a esas cosas toda vez que el tema nos brinde la ocasión, pero no podremos ocuparnos del encuentro sin insistir en la importancia real y en el valor que le son propios y sin llamar la atención sobre los errores a que puede conducir una verdad simplemente formal.

¿Pero, cómo probar que en la mayoría de los casos y en los de mayor importancia, la cosa fundamental es la destrucción de las fuerzas militares del enemigo? ¿Cómo hacer frente a esa idea extremadamente sutil, que concibe que sea posible, por medio de métodos particularmente ingeniosos, lograr

una destrucción indirecta mucho mayor, mediante la pequeña destrucción directa de las fuerzas del enemigo, o que mediante golpes pequeños pero hábilmente dirigidos, sea posible producir tal parálisis de las fuerzas del enemigo, tal quebrantamiento de la voluntad del adversario, que esta manera de proceder deba considerarse como un modo de acortar el camino en gran medida? Indudablemente que un encuentro puede tener mucho más valor en un lugar que en otro. Indudablemente existe también una disposición hábil de los encuentros en la estrategia, que de hecho no es otra cosa que el arte de esa disposición. No nos proponemos negar esto, pero sostenemos que la destrucción directa de las fuerzas del enemigo es en cualquier parte la cosa predominante; y aquí no afirmamos nada que no sea la importancia predominante de este principio de destrucción.

Debemos recordar, no obstante, que lo que nos interesa ahora es la estrategia, no la táctica y que, en consecuencia, no hablamos de los medios que pueda tener la primera para la destrucción, a poco costo, de una gran parte de las fuerzas del enemigo. Si hablamos de destrucción directa, queremos significar buen éxito táctico y, en consecuencia, nuestra afirmación es que solamente grandes éxitos tácticos pueden conducirnos a grandes éxitos estratégicos o, como ya lo expresamos antes en forma más precisa, los éxitos tácticos son de importancia fundamental en la conducción de la guerra.

La prueba de esta afirmación nos parece bastante simple; reside en el tiempo que requiere toda combinación complicada (hábil). La cuestión de si producirá mayores efectos un ataque sencillo o uno más hábil y complicado puede decidirse indudablemente en favor del último, siempre que supongamos que el enemigo tome una actitud más bien pasiva. Pero todo ataque complicado exige más tiempo y este tiempo debe concedérsele sin que, mientras realiza los preparativos para ejecutarlo, el conjunto se vea perturbado por contraataques en alguna de sus partes. Pero si el enemigo elige un ataque más simple, que pueda realizarse en corto tiempo, nos tomará la delantera y alterará la realización del plan importante. Por lo tanto, al considerar el valor de un ataque complicado, debemos tener en cuenta todos los peligros que corremos durante su preparación y sólo podremos adoptarlo si no hay razones para temer que el enemigo nos moleste con un ataque más corto. Siempre que éste sea el caso, debemos elegir el ataque más breve y acortarlo aún más en la medida en que lo haga necesario el carácter y las condiciones del enemigo y otras circunstancias. Si abandonamos las impresiones débiles de conceptos abstractos y descendemos al dominio de la vida práctica, veremos que un enemigo decidido, audaz y valiente no nos dará tiempo para combinaciones complicadas de mucho alcance, y es precisamente contra un enemigo como ése con el que necesitaremos más habilidad. Esto muestra en forma clara la superioridad de los éxitos simples y directos sobre los complicados.

No opinamos, sin embargo, que el ataque simple es el mejor, sino que no tenemos que proponernos algo que esté más allá de nuestra esfera de acción y que este principio nos conducirá cada vez más al combate directo, cuanto más belicoso sea nuestro oponente. En consecuencia, lejos de querer aventajar al enemigo haciendo planes más complicados, debemos más bien tratar siempre de tomarle la delantera, haciéndolos más simples.

Si buscamos las piedras fundamentales de estos principios opuestos, encontraremos la sagacidad en un caso y el valor en el otro. No obstante, hay algo atrayente en la idea de que un grado moderado de valor unido a una gran sagacidad producirá efectos mayores que la sagacidad moderada unida a una gran valentía. Pero a menos que concibamos a estos elementos en desproporción ilógica, no tendremos derecho a atribuir a la sagacidad esta ventaja sobre el valor, en un campo cuyo nombre es sinónimo de peligro y que debe ser considerado como el dominio verdadero del valor.

Después de esta investigación abstracta sólo añadiremos que la experiencia, lejos de conducirnos a conclusiones diferentes, es más bien la única causa que nos ha empujado en esta dirección y ha dado origen a esas investigaciones.

Quienquiera lea la historia libre de prejuicios, no dejará de llegar a la convicción de que de todas las virtudes militares, la energía en la conducción de la guerra es la que más ha contribuido siempre a la gloria y el buen éxito de las armas.

Mostraremos más adelante cómo realizaremos nuestro principio fundamental de considerar la destrucción de la fuerza del enemigo como el objetivo principal, no sólo en la guerra en su conjunto sino también en cada encuentro aislado, y cómo adaptaremos ese principio a las formas y condiciones exigidas por las circunstancias determinantes de la guerra. Por ahora, lo único que deseamos es afirmar su importancia general, y obtenido este resultado, volvemos nuevamente al encuentro.

El encuentro en general (continuación)

En el último capítulo insistimos en que la destrucción del enemigo era el objetivo del encuentro, y tratamos de probar, gracias a una investigación especial, que esto es válido en la mayoría de los casos y con relación a grandes encuentros, porque la destrucción de las fuerzas del enemigo es siempre el objetivo predominante en la guerra. Describiremos de manera general en el próximo capítulo los otros objetivos que pueden estar mezclados con la destrucción de las fuerzas enemigas y que pueden tener más o menos influencia, y en forma gradual llegaremos a familiarizarnos mejor con los mismos. Pero aquí separaremos por completo al encuentro de esos otros objetivos y considera-

remos la destrucción de las fuerzas del enemigo como objetivo suficiente del encuentro aislado.

¿Qué entendemos por destrucción de la fuerza del enemigo? Una disminución de la misma relativamente mayor que la de nuestra fuerza. Si poseemos gran superioridad numérica sobre el enemigo, es natural entonces que el mismo monto absoluto de pérdidas en ambos bandos será menor para nosotros que para el enemigo, y en consecuencia, puede ser considerado en sí mismo como una ventaja. Puesto que estamos considerando aquí al encuentro despojado de todo objetivo, debemos excluir también de nuestra consideración el caso en que el encuentro sea usado sólo indirectamente para obtener una destrucción mayor de la fuerza del enemigo. Por lo tanto, sólo deberá considerarse como objetivo la ganancia directa que hayamos obtenido en el proceso mutuo de destrucción, porque ésta es una ganancia absoluta que se mantiene a través de todos los cálculos de la campaña y que al final siempre resulta ganancia pura. Toda otra clase de victoria sobre nuestro adversario o bien tendría su razón en otros objetivos, que hemos excluido aquí por completo, o sólo produciría una ventaja relativamente temporaria. Aclaremos esto con un ejemplo.

Si mediante una posición hábil, hemos colocado a nuestro adversario en posición tan desventajosa que no pueda continuar el encuentro sin peligro y retrocede, después de ofrecer cierta resistencia, podremos decir que lo hemos vencido en ese punto; pero si al vencerlo en esa forma hemos perdido tantas fuerzas como el enemigo, al cerrar entonces el balance de la campaña no habrá quedado nada de esta victoria, si es que a ese resultado puede llamársele victoria. Por lo tanto, al vencer al enemigo, o sea, colocarlo en tal posición que deba abandonar el encuentro, no representa nada en sí mismo, y por esta razón no puede corresponder a la definición del objetivo. Como hemos dicho no queda, en consecuencia, nada más que la ganancia directa que hemos obtenido en el proceso de destrucción. Pero a esto corresponden no sólo las pérdidas que se hayan producido durante el curso del encuentro, sino también aquellas que se producen como consecuencia directa del mismo, después de la retirada del bando vencido.

Pero la experiencia nos enseña que las pérdidas de fuerzas físicas en el curso de un encuentro rara vez muestran gran diferencia entre vencedor y vencido, y a menudo no presentan ninguna, y que las pérdidas más decisivas, en el bando vencido, comienzan sólo con la retirada, es decir, cuando no son compartidas por el vencedor. Remanentes débiles de batallones que se encontraban ya desorganizados son destrozados por la caballería, hombres exhaustos quedan sobre el terreno, se abandonan fusiles inutilizados y furgones deshechos, otros no pueden transportarse con suficiente rapidez por caminos en malas condiciones y son capturados por la caballería enemiga, mientras que durante la noche, grupos aislados se pierden y caen indefensos en manos del enemigo. De este modo, la victoria por lo

general logra mayor enjundia sólo después de estar ya decidida. Esto sería una paradoja, si no fuera explicado en la forma siguiente.

La pérdida de fuerzas materiales no es la única que sufren ambos bandos en el curso del encuentro; también las fuerzas morales quedan quebrantadas, debilitadas y destruidas. Cuando se plantea la cuestión de si puede continuarse o no el encuentro, no sólo es necesario considerar la pérdida en hombres, caballos y armas, sino en orden, valor, confianza, plan y cohesión. Las fuerzas morales son principalmente las que aquí deciden, y en todos aquellos casos en que las pérdidas del vencedor sean tan serias como las del vencido, serán las fuerzas morales las únicas que decidan.

La relación comparativa de las pérdidas materiales es difícil de calcular en cualquier caso en el curso del encuentro, pero no así la relación de las pérdidas morales. Dos cosas la ponen principalmente de manifiesto. Una es la pérdida del terreno en el que ha tenido lugar el encuentro; la otra es la superioridad de las reservas del enemigo. Cuanto más disminuyen nuestras reservas en comparación con las del enemigo, tantas más fuerzas tendremos que usar para mantener el equilibrio; sólo esto proporciona evidencia notable de la superioridad moral del enemigo, la que rara vez deja de provocar en el alma del general en jefe cierta amargura y desprecio por sus propias tropas. Pero la cuestión principal es que las tropas que han estado luchando durante un largo período son como cenizas apagadas; sus pertrechos están destrozados; en cierta medida se han consumido; su fortaleza física y moral está exhausta y quizá su valor esté quebrantado. Esa fuerza, considerada como un todo orgánico, prescindiendo de su disminución numérica, está lejos de ser lo que era antes del encuentro; y, de este modo, la pérdida en fuerza moral se evidencia por la medida de las reservas que se han gastado, como si se la midiera con una regla.

En consecuencia, la pérdida de territorio y la falta de reservas frescas, son por lo general, las causas principales que determinan la retirada; pero al mismo tiempo, en forma alguna queremos excluir o subestimar otras razones, que pueden residir en la relación de las partes, en el plan del conjunto, etc.

Todo encuentro es, por lo tanto, la medición sangrienta y destructiva de la fortaleza de las fuerzas físicas y morales; aquél que posea al final la suma más grande de ambas fuerzas, será el vencedor.

En el encuentro, la pérdida, de fuerza moral fué la causa principal de la decisión; después de la decisión, esta pérdida continúa aumentando hasta que alcanza su punto culminante al final de toda la acción; se convierte, por lo tanto, en el medio de obtener esa ganancia en la destrucción de las fuerzas físicas, que constituía el objetivo real del encuentro. La pérdida de todo orden y unidad hace que a menudo hasta la resis-

tencia de las unidades individuales les sea fatal. El valor del conjunto ha sido quebrado; desaparece la tensión original de la pérdida y la ganancia, en la cual se olvidaba el peligro, y para la mayoría el peligro no aparece ya más como un llamado a su valentía sino más bien como la continuación de un castigo cruel. De este modo, en el primer momento de la victoria del enemigo se debilita y entorpece el instrumento y, en consecuencia, no es ya capaz de pagar con la misma moneda un peligro por otro.

El vencedor debe emplear este tiempo en obtener su ganancia real en la destrucción de las fuerzas físicas del enemigo; sólo estará seguro de lo que obtenga a este respecto; las fuerzas morales del adversario se reponen en forma gradual, se restablece el orden, revive el valor y en la mayoría de los casos sólo queda una parte muy pequeña de la superioridad obtenida, y a menudo no queda ninguna. En algunos casos, aunque raros, el espíritu de venganza y de hostilidad recrudescida pueden producir resultados opuestos. Por otra parte, todo lo que se gane en muertos, heridos, prisioneros y armas capturadas nunca se deja de tener en cuenta.

Las pérdidas en la batalla consisten principalmente en muertos y heridos; y después de la batalla en armas abandonadas y en prisioneros. El vencedor comparte con el vencido las primeras pérdidas, pero no las segundas, y por esta razón se producen por lo general sólo en uno de los bandos en lucha o por lo menos están considerablemente en exceso en este bando.

Las armas y los prisioneros fueron considerados siempre, por lo tanto, como los verdaderos trofeos de la victoria y al mismo tiempo como su medida, porque gracias a estas cosas se pone de manifiesto su alcance fuera de toda duda. Hasta el grado de superioridad moral se juzga por ellos mejor que por cualquier otra circunstancia, especialmente si se los compara con el número de muertos y heridos, y por este medio los efectos morales se elevan a un poder superior.

Hemos dicho que las fuerzas morales destruidas en el encuentro y en sus consecuencias inmediatas se reponen en forma gradual y a menudo no muestran vestigios de esa destrucción; éste es el caso con divisiones pequeñas del conjunto, pero se encuentra con menos frecuencia en divisiones grandes. Sin embargo, puede darse este caso en el ejército con divisiones grandes, pero rara vez o nunca se produce en el estado o el gobierno al que pertenece el ejército. Aquí la situación se calcula en forma más imparcial y desde un punto de vista más elevado. El alcance de su propia debilidad e ineficacia se reconoce con mucha facilidad en el número de trofeos tomados por el enemigo y en su relación con el número de muertos y heridos.

En resumen, el balance perdido de las fuerzas morales no debe ser tratado ligeramente porque no tenga valor absoluto y porque no aparezca necesariamente en la suma total de los éxitos; puede llegar a tener peso tan excesivo que derribará todo

con fuerza irresistible. En este sentido puede convertirse a menudo en uno de los grandes propósitos de la acción. Nos referiremos a esto en otra parte; aquí debemos examinar detenidamente sus relaciones fundamentales.

El efecto moral de la victoria aumenta, no simplemente en proporción a la medida de las fuerzas que intervienen en la lucha, sino en razón progresiva, es decir, no sólo en extensión sino también en fuerza intensiva. El orden puede ser restablecido con facilidad en una división vencida. Así como el miembro congelado es calentado fácilmente por el resto del cuerpo, del mismo modo el valor de la división derrotada surgirá de nuevo con facilidad, gracias al valor del ejército, tan pronto como se reúna con el mismo. Por lo tanto, si los efectos de una pequeña victoria no desaparecen por completo, se pierden en parte, sin embargo, para el enemigo. Este no es el caso si el ejército propiamente dicho ha sufrido una gran derrota; todas las partes entonces se desmoronan juntas. Un fuego grande produce un grado de calor bastante diferente del producido por varios fuegos pequeños.

Otra relación que habrá de determinar el valor moral de la victoria es la relación numérica de las fuerzas que han estado en conflicto entre sí. Derrotar a muchas fuerzas mediante pocas fuerzas no sólo es una ganancia doble sino que muestra también una superioridad mayor y en especial más general, que el vencido siempre debe temer encontrar de nuevo. No obstante, esta influencia, en realidad, es apenas perceptible en ese caso. En el momento de la acción las ideas que se tienen sobre la fuerza real del enemigo son por lo general tan inciertas, el cálculo de las nuestras es usualmente tan incorrecto, que el bando que posee superioridad numérica o bien no admite en absoluta la desproporción o, por lo menos, no la admite en toda su verdad, con lo cual evita casi enteramente la desventaja moral que podría surgir de esa desproporción. Sólo más tarde emerge en la historia esa fuerza suprimida durante largo tiempo por la ignorancia, la vanidad o la sabia prudencia, y puede glorificar entonces al ejército y a su jefe, pero no podrá ya influir para nada con su peso moral en los acontecimientos pasados.

Si los prisioneros y las armas capturadas son las cosas por las que principalmente la victoria adquiere enjundia, sus verdaderas cristalizaciones, entonces el plan del encuentro tendrá también en vista estas cosas en forma especial; la destrucción del enemigo mediante muertes y heridos aparece aquí simplemente como el medio para obtener el fin.

No es asunto de la estrategia determinar hasta dónde puede influir esto en las disposiciones del encuentro, pero la propia disposición del encuentro está estrechamente relacionada con él, y esto a causa de la seguridad de nuestra propia retaguardia y del riesgo de comprometer la del enemigo. El número de prisioneros y armas capturados depende mucho de esto, y es un punto con el que, en muchos casos, no es capaz de ha-

bérselas la táctica sola, a saber, cuando las circunstancias estratégicas eran demasiado opuestas a las tácticas.

Los riesgos de tener que luchar en dos lados y el peligro todavía mayor de que no quede abierta ninguna línea para la retirada, paralizan los movimientos y el poder de resistencia e influyen en las alternativas de la victoria y la derrota; además, en caso de derrota, aumentan la pérdida, elevándola a menudo hasta su límite extremo, o sea, hasta la destrucción. Por lo tanto, la amenaza a la retaguardia hace más probable la derrota y, al mismo tiempo, la hace más decisiva.

Surge de esto el verdadero instinto para la conducción total de la guerra y en especial para los encuentros grandes y pequeños: asegurar nuestra propia línea de retirada y apoderarnos de la del enemigo. Esto resulta del concepto sobre la victoria que, como hemos visto, es algo más que una mera matanza.

Vemos en este esfuerzo el propósito primero y el más inmediato del combate, que es bastante general. No se concibe ningún encuentro en el que este esfuerzo, ya sea en su forma doble o simple, no acompañe al mero choque de fuerzas. Ni siquiera el destacamente más pequeño se arrojará sobre el enemigo sin pensar en su línea de retirada y, en muchos casos vigilará también la del enemigo.

Tendríamos que desviarnos de nuestro asunto si quisiéramos mostrar cuán a menudo en casos complicados este instinto no puede tomar el camino directo y con cuánta frecuencia debe ceder ante las dificultades surgidas de consideraciones más importantes; por lo tanto, nos limitaremos a afirmar que constituye una ley general natural del encuentro.

En consecuencia, es activa en todas partes, gravita en todas partes con su peso natural y llega a ser en esa forma el pivote sobre el cual giran casi todas las maniobras tácticas y estratégicas.

Si dirigimos ahora nuestra atención al concepto general de victoria, encontraremos en él tres elementos:

1. La pérdida mayor del enemigo en fuerzas materiales.
2. La pérdida mayor del enemigo en fuerzas morales.
3. La admisión abierta que hace de esto al renunciar a su propósito.

Los informes provenientes de ambos bandos sobre las pérdidas en muertos y heridos no son nunca exactos, rara vez verídicos y, en la mayoría de los casos, están llenos de falsedades intencionales. Ni siquiera el botín se establece con exactitud; cuando no es muy considerable, puede hacer que la victoria siga siendo todavía cuestión dudosa.

No hay medida digna de confianza sobre la pérdida en fuerzas morales, excepto en el botín; en muchos casos, por lo tanto, la única evidencia real que queda de la victoria es el abandono del combate. Debe ser considerado como confesión de inferioridad, como el acto de arriar la bandera, por el cual se le concede al enemigo el derecho y la superioridad en este caso particular, y este elemento de humillación y vergüenza, que

ha de diferenciarse de todas las otras consecuencias morales, por haber dejado de ser el igual del enemigo, es parte esencial de la victoria. Esta parte es la única que actúa sobre la opinión pública fuera del ejército, sobre el pueblo y el gobierno de ambos estados beligerantes y sobre todos los otros que se encuentran implicados.

La renuncia al propósito que se persigue no es por completo idéntica al abandono del campo de batalla, aun cuando el combate haya sido librado en forma larga y encarnizada. Nadie dirá de los puestos de avanzada que han renunciado a su propósito cuando retroceden después de una resistencia obstinada. Aun en los encuentros cuyo propósito es la destrucción del ejército del enemigo, la retirada del campo de batalla no ha de considerarse siempre como la renuncia a ese propósito, como, por ejemplo, en las reiteradas planeadas de antemano, en las que se lucha por el terreno palmo a palmo. Todo esto corresponde a nuestra discusión sobre el objetivo especial de los encuentros. Sólo deseamos aquí llamar la atención sobre el hecho de que en la mayoría de los casos es muy difícil distinguir el abandono del propósito de la retirada del campo de batalla, y que la impresión producida por esta última, tanto dentro como fuera del ejército, no debe tratarse a la ligera.

Para los generales y ejércitos cuya reputación no está cimentada, éste es un aspecto particularmente difícil de muchas operaciones, justificado también por las circunstancias, en las que una sucesión de encuentros que terminan cada uno en retirada aparecen como una serie de derrotas, sin que lo sean en realidad y donde esta apariencia puede ejercer influencia muy desventajosa. En este caso, es imposible que el general que retrocede contrarreste el efecto moral, haciendo conocer sus intenciones reales, porque al hacerlo tendría que revelar efectivamente sus planes por completo, lo que, por supuesto, iría demasiado en contra de sus intereses esenciales.

A fin de llamar la atención sobre la importancia especial de esta concepción de la victoria, nos referiremos solamente a la batalla de Soor, cuyo botín no fué importante (varios miles de prisioneros y veinte cañones) y donde Federico proclamó su victoria al permanecer cinco días en el campo de batalla, aunque su retirada al interior de Silesia había sido determinada previamente y era una medida lógica para su situación total. De acuerdo con su propio cálculo, pensó que lograría acercarse a la paz por el peso moral de esta victoria. Pero aunque otros éxitos fueron necesarios antes de que se produjera esta paz -el encuentro de Katholisch-Hennersdorf en Lusacia y la batalla de Kessoldorf- no podemos decir, sin embargo, que el efecto moral de la batalla de Soor fué nulo.

Si la fuerza moral es la que principalmente resulta sacudida por la derrota y si de ese modo el botín alcanza proporciones inusitadas, el encuentro perdido se transformará en desastre, que no es la contraparte necesaria de toda victoria. Desde el momento en que, en el caso de ese desastre, la fuerza moral del vencido flaquea en forma mucho más seria, sobreviene a menudo

la incapacidad completa de ofrecer ulterior resistencia, y toda la acción que se efectúe quedará reducida a ceder, o sea, a huir.

Jena y Waterloo fueron desastres, pero no así Borodino.

Aunque no podemos dar aquí ninguna línea de separación sin pecar de pedantes, porque la diferencia entre las cosas es diferencia de grado, sin embargo, la adhesión a los conceptos es esencial, como punto central, para aclarar nuestras ideas teóricas y es falla de nuestra terminología el que sólo dispongamos de una palabra equivalente a desastre para significar la victoria sobre el enemigo, y sólo una palabra equivalente a victoria para significar la conquista del enemigo.

El ataque y la defensa son cosas de clase diferente y de fuerza desigual. Por eso la polaridad no les es aplicable

Si sólo hubiera una forma de guerra, digamos la del ataque del enemigo, no habría defensa; en otras palabras, si el ataque hubiera de distinguírsele de la defensa solamente por el motivo positivo, que el uno tiene y del que la otra carece, si los métodos de lucha fueran siempre invariablemente los mismos, en tal lucha, cualquier ventaja de un bando habría de ser una desventaja equivalente para el otro y existiría una verdadera polaridad.

Pero la actividad militar adopta dos formas distintas, ataque y defensa, que son muy diferentes y de fuerza desigual, como explicaremos más adelante en detalle. La polaridad reside, por lo tanto, en que ambos guardan una relación, como ser, la decisión, pero no en el ataque o en la defensa mismos. Si uno de los comandantes deseara posponer la decisión, el otro deberá desear acelerarla, pero por supuesto, solamente en la misma forma de conflicto. Si a A le interesara no atacar a su adversario inmediatamente sino cuatro semanas más tarde, está en el interés de B el ser atacado por aquél inmediatamente y no cuatro semanas más tarde. He aquí una oposición directa; pero no se desprende necesariamente que a B le beneficie atacar a A inmediatamente. Esto es, evidentemente, algo muy distinto.

CICSO
www.cicso.org